

ras genuinas. Unos y otros deberán formular sus peticiones, indefectiblemente, con el mayor respeto, buen criterio y raciocinio, tal como lo exigen, desde luego, las notorias circunstancias que nos rodean".

Les aseguró también que el gobierno trataría de satisfacer las justas reivindicaciones gremiales y de lograr el abaratamiento de los productos para la subsistencia, pero advirtiéndoles que "tendrá muy en cuenta, la forma en que dichas asociaciones se produzcan (sic) públicamente en sus actividades, a fin de que tal conducta sea digna de la permanente atención de los poderes públicos".

De la misma manera, afirmaba que las tareas del DNT se desarrollarían con mayor eficacia cuanto mayor fuera la colaboración de los sindicatos, a los que pedía "absoluta prescindencia en materia política, tanto interior como internacional, ciñendo sus programas a lo estrictamente gremial, y completa paz entre las mismas entidades y en relación a las esferas del capital". "Los sindicatos —agregó— no deben moverse en vista de finalidades políticas ni, por medio de pretextos ficticios, provocar huelgas ni originar movimientos que puedan causar desconciertos en la opinión, sino que, antes bien, deben confiar en la constante y patriótica preocupación del Estado para atender y hallar la solución adecuada del problema social" (LN, 10-6-1943).

No muy distinto fue el tono imperante en la asunción de su sucesor, el coronel Carlos M. Giani, aunque allí no fue necesario sermonear a nadie ya que sólo estuvieron presentes "personalidades de la industria y el comercio". El ministro del interior, general Alberto Gilbert, sin embargo, después de hablar de la necesaria armonía entre el capital y el trabajo y de la acción mediadora del Estado "para restablecer el equilibrio fundado en la justicia social", consideró necesario aclarar: "He hablado de intereses legítimos. Con ello he querido significar que no serán considerados en el mismo plano aquellos problemas ficticios, creados y estimulados por una prédica irresponsable que anhela introducir la confusión en el ánimo de las masas para lograr propósitos nunca confesados", agregando que "la política y la demagogia no seguirán infiltrándose en las asociaciones gremiales y que los sindicatos deben apartarse en absoluto de la acción política" (LN, 6-7-1943).

En cuanto al nuevo titular del organismo —quizá del arma de ingenieros—, definía la justicia social como "una ecuación de tres términos o factores, con clara resolución. Esto es, ecuación: trabajo, capital y maquinaria; solución: justicia social. Tan matemática es nuestra ecuación que cualquiera de los términos o factores que falle, los dos restantes se anulan. Deben sintonizarse en perfecta armonía o, hablando geoméricamente, ser un triángulo equilátero" (Idem).

Pero junto con sus nada sorprendentes expresiones autoritarias, el régimen militar presentaba aspectos desconcertantes. El 15 de junio el presidente Ramírez formulaba esta inesperada declaración: "El ejército se ha movido no para hacer una revolución, sino para dar una solución al angustioso problema en que se hallaba el pueblo, sobre todo la masa trabajadora, convulsionada ya por la desesperación a que la llevaba la imposibilidad de vivir, víctima directa como era de la especulación de gente sin conciencia" (LN, 16-6-1943). Y al día siguiente

emitía un decreto fijando los precios máximos para los artículos de primera necesidad.

Poco después, la CGT N° 1 expresaba "su apoyo a las medidas de gobierno tendientes a poner término a la especulación y al agio en los artículos de consumo popular y a resolver el problema de los alquileres de las viviendas". También reiteraba su firme intención "de contribuir, con su aporte moral y material, a la resolución de los delicados problemas del presente y del futuro próximo, animada como siempre de propósitos constructivos" y teniendo en cuenta "las buenas disposiciones del PEN al encarar estos problemas" (EOF, 1-7-1943).

Por cierto que la central "ferroviaria" no había sido la primera en manifestar su apoyo a las medidas del gobierno. Ya el 21 de junio una delegación de la N° 2, integrada por sus dirigentes más presentables, (Pérez Leirós, Borlenghi, José María Argaña y Vicente De Cesare), se había entrevistado con el ministro del interior para hacerle saber "que la clase trabajadora había sentido un verdadero alivio al ser depuesto el régimen anterior y apoyaba los propósitos del actual PEN de hacer cumplir la constitución, depurar la administración pública y la justicia, así como también las medidas adoptadas y que se tomarán para abaratar la vida y los alquileres".

Por otra parte, la delegación le planteó "que el movimiento sindical que representaban anhelaba tener facilidades para el desarrollo de sus actividades siempre lícitas y dentro de los cauces normales". A lo que el ministro respondió "que estaba dispuesto a escuchar las opiniones de las organizaciones obreras, ya que uno de los fines de las actuales autoridades era mejorar las condiciones de los trabajadores. En cuanto a las actividades de las organizaciones gremiales relacionadas con asambleas, actos públicos, etc., el ministro del interior manifestó que daría libertad para tales actos, a cuyo efecto dictaría las normas reglamentarias" (LN, 23-6-1943). Los diarios publicaron fotos de la entrevista.

Siete días después, una resolución ministerial que disponía la clausura y prohibía la actuación de varias entidades de ayuda a los aliados argumentando que eran utilizadas con fines de propaganda comunista, incluía a la CGT N° 2 "en razón de considerar que inviste un carácter netamente comunista" (LN, 14-7-1943). Quizá para disimular un poco la incoherencia, la medida sólo se dio a publicidad después de quince días. El episodio revela cómo la necesidad de obtener cierto apoyo popular y la obsesión de combatir al comunismo no siempre podían conciliarse sin entrar en contradicciones, y en qué medida la política obrera del régimen estaba lejos de haber sido definida.

Los dirigentes de la CGT N° 1 no dejarían más adelante —al ser acusados de colaboracionistas— de recordar esta visita, ni de insinuar que durante la misma sus rivales habrían sugerido al ministro la conveniencia de intervenir la UF y LF. Mientras tantos, los jefes de la central disuelta hacían circular un manifiesto en el que calificaban al gobierno de fascista, y una treintena de ellos —entre los que estaban los principales dirigentes sindicales comunistas, como Chiaranti y Fiori, de la FONC; Dell'Aquila, de la FOA y Michelion, de la UOT— eran enviados a la cárcel de Neuquén¹⁰⁷.

En los primeros días de julio el gobierno tomaba nuevas medidas de carácter popular, como la suspensión de la incautación de colectivos, aumentos del 5 y 10 % para los empleados públicos y —mucho más amplia e importante— una rebaja de los alquileres en proporciones que iban del 5 al 20 %. Pero el 20 de ese mes dictaba un decreto reglamentando las asociaciones profesionales que el mismo Perón calificaría más tarde de totalitario ¹⁶⁸.

El mismo establecía que las organizaciones sólo podrían actuar previo reconocimiento de su personería gremial. Entre los requisitos para obtenerla figuraban: la exclusión de “todo postulado o ideología contrarios a los fundamentos de nuestra nación y al régimen jurídico social que establece la constitución nacional”, “que se abstengan en absoluto de participar en la acción política”, que sus dirigentes fueran “trabajadores en actividad”, etc. Las entidades debían presentar un registro con los nombres de sus socios y miembros del cuerpo directivo, y el DNT estaría facultado para fiscalizar las elecciones, el manejo de los fondos y otros asuntos internos. El incumplimiento de alguno de los puntos de la reglamentación llevaría a la anulación de la personería gremial (LN, 21-7-1943). Con esto, las organizaciones gremiales quedaban totalmente a merced del gobierno.

En la misma línea, el 23 de agosto el DNT hacía saber a los obreros en general “que deben evitar que se produzcan paros parciales o huelgas cuando respondan a diferencias con sus empleadores provocadas por cuestiones de salarios, etc. En caso de desinteligencia entre las partes, deberán resolver éstas en el DNT, pues cualquier medida que dificulte el normal desenvolvimiento de las tareas les hará perder sus derechos” (LN, 24-8-1943). En consecuencia, el número de huelguistas y de jornadas perdidas por huelgas en 1943 fueron los más bajos desde 1933, y al año siguiente el número de jornadas perdidas bajaría aún más, dado que se produjo el menor número de huelgas desde 1930. De la misma manera, el número de reuniones sindicales y de concurrentes a las mismas fueron durante esos años los más bajos desde que hay registro de esos datos (1935) (ver Cuadro 4 en pág. 48).

Mucho más grave fue la decisión de intervenir a la UF y a LF, adoptada el 25 del mismo mes. Los fundamentos de la resolución aludían a dos tipos de problemas:

1) “Frente a la naturaleza de los servicios a cargo de los ferrocarriles y la esencial importancia que para la economía nacional representa la continua y eficiente prestación de los mismos, resultan inadmisibles los serios trastornos que en repetidas oportunidades se han ocasionado con las medidas de fuerza y coacción adoptadas por las comisiones directivas de las asociaciones UF y LF, las cuales, demostrando un concepto arbitrario de la responsabilidad que impone el servicio público a cada uno de los encargados de asegurarlo, han recurrido con la frecuencia notoria al llamado ‘trabajo a reglamento’, paros parciales, retiro de la cooperación, etc. Tales recursos resultan aún más improcedentes cuando no constituyen una expresión auténtica de la defensa de los verdaderos intereses de los trabajadores asociados, cuando se prestan a la confusión por la

coincidencia de propósitos entre las partes en pugna o cuando obedecen a los deseos perturbadores de la demagogia sindical”.

2) “El gremio ferroviario se muestra convulsionado y dividido como resultado —según denuncias elevadas a este Gobierno— de procedimientos reñidos con las normas morales y con los estatutos sociales. Tal estado de cosas se ha producido debido a que las comisiones directivas de la UF y LF han privado de sus derechos de asociados a los obreros y empleados que denunciaban los excesos y desviaciones que aquéllas cometían, llegando la subversión a un extremo tal que ha sido falseada en las elecciones internas la voluntad de la mayoría mediante diversas formas de presión moral sobre los asociados, lo que ha quedado evidenciado en la elección reciente realizada por la Caja de Jubilaciones Ferroviaria, donde han resultado triunfantes los dos obreros que fueron vencidos en la elección de precandidatos efectuada por ambas entidades y que luego fueron expulsados de ellas por denunciar ante el gremio las prácticas viciosas introducidas en dichas elecciones” (LN, 26-8-1943).

Ninguno de ambos argumentos resulta demasiado convincente. El primero, sólo se ajusta a la realidad cuando resalta la importancia de los servicios ferroviarios para la economía nacional; la descripción de las actitudes de las organizaciones gremiales resulta, en cambio, totalmente falsa: ningún gremio más serio, prudente, mesurado, dispuesto a la negociación y renuente a tomar medidas de fuerza que el ferroviario. En cuanto al segundo, si bien no carecía de fundamentos, reflejaba una situación que no era nueva dentro de la UF ni tenía en esos momentos la gravedad que se le asignaba. ¿Cuáles eran, entonces, los verdaderos motivos de la intervención?

El primero puede haber sido preventivo: la UF y LF estaban realmente en condiciones de paralizar al país, y el autoritarismo militar no podía tolerar esa hipotética amenaza. Por otra parte, parece ser que existía un proyecto para terminar con la UF como organismo centralizado, dividiéndola en varios sindicatos ¹⁶⁹. Pero además, proscripta la CGT N° 2, la intervención significaba prácticamente el vaciamiento de la N° 1. Efectivamente, privada de los gremios que constituían casi toda su sustentación, la Mesa Directiva de la central dispuso el traslado de muebles y útiles al local de la UT, indemnizó a sus empleados, pagó el viaje del secretario general y del adjunto a sus ciudades de origen y nombró depositaria de los bienes a una comisión formada por Alcides E. Montiel (cervecero), Enrique Porto (UT) y Alfredo Fidanza (SOIC). Finalmente, remitió una circular a las organizaciones afiliadas para que resolvieran sobre la continuidad de la existencia de la central. Nunca había quedado el movimiento obrero más desmantelado.

Por otra parte, como para enajenarse también la simpatía de los radicales, el gobierno decidió rendir homenaje a la revolución de 1930 en el aniversario: Ramírez presidió la misa en la catedral y Gilbert puso flores en la tumba de Uriburu.

Mientras tanto, sin embargo, seguían tomándose algunas medidas favorables a los sectores populares: reglamentación del trabajo de menores; salario familiar para los ferroviarios; créditos para obreros, em-

pleados y jubilados de la administración pública; creación de una Cámara Informativa de los Salarios para dictaminar sobre el salario mínimo de acuerdo con el costo de la vida. En noviembre, los arrendamientos rurales eran rebajados en un 20 %.

El DNT fue autorizado a organizar un servicio de patrocinio letrado y representación judicial gratuita para los trabajadores que llevaran sus demandas a los tribunales. Pero, fuera de eso, no parece haber hecho mucho más en esos meses: su actividad más notoria eran unas conferencias semanales donde el presidente y los jefes de secciones escuchaban disertaciones sobre temas laborales. No le faltó tiempo, entonces, al coronel Giani para pergeñar una obra maestra de la heráldica: "El señor presidente del DNT ha ideado un escudo del 'trabajo argentino' bastante original. Procuraremos definirlo ya que es al mismo tiempo simple y complicado. Se trata de un óvalo delimitado por una cinta patria que contiene en su interior todos estos elementos simbólicos: el sol oficial, un yunque, una rueda dentada, una chimenea humeante, un hidroavión cuatrimotor en pleno vuelo, una cruz latina, la diosa de la Justicia desvendada y desarmada, un arado, el sable del general San Martín, la cabeza de un toro Shorthorn, un libro de la Ley sobre el cual descansa un tintero con su correspondiente pluma de ganso, y dos ramas de laurel unidas por una cinta albíceleste. En la parte superior, con letras grandes: 'Escudo del Trabajo Argentino'; en la parte inferior, con letras menudas: 'Vivir. Dejar vivir. Ayudar a vivir'" (LV, 12-10-1943).

Evidentemente, además, de estos derroches de imaginación y buen gusto y pese a las ambigüedades del régimen, lo que predominaba era la línea autoritaria y represiva. Este relato de Cipriano Reyes ejemplifica la actitud de la mayor parte de los funcionarios militares ante el problema social:

Detenido a consecuencia de la huelga que dirigía en los frigoríficos de Berisso, un día es trasladado desde la cárcel de Villa Devoto hasta el despacho del jefe de policía de la provincia.

"—Usted viene a mi disposición —le dice éste— y por lo tanto lo voy a poner en libertad siempre y cuando se comprometa a dar la vuelta al trabajo. Esta huelga no puede continuar. Le transmito una orden del gobierno.

"—Señor jefe —le contesté—, la huelga fue decretada por una asamblea general del gremio que dio mandato a la CD para todas las tratativas que puedan darle solución al conflicto con las empresas, y en caso de producirse un arreglo debe llamarse a una nueva asamblea para su aprobación.

"—Eso no es cosa mía —me respondió—. Usted tiene bastante anuencia entre los trabajadores para hacerlo. Así que el asunto queda en sus manos (...)

"—Yo me encuentro obligado —le respondí— a respetar el mandato de la asamblea. Además, no podemos realizar reuniones con el sindicato clausurado, sin poder comunicarme con los demás delegados que tienen responsabilidad en esta situación.

"—Usted puede hacerlo. Si no escuche esto. —Tomó una carpeta que tenía sobre su escritorio y me leyó un informe sobre la situación de

Berisso en donse se sostenía que el dirigente con más autoridad que podía dar la vuelta al trabajo era Cipriano Reyes—. Por esa razón el gobierno lo ha puesto a mi disposición y yo lo pongo en libertad para que solucione el problema. De lo contrario me voy a ver obligado a traerlo nuevamente aquí.

"—Para ello es preciso que se levante la clausura del sindicato y se nos conceda permiso para realizar la asamblea.

"—Después que levanten el paro —me contestó fríamente—. ¡Vaya nomás!"¹⁶⁰

La línea de Perón

Pero una línea más flexible e inteligente en la forma de abordar la problemática obrera comenzaba a manifestarse dentro del régimen militar. Este testimonio de Mercante, referido a una etapa anterior de la huelga de los frigoríficos, es ilustrativo:

"La huelga de los trabajadores de la carne resultaba una carga muy pesada. Entonces Perón tomó la decisión de llamar a José Peter al Ministerio de Guerra. Yo lo entrevisté apenas la policía lo trajo de Neuquén. En otro despacho aguardaban media docena de dirigentes, que prometían levantar la huelga siempre que se liberara a Peter y se concediera un aumento de cinco centavos por hora (...)

"El acuerdo se produjo, pero se estableció que era necesario realizar una asamblea gremial en el Dock Sud. Tuvimos que hacer un esfuerzo para evitar un desastre. González *, Ramírez ** y el interventor en la provincia de Buenos Aires, General Juan C. Sanguinetti, miraban todo con malos ojos.

"A las tres de la tarde de un día de agosto de 1943 fui a presenciar la asamblea de los trabajadores de la carne en la cancha de Dock Sud. Me acompañaron Capozzi *** y mi chofer Rovito. Cuando llegamos me sorprendió una multitud. Alrededor de seis mil obreros vivaban a Peter, lo abrazaban, lo llevaban en andas (...) Peter tuvo que dar varias vueltas por la cancha para satisfacer las efusiones.

"Aunque Peter no mencionó la circunstancia de que su liberación se debía a Perón, éste fue un detalle que no escapó al conocimiento de los trabajadores. Yo caminé entre ellos vestido con mi uniforme y nadie me molestó, pese a que me miraban con odio"¹⁶¹.

La primera crisis del gobierno militar, desencadenada por la desafortunada carta del canciller Segundo Storni al secretario de Estado nor-

* El coronel Enrique P. González, secretario de la presidencia y principal rival de Perón dentro del Grupo Obra de Unificación (GOU) en esos momentos.

** El coronel Emilio Ramírez, jefe de policía.

*** Francisco Pablo Capozzi, activista radical y empleado en la jefatura del puerto de Buenos Aires, fue uno de los primeros contactos entre Mercante y los dirigentes sindicales.

teamericano Cordell Hull y por la humillante respuesta a que la misma dio lugar, fortalecería la posición del grupo liderado por Perón. Varios ministros debieron renunciar, siendo reemplazados por otros de tendencia nacionalista, y el 14 de octubre el general Edelmiro J. Farrell asumía la vicepresidencia, vacante por la muerte de su primer titular. El 26 de ese mes el teniente coronel Domingo A. Mercante se hacía cargo de la intervención en la UF y LF y al día siguiente el coronel Juan Domingo Perón asumía la presidencia del DNT. Ambos militares eran viejos amigos y el segundo se desempeñaba como jefe de la secretaría del Ministerio de Guerra (cuyo titular era Farrell) desde el 7 de junio.

Según el *curriculum* aparecido en los diarios en aquella oportunidad, "el nuevo funcionario militar había actuado anteriormente en dicho departamento en calidad de ayudante del extinto general Manuel A. Rodríguez *. Diplomado de oficial de estado mayor, dictó cátedra de historia militar en la Escuela Superior de Guerra, fue agregado militar en Chile, profesor de operaciones combinadas en la Escuela Superior de Guerra Naval, de 1939 a 1941 perfeccionó sus conocimientos en Europa, dirigió interinamente el Centro de Instrucción de Montaña y en los últimos días desempeñó el cargo de jefe de estado mayor en la 1ª División de Ejército" (LN, 8-6-1943).

Nada hacía suponer, en su trayectoria anterior, que Perón estuviera interesado en los problemas sociales. Sin embargo, según Mercante, "Perón tenía ideas muy claras sobre la revolución social que había que hacer en el país desde mucho antes del 4 de junio de 1943. Al triunfar ese movimiento (...) de inmediato nos pusimos a trabajar por esa revolución social. Puedo decir esto porque ya en 1942 Perón y yo éramos prácticamente una sola persona" ¹⁶². Efectivamente, en su despacho del Ministerio de Guerra Perón había comenzado a tomar contacto con dirigentes sindicales, sobre todo a través de Mercante, que por ser hijo de un maquinista socio de LF y hermano de un ferroviario tenía fácil acceso a esos medios.

Quedan pocos testimonios de esas primeras entrevistas, pero éste, del ferroviario Luis Monzalvo, parece bastante típico:

"El primer contacto fue con el teniente coronel Domingo A. Mercante por intermedio de su hermano Hugo Mercante, ferroviario del puerto de la capital y socio de la UF. En esa oportunidad le explicamos nuestro problema, señalando la injusticia que representaba la intervención al gremio y el propósito de dividir la organización. Dejamos constancia de que, a nuestro juicio, el objetivo de atomizar a la UF era el de las empresas inglesas, que deseaban destruir el sistema centralista que es la base fundamental de la estructura organizativa que desde su fundación (...) adoptó nuestra entidad.

"Dos días después, y en nuestro empeño por encontrar una solución favorable a los problemas que nos preocupaban, vimos al señor Morán **

* Ministro de guerra de Justo. En ese cargo había recogido Perón probablemente toda su experiencia política.

** Jefe de la Sección Especial en el Departamento Central de Policía.

y luego hablamos con el coronel Emilio Ramírez (...) Este nos acompañó y nos presentó al coronel Juan D. Perón (...) el 24 de septiembre de 1943 (...)

"En esa primera entrevista con el coronel Perón (...) planteamos cinco problemas fundamentales. Eran: la absoluta libertad de agremiación e independencia sindical; la creación del Ministerio de Trabajo; un aumento general del 10% en los sueldos y salarios; una vivienda obrera que permitiera vivir dignamente a un matrimonio con dos hijos y, por último, solicitamos una cooperación económica con destino al Hospital Ferroviario que poseen la UF y LF" ¹⁶³.

En cuanto a los resultados de la entrevista: "a todos nos produjo una excelente impresión. Yo, por mi parte, saqué dos conclusiones: 1º, observé que Perón tenía una virtud de dejar satisfechos a sus interlocutores sin prometerles nada. Supuse que él debía entender que lo importante era hacer cuando se podía. 2º, no tuve ninguna duda de que el coronel Perón era el cerebro conductor del movimiento revolucionario" ¹⁶⁴ (subrayado en el original).

El más asiduo visitante de Perón durante esos meses —al principio, según Pérez Leirós, para espiar lo que pasaba— fue Borlenghi, quien pronto se habría convertido en el principal mentor y asesor del coronel sobre asuntos gremiales ¹⁶⁵. Dada la absoluta ignorancia de Perón sobre el tema, el asesoramiento de uno de los más hábiles y experimentados dirigentes sindicales (secretario general de la FEC desde 1931 y miembro de la CA de la CGT desde 1937) debe de haber resultado inapreciable.

Dice Mercante que esos contactos no dejaban de despertar sospechas en algunos militares, entre los que se contaba el jefe de policía: "A esos dos —decía Ramírez— hay que verlos siempre bien de cerca. Están llevando dirigentes comunistas al ministerio" ¹⁶⁶. Lo cual, por otra parte, era cierto: el mismo Mercante cuenta el apuro en que se vio cuando, habiéndose citado con Chiaranti en su despacho, poco antes de la hora convenida se enteró de que el presidente había ordenado la detención de todos los dirigentes comunistas. Como no lo pudo encontrar para avisarle, tuvo que hacerlo sacar del ministerio por su secretario privado, que lo llevó en el auto de su jefe hasta dejarlo en lugar seguro ¹⁶⁷.

Por otra parte, aunque la presidencia del DNT no era un cargo importante ni apetecible, la desconfianza y rivalidades que suscitaba Perón entre sus camaradas obligaron a usar ciertos subterfugios para conseguirlo. "El grupo de Ramírez —dice Mercante— ya en esos días quería poner un muro al peronismo. En octubre, me preguntaron qué cargo le gustaría a Perón, si el DNT o la intervención en la UF y LF. Respondí que la intervención, por tratarse de sindicatos que reunían a 120.000 afiliados. Evidentemente, había que contestar lo contrario de lo que necesitábamos. Así pensaba Perón. El resultado fue que a mí me dieron la intervención y a él el Departamento, un verdadero 'museo' de necesidades" ¹⁶⁸.

En cuanto al nombramiento de Mercante, parece haberse decidido en una entrevista que —por gestiones del propio Mercante y de Farrell— consiguió la ex CD de la UF con el presidente Ramírez. El interventor, capitán de fragata Raúl Puyol, se había hecho rápidamente impopular en el gremio al cesantear, por ejemplo, a viejos empleados como el secre-

tarío-gerente Rafael Kogan —que se desempeñaba desde la fundación de la UF— y a otros menos antiguos pero muy apreciados, como el asesor letrado Juan Atilio Bramuglia. Además, parece ser que se había rodeado de asesores tramontistas. De modo de la ex CD pidió su remoción y, según uno de los participantes en esa reunión, Ramírez les dio a elegir como sucesor entre Perón, Mercante y otro militar, optando ellos por Mercante ¹⁸⁹.

Con el nombramiento de ambos funcionarios pronto se evidenció un cambio en la política sindical del gobierno. Ya al asumir la presidencia del DNT, Perón expresaba: "Entiendo que el sindicato bien realizado es una de las bases fundamentales de la organización racional del Estado moderno. Considero que para que sea eficiente y eficaz, el sindicato debe basarse en tres puntos esenciales: dirigentes capacitados que representen a los auténticos trabajadores y que estén absolutamente persuadidos que para ellos no existirá mayor honor que ser exclusivamente dirigentes de sus propios gremios; absoluta disciplina gremial; defenderse contra la política, ejerciendo únicamente funciones específicas, vale decir, custodiar única y celosamente los intereses gremiales. Dentro de estas ideas, el gobierno será respetuoso de las instituciones obreras y propenderá por todos los medios a formar y unir todo el movimiento sindicalista argentino" (EOF, 1-11-1943).

Si las recomendaciones de mantener el apoliticismo no eran nuevas, la idea de que el gobierno se encargaría de "formar y unir" al movimiento sindical y de que éste fuera considerado como una de las bases del Estado sí lo eran, y no dejarían de alarmar a quienes conocían la amplia difusión que las ideas corporativistas habían tenido durante la última década en el seno del ejército, así como la larga y reciente residencia del nuevo funcionario en la Italia fascista.

"No deja de ser interesante —distorsionaba, por ejemplo, **La Vanguardia**— que el secretario del Ministerio de Guerra y al propio tiempo presidente del DNT se haya proclamado sindicalista, pues la declaración marca una plausible evolución en el clima mental reinante en el ejército. Hasta no hace mucho tiempo, en las clases o disertaciones morales que los capellanes del ejército suelen dar a los conscriptos, se sostenía con frecuencia el repudio oficial y esencial por el sindicalismo, anarquismo, comunismo y socialismo, confundidos en una misma excomulgación. Así como sin ser anarquistas observaríamos con interés que un miembro activo del ejército declarase su adhesión al anarquismo libertario, no podemos menos de apuntar la significación sociológica del significante credo del coronel Perón.

"Mas como todavía no ha sido expuesto con algún detalle el concepto que oficialmente se tiene del sindicalismo, nosotros nos permitimos insistir en el esclarecimiento del tema, fundamental, sin duda, ya que por allí puede deducirse la doctrina que inspira los actos de gobierno". Recordaba entonces que la ideología **sindicalista** se basaba en el concepto de la lucha de clases y la oposición a toda forma de conciliación, que era anti-estatal y anti-política, reivindicando la acción directa como único medio para lograr sus fines y admitiendo la necesidad de la violencia y de la gimnasia revolucionaria.

"El sindicalismo revolucionario que tiene a Sorel por profeta y maestro ha desaparecido como tal —conclufa—, aunque está parcialmente vivo en algunas desviaciones sindicalistas que hacen su trayectoria en varios escenarios mundiales. Así como en Alemania el fascismo adoptó el nombre de nacional-socialismo, en Italia adoptó la forma de nacional-sindicalismo que impresionó a algunos viajeros inquietos aunque superficiales (...) En Sudamérica hay casos de gobiernos que auspician cierto curioso sindicalismo, pues sólo atienden a controlar más o menos rígidamente los gremios obreros. En tanto el sindicalismo revolucionario exaltaba la función exclusiva del sindicato y repudiaba la política, el sindicalismo estatal y el corporativismo tienen al sindicato para atar a los obreros en una corporación estrecha, porque la política es reservada exclusivamente para los usuarios del poder" (28-11-1943).

Por esos días, en el mismo diario aparecían artículos sobre "Control sindical y agremiación obligatoria", "Los ensayos corporativos fracasaron en el campo gremial argentino", "El régimen corporativo. Por su espíritu y naturaleza es de esencia reaccionaria", "Corporación y sindicato obrero"...

Mientras tanto, al día siguiente de hacerse cargo del DNT Perón había convocado a una reunión de dirigentes de la CGT, la USA y veintidós sindicatos —de los cuales, esta vez, estaban cuidadosamente excluidos los comunistas—, con los que mantuvo un diálogo cordial y en la que anunció el proyecto de crear un ministerio o subsecretaría de trabajo en lugar del viejo Departamento. "Afirmó —en las declaraciones formuladas a la prensa al otro día— que sus observaciones lo llevan a la conclusión de que la dependencia no está capacitada para organizar ni coordinar en forma eficaz los intereses de patronos y obreros (...) por lo que es urgente encarar la constitución de un organismo con amplias atribuciones legales y de orden técnico, con funciones ejecutivas y facultades tan vastas como las de un ministerio (...) El coronel Perón cree que es esencial la organización del sindicalismo nacional, al que se le confiará en el cuerpo que se proyecta la dirección integral de los intereses gremiales y promover su armonización con los de los patronos" (LN, 30-10-1943).

Un año después, Perón explicaría de este modo las razones que lo llevaron a promover esa transformación: "Existía el viejo DNT, instalado en 1907, apenas remozado en 1912 y privado constantemente de facultades y medios de acción. Muchos legisladores, temerosos de perjudicar los intereses creados que tenían la consigna de defender, regateaban avariciosamente las facultades al organismo que debía aplicar las leyes del trabajo. Así, el Departamento quedaba relegado a la categoría de simple recaudador de multas y recopilador de los hechos sociales, sin poder desarrollar siquiera sus funciones conciliatorias, frecuentemente absorbidas por los 'directores oficiales' de la política en boga.

"El resultado de tal situación bien lo conocéis todos vosotros. Bastaba un tropel de agitadores para sabotear toda una industria. Pero también bastaba la Intransigencia de un solo patrono para que los trabajadores no tuvieran otra alternativa que renunciar a sus legítimas aspiraciones o convertirse en huelguistas perseguidos por la policía.

"Era necesario cambiar el rumbo de los hechos y canalizar las aspiraciones legítimas por cauces bien estructurados que, recogiendo lo justo y humano de cada aspiración, le diese forma material y contenido jurídico. Sólo así podrán ser perdurables las mejoras que alcanzarán los trabajadores. De esta manera nació el convencimiento de que debía acelerarse la creación de un organismo que fuera la casa de los trabajadores argentinos. Así nació la STP"¹⁷⁰.

El proyecto, o mejor dicho el salto que el mismo representaba en la carrera ascendente de Perón, no dejó de encontrar resistencia entre sus rivales, que también trabajaban en esos días por reforzar sus propias posiciones en el gobierno. La influencia de González se veía incrementada en noviembre con la creación de la Subsecretaría de Prensa y Difusión, dependiente de la secretaría a su cargo, y la de Ramírez en diciembre con la creación de la Policía Federal, de la que fue designado titular.

De estas pujas entre los coroneles sólo tenemos testimonios muy indirectos, pero lo cierto es que poco después Perón se veía obligado a desmentir los juicios que aparecían en un reportaje publicado por **El Mercurio** de Santiago de Chile y reproducido por la prensa porteña: "No aceptamos que se nos síndique como ejerciendo funciones ocultas y fuera de la órbita que nos fija nuestro jefe el general Ramírez, por quien somos guiados y a quien nos liga un solemne juramento que no ha sido jamás quebrantado (...) Cuando se habla de jefes y oficiales unidos* lo es siempre alrededor de nuestro jefe (...) En cuanto a las posibilidades que atribuye a mi futuro, van por su cuenta y riesgo. Yo sólo sé que prefiero ser el último colaborador de una buena causa que aparecer con ambiciones personales que nunca he tenido y siempre he despreciado" (**LN**, 13-11-1943).

Finalmente, el 27 de noviembre aparecía el decreto creando la STP, dependiente de la presidencia de la Nación, que tendría a su cargo fiscalizar el cumplimiento de la legislación laboral y centralizar toda la actividad social del Estado. A tal efecto, se incorporaban a la misma todos los organismos y servicios que cumplían funciones afines (DNT, secciones de la Dirección Nacional de Salud Pública y Asistencia Social, de la Caja Nacional de Jubilaciones y Pensiones, la Cámara de Alquileres, la Comisión Nacional de Casas Baratas, la Comisión Asesora para la Vivienda Popular, la Junta Nacional para Combatir la Desocupación, la Dirección de Inmigración, la Comisión Honoraria de Reducción de Indios y el Tribunal Bancario). Todas las facultades y atribuciones de esos organismos y servicios se transferían a la nueva entidad, que dispondría de delegaciones regionales en todo el país (sobre la base de las que tenían los organismos incorporados o que se crearían posteriormente). El decreto, redactado por Bramuglia con la colaboración de Figuerola, asignaba al organismo todos los medios para que pudiera desempeñarse con

* Probablemente se refiere al GOU, que algunos traducían como Grupo de Oficiales Unidos.

eficacia. Perón ya tenía en sus manos la herramienta fundamental para el desarrollo de sus planes.

Mientras tanto, Mercante se había hecho cargo de la intervención de los gremios ferroviarios ante una nutrida concurrencia, disponiendo la reposición en sus cargos de todos los miembros de las comisiones ejecutivas y de las comisiones de reclamo de las seccionales intervenidas y, consecuentemente, el cese de los delegados interventores, y anunciando la convocatoria a elecciones para normalizar a ambos sindicatos en el menor plazo posible. También recuperaron sus puestos los empleados cesanteados por Puyol, empezando por Rafael Kogan. Poco después, Mercante, que a diferencia de su antecesor se había rodeado de asesores procedentes de la facción de Domenech, recibía también el aval del todavía influente Tramonti: "Mi consigna del momento —declaraba el veterano dirigente—, que aspiro a que sea la de todo el gremio, puedo resumirla en pocas palabras: para colaborar lealmente con el teniente coronel Mercante, trabajemos todos por la unidad" (**EOF**, 1-12-1943).

El 17 de noviembre, en reunión con la Junta Consultiva de la U.F. (integrada por representantes de 32 seccionales), Mercante decidía mantener la afiliación de la entidad a la CGT y regularizar las cotizaciones. El CCC de la central se había reconstruido formalmente el 11 de septiembre, nombrando secretario general a Ramón Seijas (quien ya ocupaba ese cargo en la UT en 1934), prosecretario a Alcides E. Montiel (secretario general de la Federación de Obreros Cervecedores y Afines (FOCA) y miembro del CCC desde 1939), secretario administrativo a Alfredo Fidanza (secretario general del SOIC desde 1932 y miembro de la CSIG) y tesorero a Enrique Porto (miembro del CC desde 1930). Pero desde entonces sólo había llevado una existencia fantasmal, expresada en algunas notas y declaraciones (elevación del programa mínimo al ministro del interior, solicitud de que se suspendiera la aplicación del decreto sobre asociaciones profesionales). Sólo con la reincorporación de los sindicatos ferroviarios comenzó realmente a tomar cuerpo y resucitar.

Disuelta la CGT N° 2, la ocasión era propicia para tratar de reunir al movimiento obrero, y se formó una Comisión Especial pro Unidad Sindical cuyo secretario era Camilo Almarza (secretario adjunto de la CGT desde 1937). Seijas era prosecretario y Luis Monzalvo (miembro de la CA de la CGT desde 1939) secretario de actas. Entre los vocales, además de Fidanza y Montiel, estaban los ferroviarios Roberto Testa (miembro de la CA desde 1939), Carlos Garini y Enrique Cordes (miembros del CCC desde 1939).

Algunos de ellos (Fidanza, Monzalvo, Seijas), junto con otros dirigentes (entre los cuales estaba Borlenghi e Hilario Salvo, uno de los organizadores de la Unión Obrera Metalúrgica (UOM)), ya habían saludado a Perón al poco tiempo de hacerse cargo del DNT, el 8 de noviembre. "Al terminar la reunión y comentar la gestión cumplida —recuerda uno de ellos— todos los compañeros estuvieron de acuerdo en que era evidente que el proceso iniciado el 4 de junio había experimentado una interesante evolución. Veíamos una nueva dinámica revolucionaria en la celeridad con que se tomaban las medidas necesarias para dar solución a problemas fundamentales. Ello representaba un nuevo enfoque en

lo económico y lo social que ponía en marcha el cerebro de ese proceso, el coronel Perón" ¹⁷¹.

Pero el mismo testigo reconoce que todavía, "tanto en los medios obreros como en los intelectuales, el ambiente era hostil a la revolución del 4 de junio de 1943. Yo tenía la seguridad de que costaría mucho esfuerzo cambiar esa opinión. Para lograrlo, tenía fe en el gremio ferroviario (...) y en las medidas concretas que el gobierno tomara en relación a las organizaciones obreras" ¹⁷². Fueron, efectivamente, esas medidas concretas las que lentamente permitirían a Perón ganarse la confianza de los trabajadores.

2. La acción de la Secretaría de Trabajo y Previsión

Al hacerse cargo de la STP, Perón pronunció el primer discurso que tuvo amplia difusión al ser transmitido por la red radial y que constituye una buena síntesis de su ideología inicial.

En el mismo no faltan los lugares comunes en los que los funcionarios del gobierno militar no hacían más que seguir los pasos de los del régimen depuesto: "Los patronos, los obreros y el Estado constituyen las partes de todo problema social. Ellos y no otros han de ser quienes lo resuelvan, evitando la inútil y suicida destrucción de valores y energías. La unidad y compenetración de propósitos de estas tres partes deberán ser la base de acción para luchar contra los verdaderos enemigos sociales, representados por la falsa política, las ideologías extrañas sean cuales fueran, los falsos apóstoles que se introducen en el gremialismo para medrar con el engaño y la traición de las masas y las fuerzas ocultas de perturbación del campo de la política internacional".

Pero pronto pasaba a marcar la diferencia: "Simple espectador como he sido, en mi vida de soldado, de la evolución de la economía nacional y de las relaciones entre patronos y trabajadores, nunca he podido avenirme a la idea tan corriente de que los problemas que tal relación origina son materia privativa de las partes directamente interesadas. A mi juicio, cualquier anomalía surgida en el más ínfimo taller y en la más oscura oficina, repercute directamente en la economía general del país y en la cultura de sus habitantes (...) Por tener muy firme esta convicción he lamentado la despreocupación, la indiferencia y el abandono en que los hombres de gobierno, por escrúpulos formalistas repudiados por el propio pueblo, prefirieron adoptar una actitud negativa o expectante ante las crisis y convulsiones ideológicas, económicas y sentimentales que han sufrido cuantos elementos intervienen en la vida de relación que el trabajo engendra".

Describía entonces la tradicional actitud del Estado frente a los problemas sociales: "El Estado manteníase alejado de la población trabajadora. No regulaba las actividades sociales como era su deber, sólo tomaba contacto en forma aislada cuando el temor de ver perturbado el orden aparente de la calle lo obligaba a descender de la torre de marfil de su abstencionismo suicida. No se percataban los gobernantes de que la indiferencia adoptada ante las contiendas sociales facilitaba la

propagación de esta rebeldía, porque era precisamente el olvido de los deberes patronales que, libres de la tutela estatal, sometían a los trabajadores a la única ley de su conveniencia. Los obreros, por su parte, al lograr el predominio de las agrupaciones sindicales, enfrentaban a la propia autoridad del Estado, pretendiendo disputar el poder político (...).

"El ideal del Estado abstencionista era encontrarse frente a ciudadanos aislados, desamparados y económicamente débiles, con el fin de pulverizar las fuerzas productoras y conseguir, por contraparte, un poder arrollador. La contrapartida fue el sindicalismo anárquico, simple sociedad de resistencia, sin otra finalidad que la de oponer a la intransigencia patronal y a la indiferencia del Estado, una concentración de odios y resentimientos".

Frente a ese panorama, Perón desarrollaba la concepción que había esbozado dos meses antes, al hacerse cargo del DNT: "El ideal de un Estado no puede ser la carencia de asociaciones; casi afirmaríala que es todo lo contrario. Lo que sucede es que únicamente pueden ser eficaces, fructíferas y beneficiosas las asociaciones cuando, además de un arraigado amor a la patria y un respeto inquebrantable por la ley, vivan organizadas de tal manera que constituyan verdaderos agentes de enlace que lleven al Estado las inquietudes del más lejano de sus afiliados y a éste hagan llegar las inspiraciones de aquél. Por ello siempre he creído que se debe impulsar el espíritu de asociación profesional y estimular la formación de cuantas entidades profesionales conscientes de sus deberes y anhelantes de sus justas reivindicaciones se organicen, de tal manera que se erijan en colaboradoras de toda acción encaminada a extender la justicia y prestigiar los símbolos de la nacionalidad, levantándonos por encima de las pugnas ideológicas y políticas". Podemos imaginar cómo traduciría la exacerbada y vigilante sensibilidad de los dirigentes sindicales y los políticos de izquierda esta definición de las organizaciones gremiales anheladas por Perón.

En cuanto al papel de la STP, era caracterizado de la siguiente manera: "Con la creación de la STP se inicia la era de la política social argentina. Atrás quedará para siempre la época de la inestabilidad y desorden en que estaban sumidas las relaciones entre patronos y trabajadores. De ahora en adelante, los empresarios podrán trazar sus previsiones para el futuro desarrollo de sus actividades, tendrán la garantía de que si las retribuciones y el trato que otorgan al personal concuerda con las sanas reglas de convivencia humana, no habrán de encontrar por parte del Estado sino el reconocimiento de su esfuerzo en pro del mejoramiento de la economía en general y consiguientemente engrandecimiento del país. Los obreros, por su parte, tendrán la garantía de que las normas de trabajo que se establezcan enumerando los derechos y deberes de cada cual, habrán de ser exigidas por las autoridades del trabajo con el mayor celo y sancionado con inflexibilidad su incumplimiento. Unos y otros deberán persuadirse que ni la astucia ni la violencia podrán ejercitarse en la vida del trabajo, porque una voluntad inquebrantable exigirá por igual el disfrute de los derechos y el cumplimiento de las obligaciones" ¹⁷³.

No había, en este primer discurso de Perón, nada que pudiera entusiasmar demasiado a los trabajadores. Si se anunciaba una mayor intervención del Estado en las relaciones obrero-patronales, los obreros sabían en qué podía terminar esa presunta ecuanimidad que no había dejado de proclamar ninguno de los gobiernos anteriores. Si se exaltaba el papel de las organizaciones sindicales, éste era definido en tales términos que parecían indicar la intención de convertirlos en verdaderos instrumentos del Estado.

"Para disimular intenciones y abrir una puerta de salida a las ansias de reivindicación —decía al día siguiente **La Vanguardia** refiriéndose aparentemente al corporativismo—, se le había a los trabajadores de la conveniencia de actuar 'sin intermediarios' —que serían los políticos—, valiéndose de sus organizaciones específicas, esto es, la organización gremial. Alcanzaría ésta jerarquía en la estructura corporativa del Estado y de tal suerte los sindicatos obreros se convertirían en órganos de gobierno (...). Este plan se mueve entre los trabajadores de todos los países por las fuerzas de la reacción. Y desde entonces en más, los peores enemigos de la organización obrera, los enemigos tradicionales, han descubierto las virtudes del sindicato obrero, que pretenden identificar con la corporación" (3-12-1943).

"Mejor que decir es hacer"

Perón era muy consciente de que el único lenguaje que los trabajadores estaban dispuestos a creer era el de los hechos, de ahí que se abstuviera de anunciar medidas concretas: "No debemos incurrir en el error de fijar un programa de realizaciones inmediatas (...). El tiempo, las circunstancias y la conducta de cada cual nos indicará el momento y el rumbo de las determinaciones. La experiencia de la vida diaria nos conducirá por las sendas menos peligrosas al logro de cada mejora" 174..

Poco después enunciaría el slogan "Mejor que decir es hacer. Mejor que ofrecer es realizar" 175, que luego —cambiando "ofrecer" por "prometer"— se convertiría en el lema, insistentemente repetido, de la STP. Y en la primera asamblea obrera a la que asistió, invitado por los ferroviarios de Rosario, les dijo: "Yo sin la ayuda de ustedes no podría hacer absolutamente nada. La cooperación de ustedes es a base de confianza, que yo deseo despertar en el pueblo y lo haré por medio de actos. Ustedes hoy no están obligados a tener confianza en lo que yo digo y prometo; mañana, cuando los hechos les hayan probado que estamos trabajando para ustedes, si no poseen esa confianza, entonces yo podría enrostrar a los trabajadores de mi patria una grave ingratitud que no los creo capaces de cometer" (EOF, enero de 1944).

El pedido de colaboración a los obreros no era, por otra parte, exclusivo, ya que Perón se dirigía también en términos semejantes a los industriales. Cuando una delegación de la UIA lo visitó en noviembre de 1943, por ejemplo, les dijo: "He dicho, y espero que así sea, a nuestro presidente D. Luis Colombo, que en las funciones que desempeña en el DNT él será mi brazo derecho, y esto se explica. Una

repartición como el DNT no podría ir a ninguna parte sin que su obra contare con la colaboración y con la buena voluntad de ustedes" 176.

Ya instalado en el edificio del Concejo Deliberante y designados los principales colaboradores (Mercante, a cargo de la Dirección de Acción Social Directa; Bramuglia en la de Previsión Social; Spinelli en la de Trabajo), el nuevo organismo comenzó a producir hechos. El primero, aunque sin darle demasiada difusión para no desautorizar a sus autores, fue dejar sin efecto el decreto sobre asociaciones profesionales. Poco después se suspendió la aplicación de la ley de residencia. Luego, siguiendo quizás aquel criterio de "la conducta de cada cual" como determinante de las prioridades, una serie de medidas que beneficiaban a los ferroviarios: licencia anual incremental; subsidio de un millón de pesos para la construcción de un policlínico; aprobación de un plan de asistencia y previsión presentado por la UF y LF que contemplaba, además del policlínico, la construcción de un sanatorio para tuberculosos en Cosquín, hospitales y farmacias regionales en distintas ciudades del interior, servicios para mujeres y niños, etc. Para concretar la realización de ese plan se dispuso una contribución obligatoria, proporcional a sus ingresos, de todo el personal ferroviario; el Estado contribuiría, por su parte, en las líneas por él administradas e invitaba a las empresas privadas a hacer lo mismo.

La eficacia de la STP pronto fue puesta a prueba por el terremoto de San Juan, que exigió la movilización de vastos recursos para el socorro de las víctimas y permitió que el organismo y su jefe pasaran a ocupar el centro de la atención pública. Entre bambalinas, sin embargo, se desarrollaba una nueva crisis en el seno del gobierno, motivada por las va insoportables presiones de Washington que exigía la ruptura con el Eje. Ramírez debió ceder finalmente el 26 de enero de 1944, y el descontento de los sectores neutralistas del ejército lo obligó a delegar el mando el 24 de febrero. El grupo liderado por Perón salió muy fortalecido de esta crisis: Farrell ocupó la presidencia y Perón el ministerio de guerra, el contralmirante Alberto Telsaire el ministerio de marina y el coronel Juan Filomeno Velazco la jefatura de policía; los coroneles González y Ramírez renunciaron a sus cargos. Pocos días después, el fracaso de la intentona golpista del teniente coronel Tomás Ducó consolidó la posición del grupo vencedor, quedando Farrell y Perón confirmados en sus cargos por la renuncia de Ramírez (9 de marzo).

La acción de la STP no se había detenido totalmente durante la crisis militar: los empleados administrativos de los ferrocarriles pidieron que se reconociera a la UF como su única representante; Perón prometió gestionarlo y a los pocos días salió el decreto. Por otra parte, el organismo comenzaba a evidenciar que no estaba dispuesto a permitir que sus disposiciones —y aún sus sugerencias— quedaran sin aplicación: el 28 de diciembre agradecía la acogida que la mayor parte de las empresas había dispensado a la sugerencia de obsequiar a sus trabajadores con una canasta navideña —idea típica de lo que Perón llamaba "humanizar el capital"—, apuntando que sólo tres empresas ferroviarias se habían negado, con el argumento de que ya estaban pagando el salario familiar. "Debe señalarse —dice el comunicado— que la STP no se di-

rigía a pedir, por descontarlo, que se cumpliera con la ley, sino que pretendía llegar al buen corazón que debe tener todo el que usufructúa el trabajo ajeno" (LV, 29-12-1943) Poco después volvía a dirigirse a las empresas ferroviarias, conminándolas a poner en práctica lo dispuesto en el decreto sobre vacaciones y a pronunciarse sobre la sugerencia de contribuir con el plan de asistencia social de los gremios.

Mientras tanto, Mercante fijaba la fecha para las elecciones en la UF y LF. Ambas organizaciones tenían motivos para estar conformes con el gobierno, y lo demostraban: el 20 de marzo una multitudinaria concentración de ferroviarios respaldó, en Plaza de Mayo, la entrega de un petitorio a Farrell y escuchó las palabras que el presidente le dirigió desde los balcones de la Casa Rosada. El 18 de abril, otra multitud ovacionaba a Farrell en la inauguración de los consultorios externos de la UF y el 26 aparecía un manifiesto firmado por los dirigentes de la UF y LF que asesoraban a la Intervención donde señalaban, que, además de las ya mencionadas, el gremio había obtenido las siguientes mejoras: liquidación al personal a jornal de los haberes que le correspondieran por días feriados; equiparación del personal de los puertos de Rosario, Mar del Plata y Quequén con el de Buenos Aires y La Plata; autorización para que maquinistas y señaleros pudieran usar anteojos (antes debían cambiar de categoría —y por lo tanto de sueldo— en caso de necesitarlos); participación de representantes obreros en los tribunales médicos para dictaminar sobre defectos físicos (respecto de los cuales existía el mismo problema); aumento de sueldos para el personal del Puerto de Buenos Aires y La Plata; reincorporación de cesantes; intervención a la Administración General de Ferrocarriles.

Por esos días se dictaban también el Estatuto del Periodista y el del Personal Civil de la Nación; se reglamentaban y ampliaban las funciones de asesoría jurídica de la STP y se reconocía a la UT como representante de los trabajadores del transporte urbano. A. Fidanza y Luis Girota (miembro de la CD de la UF desde 1928 y del CC de la CGT desde 1930) fueron nombrados delegados obreros a la Conferencia Internacional del Trabajo.

Esto no significa que los aspectos autoritarios y represivos del régimen hubieran desaparecido. Las cárceles seguían llenas de gremialistas y de militantes comunistas, y muchos sindicatos de esa tendencia seguían clausurados. A mediados de octubre de 1943, un centenar de profesores y funcionarios —entre los cuales estaba Bernardo Houssay— eran cesanteados por firmar un manifiesto donde expresaban su adhesión a la democracia representativa y reclamaban una política de solidaridad americana. A fines de diciembre se había disuelto los partidos políticos y establecido la enseñanza religiosa obligatoria. La reorganización del gabinete después de la renuncia de Ramírez no había disminuido la influencia que en ciertas áreas (particularmente las relaciones exteriores y la educación) tenían los sectores nacionalistas católicos y pro-fascistas.

En marzo de 1944 fue allanada la FGB y se produjeron 150 detenciones. Los actos del 1º de Mayo —transformado en feriado como "fiesta de los trabajadores"— fueron prohibidos, y las gestiones de una

comisión representativa de las tres centrales —Integrada por Almarza, Borlenghi y Gay— para que se reconsiderara la medida fueron infructuosas. Ese día hubo una serie de disturbios en Plaza Once, atribuidos por el gobierno a los comunistas, en los que resultaron varios heridos y 36 presos. El 20 de mayo Perón declaraba ilegal la huelga que sostenían los obreros de Grafa y el 16 de junio la de los talleres navales de Dock Sud.

Por otra parte, la poderosa influencia que su formación y experiencia puramente militar ejercía todavía sobre la ideología de Perón se revela claramente en sus discursos. En el primero que dirige a una asamblea de obreros —ferroviarios rosarinos— no se le ocurre nada mejor que poner como modelo de organización sindical ¡al ejército!: "El mejor sindicato, el gremio más poderoso y mejor organizado somos nosotros, los militares. Somos los únicos que han podido conseguir el sindicalismo perfecto a través de los siglos. Por eso al aconsejarles lo hago con el conocimiento profundo de la historia y con la decisión de que ustedes puedan imitarnos para conseguir la cohesión y la fuerza que hemos conseguido nosotros" (EOF, enero de 1944). Claro que esta novedosa definición del ejército no dejaría de ser confirmada por los hechos en las décadas siguientes.

Yendo aún más lejos, el 1º de mayo de 1944 Perón ponía al ejército como modelo de organización social en general: "Entiendo que la organización interna del ejército está concebida con un auténtico sentido orgánico-social y es una cátedra ejemplar de disciplina, de camaradería, de patriotismo, de jerarquía y de respeto. Allí no existen ni postergaciones injustificadas, ni ascensos inmerecidos. El escalafón se cumple sin excepciones y sin privilegios, con un sentido estricto de selección y de justicia, que no es, ni puede ser, ni queremos que sea, un beneficio exclusivo de las fuerzas armadas, sino una conquista social que alcance a todos los argentinos".

Después de amenazar con esa "conquista social" y de asegurar que "buscamos suprimir la lucha de clases, suplantándola por un acuerdo justo entre obreros y patrones al amparo de la justicia que emana del Estado", la emprendía contra los enemigos de esa aspiración: "Por eso deseamos desterrar los fatídicos gérmenes que los malos políticos inocularon en los organismos gremiales para debilitarlos, fraccionarlos y explotarlos en beneficio propio (...) Deseamos también desterrar de las organizaciones gremiales a los extremistas, para nosotros de ideologías tan exóticas, ya representen un extremo como otro, porque es lo foráneo, a lo que nosotros los argentinos no hemos jamás sentido inclinación ni apego y porque ellos, con su sedimento de odios ancestrales nos traen sus problemas, que no nos interesan ni nos atañen (...) No queremos agitadores a sueldo, verdaderos vampiros sociales, sensibles a los halagos del dinero patronal o extranjero, especie de filibusteros del campo gremial y aficionados a 'alzarse con el santo y la limosna' y a disfrutar del lujo y de los regalos de la vida burguesa que ellos cubren de anatemas"¹⁷⁷.

Estas palabras pronto encontrarían un destinatario concreto. El 9 de junio una delegación de municipales concurre a la STP, donde Perón

"los exhortó a que se mantengan unidos y elijan sus representantes entre obreros auténticos, y formuló algunas consideraciones sobre la acción perniciosa que ejerce sobre los gremios la intromisión de los políticos y de los extremistas" (LN, 10-6-1944). Dos días después una nueva delegación solicitaba la intervención de la UOEM y el 16 aparecía el decreto que así lo disponía.

El gobierno argumentaba que esa organización "tiene a su frente un elemento conocido en el ámbito gremial, que no vaciló en enrolarse e integrar la CD de un organismo calificado como vocero de un partido político cuya doctrina ataca despiadadamente el fundamento de la nacionalidad". Este solo hecho, a pesar de las otras serias acusaciones que se han formulado a su conducta como dirigente obrero, es suficientemente poderoso como para que el Estado acuda en defensa de los derechos de quienes pertenecen a la UOEM y que hasta ahora no sólo han sido desconocidos sino que, ejerciéndose aquella actuación como una verdadera dictadura sindical, ha imposibilitado la fusión con entidades análogas".

Por otro lado, señalaba que Pérez Leirós formaba parte de una empresa inmobiliaria, hecho que consideraba incompatible con su condición de dirigente obrero, así como el ejercicio de la función pública (con lo que recogía el viejo principio sindicalista), y no dejaba de aludir el efímero paso del gremialista por el trabajo manual: "es deseo de esta secretaría que los dirigentes de los gremios sean verdaderos y auténticos obreros, que hayan sentido en carne propia la necesidad que como dirigentes están en el deber de remediar" (LN, 17-6-1944).

Según Pérez Leirós, la intervención se produjo porque él rechazó los intentos realizados por Perón para atraerlo y la sugerencia de organizar un acto en el campo de deportes del sindicato e invitar al coronel, como hacían por esos días otros gremios¹⁷⁸. Es probable que la medida estuviera destinada a disuadir a los dirigentes que se sintieran tentados a seguir los pasos del caudillo municipal, pero recordemos también que éste era sumamente vulnerable, ya que algunos de los argumentos de la intervención no dejaban de reflejar circunstancias reales, denunciadas por sus opositores desde hacía muchos años.

Por otra parte, tanto la intervención de la UOEM como los ataques que Perón reiteraba en todos sus discursos de esa época contra los "malos políticos" y las "ideologías extrañas" en el movimiento obrero —transparentes referencias a socialistas y comunistas— se relacionan también con la creciente resistencia que éstos oponían a los avances que la influencia del secretario de Trabajo y Previsión iba alcanzando en el ámbito sindical.

Por eso debía Perón defenderse insistentemente en sus discursos de la acusación de ser enemigo de las organizaciones obreras y de propiciar la intromisión del Estado en sus asuntos: "La acción social que se inicia vigorosamente —decía— ha sido señalada, con intención inconfesable, como una intromisión estatal en las organizaciones obreras (...)

* Se refiere, evidentemente, a la CGT Nº 2 y al PC.

No hemos perseguido otra finalidad que la de fortalecer las asociaciones para que estén en condiciones de gravitar en la regularización del trabajo y en el mejoramiento del standard de vida de los trabajadores. Porque sé cuánto esto significa para los trabajadores y para el país, me opongo severamente al debilitamiento de esas organizaciones o al reconocimiento oficial de los grupos constituidos por los que abandonan sus filas alentados por fuerzas disociadoras que no se resignan a perder sus posiciones"¹⁷⁹. "Se ha dicho —repetía poco después— que nosotros los revolucionarios, o la STP, somos enemigos de las organizaciones obreras. Nada más incierto (...). No sólo no somos enemigos de las organizaciones obreras, sino que las vamos a imponer con carácter oficial, pese a quien pese, le guste a quien le guste o le disguste a quien le disguste"¹⁸⁰.

En cuanto a las entidades patronales, no veían aún con malos ojos la acción de la STP. Por ejemplo, la ANT la juzgaba en estos términos en su memoria anual: "Las actividades de ese nuevo organismo del Estado se particularizaron por su intensidad. Provechosa fue su intervención en numerosos desacuerdos entre patronos y obreros, en los que no se llegó al recurso de la huelga merced a la resolución arbitral de ese organismo". Manifestaba también que la ANT podría suscribir íntegramente, ya que coincidían con la posición que siempre había sostenido, las palabras pronunciadas el 1º de mayo por el coronel Perón sobre la supresión de la lucha de clases. "Con respecto a la difusión de propaganda extrema —agregaba finalmente—, que ha sido un mal endémico en los ambientes proletarios y llegó a desvirtuar las finalidades del sindicalismo, puede asegurarse que se vio muy limitada por la acción energética de las autoridades" (LN, 25 7-1944).

La oposición, en realidad, seguía concentrándose sobre la política exterior del gobierno, siempre renuente a una mayor identificación con los aliados y calificada por éstos como pro-Eje. En ese sentido, los conceptos expuestos por Perón al inaugurar la cátedra de Defensa Nacional en la Universidad de La Plata el 10 de junio dieron lugar —o sirvieron como pretexto— para que se produjera un alud de acusaciones, tanto en el interior como en el exterior (adonde, además, llegaron distorsionados).

Por un lado, Perón dividía a las naciones en "satisfechas" e "insatisfechas", agregando que las segundas "sabiendo que una guerra es probable, por cuanto si no tienen pacíficamente lo que desean recurrirán a ella, ahorrando miseria a la miseria, se preparan acabadamente para sostenerla y en un momento determinado pueden superar a las naciones más ricas y poderosas". Por otro, sostenía que "si en cuestiones de forma de gobierno, problemas económicos, sociales, financieros, industriales, de producción y de trabajo, etc., cabe toda suerte de opiniones e intereses dentro de un Estado, en el objetivo político derivado del sentir de la nacionalidad de ese pueblo, por ser único e indivisible, no caben opiniones divergentes"¹⁸¹.

Si éstos y otros conceptos similares no eran, ciertamente, los más indicados para acallar las acusaciones sobre la tendencia pro-fascista del gobierno, tampoco parecen motivo suficiente para el escándalo internacional que desataron. Ocurre que los aliados habían resuelto no

reconocer al gobierno de Farrell: días después, el embajador norteamericano se volvía a su país, seguido al poco tiempo por el inglés. El aislamiento internacional de la Argentina era completo.

Nuevamente, sin embargo, Perón saldría fortalecido de la prueba: el 8 de julio asumía la vicepresidencia y el ministro del interior, general Luis César Perlinger, que había sido su rival durante los últimos meses, era reemplazado por Teisaire. El nuevo cargo, agregado a los otros dos que conservaba, obligaba a Perón a desplegar una intensa actividad: si según los horarios oficiales atendía el Ministerio de Guerra de 9 a 11, la vicepresidencia de 11 a 13 y la STP de 17 a 20, en la realidad esos horarios eran ampliamente superados y Perón siempre decía que en la STP se sabía a qué hora se entraba pero no a qué hora se salía.

Efectivamente, la acción de la STP era infatigable. El 1º de Mayo Perón podía decir, por ejemplo, que por intermedio del organismo se habían resuelto los conflictos de los obreros del vidrio, de la carne, textiles, del mueble, del cartón, de la electricidad, de la alimentación y de los astilleros, y que habían obtenido mejoras de los metalúrgicos, lancharos, portuarios, del vestido, de la cerámica, escoberos, obreros del Chaco y petroleros. El descanso dominical había beneficiado a 40.000 carniceros y otros tantos comerciantes minoristas habían obtenido mejoras en sus horarios.

Se estaba trabajando en la reglamentación del aprendizaje y trabajo de menores y en un proyecto de fuero del trabajo. El personal de Obras Sanitarias y el de los ferrocarriles del Estado recibieron aumentos y el de la Corporación de Transportes salario mínimo. Comenzaba la construcción de casas para obreros en San Martín (Provincia de Buenos Aires) y en Córdoba.

Día a día llegaban delegaciones de los más diversos gremios a la STP con sus demandas y, decía Perón, "Nadie ha golpeado vanamente a sus puertas. Ningún conflicto quedó sin solucionar. Centenares de reivindicaciones obreras han sido logradas por su intermedio. En los seis meses de la nueva era de política social argentina que hemos inaugurado, ha habido una transformación fundamental" 182.

La nueva actitud del Estado hacia los trabajadores

Los testimonios de muchos dirigentes sindicales de la época confirman plenamente que se había producido esa transformación.

"En nuestro trabajo sindical —dice un metalúrgico— advertimos a partir de 1944 cosas increíbles: que se hacían cumplir las leyes laborales incumplidas en otra época; que no había necesidad de recurrir a la justicia para el otorgamiento de vacaciones; otras disposiciones laborales, tales como el reconocimiento de los delegados de fábricas, garantías de que no serían despedidos, etc., etc., tenían una vigencia inmediata y rigurosa. Las relaciones internas entre la patronal y el personal de las fábricas había cambiado por completo de naturaleza (...) Los patrones estaban tan desconcertados como asombrados y alegres los trabajadores. La STP se había convertido en un factor de organización, desenvolvi-

miento y apoyo para la clase trabajadora. No funcionaba como una regulación estatal por encima de las clases en el orden sindical, actuaba como un aliado estatal de la clase trabajadora" 183.

"Problemas que estaban radicados en el viejo DNT meses enteros, años —reconoce un textil socialista—, empezaron a reunirse los expedientes por cada gremio y llamaban a los dirigentes que estaban establecidos en los sindicatos (...) y les dijeron: —Señores, nombren a una persona para que venga todos los días acá a tratar diariamente tres o cuatro problemas, los que sean posibles, de cada uno de estos expedientes (...) Empezábamos a tratar los problemas y teníamos éxito, porque siempre tenía razón el obrero. Se había invertido la cosa" 184. En consecuencia, mientras que antes los patrones se resistían a reconocer al sindicato y a tratar con él los problemas, prefiriendo llevarlos al DNT, después de la creación de la STP "los industriales venían a nuestro sindicato a pedirnos por favor si era posible tratar los problemas entre nosotros" 185.

"Los trabajadores y empleados del Estado —decía el 17 de mayo de 1944 el secretario general de ese gremio—, que durante muchos años se vieron olvidados en sus justas aspiraciones por los gobiernos que se han sucedido en el transcurso de los últimos años, vislumbran ya, frente a hechos concretos, épocas de mayor justicia y de un mayor reconocimiento del esfuerzo individual y colectivo de todos los que tienen como patrón al mismo Estado (...)

"En nuestro constante bregar, durante los diecinueve años de existencia que llevamos como organización representativa de los servidores públicos, transmitimos siempre nuestras inquietudes y nuestros justos anhelos. Unas veces fuimos escuchados y otras no, aunque estas últimas fueron las mayores. Parecía existir cierta insensibilidad por parte de los funcionarios públicos para comprender el problema (...) Contemplábamos con pena y desesperación esa denunciada insensibilidad (...) Un olvido casi absoluto se había establecido y, cuando en circunstancias especiales se daban algunas leyes y decretos, éstos en su aplicación andaban peregrinando de una oficina a otra, buscando torcidas interpretaciones para excluir a los trabajadores de todos los beneficios (...)

"Fue necesario que el gobierno sacudiera el árbol de la administración pública para desprender de ella todo aquello que no interpretara el verdadero sentir y propósito del funcionario que no pasa a ocupar su puesto simplemente para percibir una remuneración material, sino para hacer justicia social (...) Vemos con simpatía cómo lo práctico ha suplantado a lo dilatorio o inútil (...) Se ha llegado a la época del trabajo, donde todos por igual prestamos nuestros esfuerzos al esfuerzo común.

"Nosotros los trabajadores, que no sabemos de alabanzas, no tenemos inconveniente en decir que vemos cómo trabajan los hombres en quienes depositó su confianza el señor presidente. Muchos amaneceres nos han encontrado trabajando con ellos, estudiando la manera de hallar soluciones a los problemas que se plantean. Y esta forma de trabajo obliga a que todos por igual nos sintamos impregnados de ese entusiasmo tan necesario para prestar la máxima colaboración" (EOF, junio de 1944).

Un cambio semejante se producía en el interior, donde los organismos provinciales siempre habían sido mucho más dependientes de los intereses patronales y menos dispuestos a contemplar las demandas de los trabajadores que el nacional, por lo que el cambio de actitud debió notarse con mayor intensidad. "Dos mil expedientes de multas e indemnizaciones se encontraban paralizados y sin diligenciar ante la justicia desde el año 1942 —dice un ferroviario cordobés refiriéndose a la situación en su provincia—. La apatía, la indiferencia o la complicidad de las direcciones anteriores perdonaba con esa actitud el pago de casi 300.000 \$ m/n a los patronos cuyas violaciones habían sido documentadas. La falta de atención de abogados y procuradores del antiguo DNT había hecho perder a los trabajadores centenares de juicios por despido. El incumplimiento total de sus obligaciones presidía la acción de los funcionarios del trabajo y de los patronos". Es así que cuando asume el nuevo delegado regional de la STP y, después de reorganizar la dependencia, abre sus puertas, "el primer día de actividad en su nuevo local registró la visita de 1.200 personas esperanzadas en la nueva justicia"¹⁸⁶.

Un testigo hostil, por su parte, describe así las actividades de la STP: "El procedimiento para atraer a los trabajadores y para interesarlos en la gestión de la STP fue bien simple: destacar hasta la exageración el rol de nueva defensora de la masa trabajadora que a partir del momento de su creación había de desempeñar dicho organismo del Estado. Por su gestión oficiosa se obtendrían aumentos de salarios, vacaciones pagas, jugosas indemnizaciones, aguinaldos y mejoras de todo género. Por vía de la Secretaría los obreros tendrían —según la propaganda oficial— un nuevo y activo defensor de sus derechos en las disputas con los patronos. Y el abuso y la explotación patronal tendría que desaparecer, allí donde existiera, gracias a ese flamante y 'providencial' accesorio del gobierno (...)

"En una palabra, empezó a medirse en los conflictos del trabajo inclinando sensiblemente la balanza en beneficio del trabajador, tan favorablemente en este sentido como antes se había inclinado en favor del patrón o del empresario. Y en todo este novedoso mecanismo la STP (y más aún que ella el propio coronel Perón) jugaba el rol de 'protectora incondicional' y 'salvadora' de la masa trabajadora (...)

"Por su parte, la STP escuchaba a los obreros que acudían en busca de protección y de mejoras económicas; y cuando éstos no acudían espontáneamente, la Secretaría se encargaba de exhortarlos a concurrir a ella, haciendo notar las ventajas que se derivarían de dicho contacto.

"Todo esto era acompañado de una prédica radial y periodística formidable, en la que el régimen militar no escatimaba los recursos fiscales y que se destinaba a destacar la condición económica, social y política subordinada en que con diferencias de grado se había mantenido hasta entonces a la masa trabajadora. Y por si la dosis de verdad que había en ello no bastaba, se exageraba hasta el infinito tratando de sugestionar a los trabajadores como presuntas víctimas de la explotación más sanguinaria y de una esclavitud africana, al tiempo que se insultaba soezmente a los patronos, a los próceres argentinos y a todo lo que no coagulaba con el régimen fascista imperante"¹⁸⁷.

Los mismos socialistas no podían dejar de admitir, a regañadientes, que algo se estaba haciendo en el orden social: "En cuanto a su llamada obra de justicia social, estamos también en condiciones espirituales de reconocer que el coronel Perón ha cumplido una obra no exenta de interés, no importan los motivos y circunstancias por los cuales la concibió. Cuando vio perdida la revolución se dio a preparar apresuradamente un plan a fin de allegar prestigio popular al 4 de junio. Realizó así una obra de aumentos de salarios, concesión de jubilaciones, etc. que si bien no salvó la revolución porque ésta ha fracasado irremisiblemente, sirve al menos para reconocer algunos esfuerzos dignos de consideración en el juicio final (...)

"El señor Perón abrió las carpetas parlamentarias, tomó las iniciativas socialistas, se apoderó de nuestros proyectos sobre aprendizaje del joven y sobre tantos otros temas de legislación del trabajo y cumplió así, sin originalidad pero con fervor de neófito, un aspecto parcial y limitado de lo que se llama justicia social" (LV, 6-3-1945).

Con lo que no podían transar, en cambio, era con su política sindical: "El concepto sindical de la STP es tan parecido a la idea corporativa del fascismo como una gota de agua a la otra. Consideramos que lo más grave que ha podido realizar la STP es la anulación del sindicalismo auténtico y libre y la utilización de los aparatos gremiales para fines políticos del oficialismo y para el endiosamiento e idealización de una persona" (Idem).

Es que, al mismo tiempo que la resolución de los problemas concretos que se le presentaban y la elaboración de resoluciones y decretos de carácter más general, la STP se encargaba de apoyar a las organizaciones sindicales, aunque en forma selectiva. Una de las maneras de fomentarlas fue dándoles reconocimiento oficial —como vimos en el caso de la UT y de la UF como representante de los empleados ferroviarios—, o resolviendo los problemas y disponiendo mejoras únicamente por su intermedio, con lo que las prestigiaba entre los trabajadores del gremio y atraía la afiliación. Otra fue remitir a los sindicatos a los grupos no organizados que acudían a plantear sus problemas: "Los personales acudían a la STP (...) a contar sus problemas y la STP los mandaba al sindicato —recuerda un dirigente textil—. Observe el cambio"¹⁸⁸. "Entonces empezaron a afluir los personales al sindicato. Empezaron a venir enteros, así en bandadas"¹⁸⁹. "En una palabra —confirma otro—, los sindicatos comenzaron a hacerse fuertes, a tener más afiliados, porque Perón les mandaba la clientela de reclamadores. Y todos los reclamos, vía sindical, encontraban pronto respuesta positiva desde la Secretaría. Entonces la onda para todo el mundo fue afiliarse"¹⁹⁰.

Por otra parte, en sus contactos con los obreros, Perón no dejaba de insistir en que debían organizarse. "La STP no puede funcionar sin que ustedes estén perfectamente organizados —decía, por ejemplo, en una reunión de dirigentes sindicales de Entre Ríos— (...) De modo, pues, que les pido que lleven a todos los demás compañeros de los distintos gremios que ustedes representan ésta mi palabra honrada y sincera de que se organicen, que tengan cada día más fuerte y más unida su organización"¹⁹¹. Más concretamente, hablando ante activistas de la

UOEM, les recomendaba "el trabajo que cada uno de ustedes debe realizar para atraer a los otros compañeros a esta unidad, porque aquí se agrupan solamente alrededor de 4.000, siendo los obreros municipales mucho más de 25.000" (LN, 17-8-1944).

Tampoco dejaba de insistir en que los dirigentes debían ser auténticos obreros, dedicados exclusivamente a servir los intereses de su gremio, y que para poder mantenerse unidos las organizaciones debían excluir totalmente de su seno a la política y a las "ideologías extrañas". "Mantengan una absoluta disciplina gremial, obedezcan a sus dirigentes bien intencionados —aconsejaba—. Y sobre todas las cosas, no permitan que dentro de las agrupaciones se introduzca la política, que es el germen más disolvente de todas las organizaciones obreras. La política y las ideologías extrañas que suelen ensombrecer a las masas son como bombas de tiempo, listas para estallar y llevar a la destrucción del gremio, que no debe ocuparse de cuestiones ajenas a sus intereses y a sus necesidades" ¹⁹².

Incluso dejaban entender que solamente en esas condiciones podrían los gremios lograr mayores beneficios: "El gremio de los obreros municipales no ha sido muy afortunado con sus directivos, y merced a ello no ha obtenido todavía el sinnumero de ventajas que no hubieran escapado a un gremio bien dirigido, unido y con la fuerza suficiente para reclamar una justicia que no se le puede negar a nadie" ¹⁹³.

En cambio, la UF era puesta como ejemplo de lo que podría lograr un gremio cuyos dirigentes supieran colaborar con la STP. En uno de los tantos discursos dirigidos a los ferroviarios, después de pintar un negro panorama de la anterior situación del gremio, en que las divisiones y luchas intestinas lo habrían debilitado hasta dejarlo totalmente inerte ante las poderosas empresas, señalaba: "La intervención de la STP rompió el desequilibrio entre las dos fuerzas. Desde entonces, no era el gremio debilitado por las escisiones, por los apetitos personales, por los odios insatisfechos y por la propia traición de sus dirigentes el que exigía el cumplimiento de las disposiciones o el reconocimiento de tal o cual reivindicación gremial. Era el Estado con todo el peso de su autoridad el que lo imponía de una manera inapelable, de la misma manera que su presencia al frente de las organizaciones gremiales hacía renacer la confianza entre los hombres que integran ese importantísimo sector de la vida nacional. La conciencia sindical fue robusteciéndose al compás de las conquistas. Hoy día, 200.000 voluntades erguidas en un mismo deseo de mejoramiento apuntalan con su energía invencible la era de la política social argentina que inició el cumplimiento de su cometido con la primera reivindicación ferroviaria" ¹⁹⁴.

"Los ferroviarios del país —afirmaba poco después— pueden ser considerados hoy como modelo de organización sindical, en primer término porque representan un sindicato netamente criollo, como nosotros lo anhelamos y como nosotros realizaremos. Muchas son las conquistas obtenidas por los ferroviarios que deben servir de ejemplo a todos los gremios del país, indicando eso lo que puede una buena organización regida por dirigentes auténticamente trabajadores, argentinos, patriotas y con un verdadero sentimiento del gremialismo nacional" ¹⁹⁵. Tales elogios

no dejaban de resultar curiosos, ya que los sindicatos puestos como modelos llevaban casi un año de estar intervenidos y eran dirigidos por un teniente coronel.

La intervención de la UOEM parecía indicar cuál sería el destino de las organizaciones que se negaran a seguir el ejemplo de los ferroviarios. Sin embargo, pronto encontraría Perón un recurso más eficaz: los sindicatos paralelos. Siempre había sostenido la necesidad de que existiera un solo sindicato por gremio, y a los que lo acusaban de nazi por ese motivo respondía: "si los nazis han pensado así, yo debo declarar que los nazis tienen razón" ¹⁹⁶. Pero ante la tenaz resistencia que encontró, sobre todo, en los dirigentes comunistas, no vaciló en fomentar la división de los sindicatos que controlaban: mientras los antiguos dirigentes eran perseguidos y encarcelados y, en el mejor de los casos, sus gestiones no prosperaban en la STP, los nuevos, por el contrario, eran recibidos con los brazos abiertos y se satisfacían todas sus demandas.

Así hablaba Perón, por ejemplo, a los dirigentes del sindicato paralelo que se había formado entre los metalúrgicos: "Ya me extrañaba que el gremio de los metalúrgicos no llegara hasta nosotros, conociendo las dificultades de los gremios y lo próspero de la industria. Me había llamado poderosamente la atención y muchas veces me había preguntado: ¿es que los metalúrgicos estarán tan bien? (...) La STP es la casa de los trabajadores y extrañamos a aquellos que tardan en venir" ¹⁹⁷. "Añadió —relata uno de los asistentes— que por los conceptos del compañero que lo había precedido en el uso de la palabra advertía que no era así, y que en consecuencia los alentaba a los metalúrgicos para la formación de un sindicato poderoso para defender sus derechos y la soberanía del país" ¹⁹⁸.

Procesos similares se darían, como veremos más adelante, en la FONC, la FOIC, la UOT y otros sindicatos. Además de los comunistas, la discriminación alcanzaba también a los socialistas que se resistían a colaborar con la STP y cuyos ataques a la política implementada por Perón eran cada vez más virulentos. "Hay toda una trama para enredar a los trabajadores en la política oficialista —diría, por ejemplo, el redactor de asuntos gremiales de *La Vanguardia*, Alfredo López—. Y es un secreto a voces que el papel principal de la tarea de demostración corre por cuenta de la STP que 'trabaja' no para conseguir la adhesión del movimiento obrero al gobierno, sino a la política del titular de esa dependencia. La STP se vale de todos los recursos a su alcance para doblegar voluntades, obtener votos de aplauso y homenajes (...) No desecha esa Secretaría ningún procedimiento. Los convenios salen y las gestiones progresan en relación con su rendimiento político. Y cuando algún gremio opone dificultades, los trámites se hacen largos y a veces interminables. Hay pedidos de mejoras que insumen siete u ocho meses de gestiones y estudios, de manera tal que cuando salen carecen de valor. En ese lapso se somete a los delegados gremiales a una verdadera e interminable 'aman-sadora' y de paso aprovechan los 'correveidille' para todo lo que sea necesario, secundando las tareas de los estrategos reclutados entre los tráfugas. Allí se organizan huelgas, se dividen gremios —madereros, obreros del dulce, etc.—, se preparan demostraciones y homenajes, pre-

miros, recompensas y posiblemente castigos, cumpliéndose así, más que una función técnica, una tarea política, cuya calificación y categoría surge de los métodos empleados" 199.

Pero esas críticas —que no dejaban de reflejar objetivos y procedimientos reales— no podían contrapesar la elocuencia de las mejoras concretas que los obreros seguían obteniendo a través de la STP. "El obrero entendía las realidades —dice un dirigente sindical socialista de la época—. Nosotros veíamos el proceso como venía, pero los trabajadores no. El conjunto de la masa societaria que aflúa (...) no entendía nada más que la parte lógicamente material" 200.

Y las mejoras seguían sucediéndose sin interrupción: aumento del personal de la administración pública los días de asueto; reglamentación de la forma de pago de los salarios; prohibición del trabajo femenino antes de las siete de la mañana; sueldo mínimo para los operadores cinematográficos; aumento para los empleados judiciales y, sobre todo, rebaja de los precios de los artículos de primera necesidad.

La creciente adhesión de las organizaciones gremiales al gobierno se pondría en evidencia durante la crisis provocada a fines de julio por la burda acción "desestabilizadora" protagonizada por el Departamento de Estado norteamericano. Este dio a conocer una declaración denunciando el incumplimiento, por parte del gobierno argentino, de sus obligaciones para con el sistema interamericano (por no hacer efectiva la ruptura con el Eje, no tomar medidas contra el espionaje y la propaganda nazi, etc.) y pidiendo a los países americanos que se abstuvieran de reconocer al gobierno de Farrell.

Pero, además de eso, no vacilaba en abrir juicio sobre la política interna: "Se ha comprobado —decía— que elementos extremistas y simpatizantes del Eje fueron los responsables de eliminar del gobierno al general Ramírez y sus principales colaboradores, debido a la decisión que éstos habían tomado de romper relaciones. Esta situación revela claramente que el poder dominante en la Argentina estaba y continúa estando en manos de elementos simpatizantes del Eje, decididos a imponer su voluntad. Además, es significativo que estos mismos elementos controlan los ministerios y dependencias más importantes del gobierno nacional, así como de los gobiernos provinciales, y han establecido rápida y enérgicamente un sistema nacional totalitario que complementa y sostiene enteramente su política exterior en favor del Eje, mediante el control de la prensa, de los tribunales, de las escuelas y otras instituciones fundamentales. Los derechos civiles básicos han sido anulados o modificados de tal forma que no tienen sentido alguno en la realidad. Se hizo toda clase de esfuerzos para suprimir la oposición democrática al programa totalitario del gobierno. Una prueba notable de la naturaleza de ese programa fueron las declaraciones del ministro de guerra el 10 de junio, cuando dijo que el régimen militar es un objetivo a cuya realización deben dedicarse la economía total del país y la vida de todos sus habitantes. El ministro de guerra admitió de plano que la piedra angular de la política internacional de la Argentina debe ser la fuerza militar" (LN, 27-7-1944).

La iniciativa del Departamento de Estado encontró pronto eco en la oposición interna. Por ejemplo, los festejos con que se celebraron el 23 y 24 de agosto la liberación de París se transformaron en francas manifestaciones antigubernamentales: "La liberación de París marca la hora de la caída de todas las dictaduras —dijo Palacios en Plaza Francia— ¡Viva Francia libre! ¡Viva la Argentina libre!" (LN, 24-8-1944).

En esas circunstancias, el gobierno pudo comprobar que el único apoyo civil de que disponía —aparte de los minúsculos grupos nacionalistas— era el de las organizaciones obreras. Estas no sólo se pronunciaron en gran número en favor del gobierno en sus declaraciones, sino que salieron a la calle en manifestaciones y concentraciones masivas. Perón podía decir en esos días: "Hace ocho meses, cuando nadie tenía fe en nosotros, desde este mismo micrófono yo pedía confianza para todo cuanto íbamos a realizar, sin decir qué era. Hoy, sé que las masas argentinas tienen puestas en nosotros sus esperanzas, y esa esperanza es una fuerza cuyo poder extraordinario pocos hombres han sabido valorar en nuestros días" 201.

Y al mismo tiempo que se iba definiendo el apoyo de los trabajadores al gobierno, también iba creciendo la resistencia de los sectores capitalistas a su política social. El 22 de agosto se establecieron una serie de sanciones para quienes obstruyeran la labor de la STP; poco después, la Bolsa de Comercio planteaba su desacuerdo con el proyecto de ese organismo sobre jubilaciones. "Sin duda alguna —tendría que admitir Perón en esos días— que estamos soportando una presión extraordinaria de las fuerzas que se oponen a nuestra política social (...). El egoísmo es una fuerza muy grande dentro de la sociedad humana y esa fuerza es la que se levanta hoy para empezar a bombardear nuestras medidas de política social" 202.

Se cerraba así una etapa, iniciada nueve meses antes, durante la cual Perón había logrado ganar la confianza de vastos sectores de la clase trabajadora gracias, sobre todo, a la acción de la STP. Esa acción le había enajenado, en cambio, el apoyo de los sectores capitalistas, que Perón nunca había dejado de solicitar y que era indispensable para su proyecto basado en la conciliación de clases y en la unidad nacional. Paradójicamente, un proceso iniciado con esos objetivos iba a desembocar en la más profunda división y el más radical enfrentamiento que había conocido el país durante este siglo. Ante ese enfrentamiento que no podía evitar, Perón debía optar por una de las fuerzas y proceder a una progresiva redefinición de su enemigo.

3. Los discursos de Perón y la redefinición del enemigo

En la etapa que acabamos de analizar fue la elocuencia de los hechos producidos a través de la STP lo que le permitió a Perón ir ganando la confianza y el apoyo de los sectores obreros, mientras que sus discursos —al insistir en tópicos tradicionalmente esgrimidos por los peores enemigos del movimiento obrero— iban muchas veces a contrapelo con ese propósito. Pero hacia agosto de 1944 las circunstancias estaban cambiando: la influencia que había logrado en el campo sindical ya había neutralizado prácticamente la resistencia de los "malos políticos", las "ideologías extrañas" y los "agitadores a sueldo"; consecuentemente, éstos iban desapareciendo en forma paulatina de sus discursos. En cambio, la creciente oposición de los sectores capitalistas iba introduciendo en éstos, con frecuencia e intensidad en aumento, a los "egoísmos injustificados", los "intereses mezquinos" y, finalmente, "la oligarquía". Así se operaría, al calor de las luchas sociales, una redefinición del enemigo en los discursos de Perón.

Por otra parte, en esta nueva etapa que llega hasta octubre de 1945, esos discursos jugarán un papel tanto o más importante que el que seguía desempeñando la STP. Los hechos producidos por ésta encontrarán un nuevo significado y una nueva resonancia al ser encuadrados en el marco de una lucha que opone al "pueblo" contra la "oligarquía" y que adquirirá un carácter cada vez más global. Las conquistas logradas serán presentadas como sólo el comienzo de otras mucho más vastas e importantes y, al mismo tiempo, como corriendo el peligro de desaparecer con el triunfo del enemigo. Perón ya no apelará a la confianza ni al agradecimiento de las masas, sino a su movilización en defensa de esas conquistas y de la STP que las garantizaba. Por eso era importante que su palabra llegara a todos los trabajadores y a todos los rincones del país, y para ello se prodigaría en una actividad febril.

Desde el 2 de diciembre de 1943, en que asumió la STP, hasta el 25 de agosto de 1944 —fecha del discurso en la Bolsa de Comercio que podría tomarse, algo arbitrariamente, como divisoria de las dos etapas— Perón había pronunciado unos 65 discursos registrados. Desde entonces hasta octubre de 1945 pronunciará más de 100, lo que hace un promedio

de uno cada cuatro días, habiendo días en que pronunciaba dos o tres. Muchos de esos discursos eran transmitidos por la Red Argentina de Radiodifusión, pudiendo llegar así a casi todos los hogares del país ya que para esa época era raro el que no tuviera radio. Algunos fueron editados en folletos y, en todo caso, Perón no dejaba de pedir a sus oyentes que repitieran lo que decía a sus compañeros.

Aunque pronunciados en los lugares más variados (restaurantes, recintos oficiales, colegios, hospitales, teatros, estadios, plazas) y dirigidos también a los auditorios más diversos (desde el 1er Congreso Panamericano de Telecomunicaciones hasta un grupo de artistas de circo y variedades; desde los oficiales de la aeronáutica hasta una delegación de parteras), la abrumadora mayoría de estos discursos serán pronunciados en la STP o en concentraciones populares y se dirigirán a delegaciones obreras, gremios en particular o a los trabajadores en general.

"Antes de recibir una delegación gremial —dice el general Eduardo J. Avalos, muy allegado a Perón en aquella época— se hacía asesorar, por lo menos un día antes, por un veterano dirigente del sindicato que lo iba a ver. Así conocía al dedillo las necesidades, problemas y costumbres de sus visitantes. Por eso sus discursos —y algunos días pronunciaba hasta ocho— estaban plenos de detalles familiares y cálidos para esos obreros, que en seguida lo admiraban"²⁰³.

Durante este período Perón participará también en más de veinte concentraciones populares, cinco de ellas en Buenos Aires y las demás en diversas ciudades del interior. Su palabra, siempre clara y sencilla, contundente y convincente, llegó así profusamente a todos los sectores del país. Después del 24 de febrero de 1946, sus enemigos atribuirían su victoria a esa gigantesca campaña de dos años para la que dispuso de todos los recursos oficiales y, sobre todo, del uso irrestricto de la radio. Olvidaban, sin embargo, que del otro bando estaban casi todas las instituciones (partidos políticos, organizaciones empresarias y de profesionales, universidad, gran prensa), con el apoyo manifiesto de la primera potencia mundial. Veamos cómo se desarrolló la primera parte de ese enfrentamiento.

De "la unión de los argentinos" a "pueblo u oligarquía"

El discurso de la Bolsa de Comercio parece haber sido un esfuerzo supremo de Perón para ganarse la confianza de los empresarios, que empezaban a oponer resistencia a la política social del gobierno, aún a riesgo de enajenarse con sus expresiones la confianza de los trabajadores.

Comienza por señalar a sus oyentes que "una riqueza sin estabilidad social puede ser poderosa, pero será siempre frágil, y éste es el peligro que, viéndolo, trata de evitar por todos los medios la STP", y los exhorta a "reaccionar contra la miopía psicológica, penetrar en los problemas, irlos a resolver de frente".

"Las masas obreras que no han sido organizadas —dice— presentan un problema peligroso, porque la masa más peligrosa es la masa inorgánica. La experiencia moderna demuestra que las masas obreras mejor organizadas son, sin duda, las que pueden ser dirigidas y mejor condu-

cidas en todos los órdenes. La falta de una política social bien definida ha llevado a formar en nuestro país esa masa inorgánica.

"Los dirigentes de las masas son, sin duda, un factor fundamental que aquí ha sido también descuidado. Las masas por sí no cuentan, cuentan por sus dirigentes, y yo llamo a la reflexión a los señores que piensen en manos de quiénes estaban las masas obreras argentinas y cuál podía ser el porvenir de esa masa que, en un crecido porcentaje, se encontraba en manos de dirigentes comunistas, que no tenían ni siquiera la virtud de ser comunistas argentinos, sino que eran comunistas importados, sostenidos y pagados desde el exterior. Esas masas inorgánicas, abandonadas, sin una cultura general, eran un hermoso caldo de cultivo para esos agitadores profesionales importados.

"Para hacer desaparecer de la masa ese grave peligro no existen más que tres caminos o tres soluciones: 1º, engañar a las masas con promesas o con la esperanza de leyes que vendrán pero que nunca llegan; 2º, someterlas por la fuerza, pero estas dos soluciones, señores, llevan a posponer los problemas, jamás a resolverlos. Hay una sola forma de resolver el problema de la agitación de las masas, y ella es la verdadera justicia social en la medida de todo aquello que sea posible a la riqueza del país y a su propia economía (...) Ir más allá, es marchar hacia el cataclismo económico; quedarse muy acá es marchar hacia un cataclismo social".

Pinta luego el panorama de la post-guerra, con toda Europa sometida al "anticapitalismo pan-ruso", los países vecinos al nuestro amenazados también de caer bajo el control del comunismo y la Argentina debiendo hacer frente a la paralización de su economía, la desocupación y la infiltración comunista. Ante esa perspectiva, les dice, "es mejor dar un 30 % a tiempo que no perder todo a posteriori". La organización de las masas será el seguro "y el Estado organizaría el reaseguro, que es la autoridad necesaria para que, cuando esté en su lugar, nadie pueda salirse de él".

"Se ha dicho, señores —concluye— que soy un enemigo de los capitales, y si observan lo que les acabo de decir, no encontrarán ningún defensor, diríamos, más decidido que yo, porque sé que la defensa de los intereses de los hombres de negocio, de los industriales, de los comerciantes, es la defensa misma del Estado".

Finalmente, ante la posibilidad de no haberlos convencido, no deja de formular una amenaza: "Es indudable, señores, que si seguimos jugando a los bandos terminaremos por pelear, y es indudable también que en esa pelea ninguno tendrá que ganar sino que todos tendrán que perder, y es evidente que en este momento se está jugando con fuego. Lo saben ustedes, lo sé yo y lo sabe todo el país. Y nosotros somos hombres profesionales de la lucha, somos hombres educados para luchar, y pueden tener ustedes la seguridad más absoluta de que si somos provocados a esa lucha, iremos a ella con la decisión de no perderla" (LN, 3-9 1944)*.

* Sintomáticamente, este discurso no está incluido en la muy completa compilación editada en 1947-48 por la Subsecretaría de Informaciones.

Al día siguiente, en una entrevista de prensa, Perón se mostraba cautamente optimista sobre el efecto de su discurso: "Creo que comenzamos a entendernos", decía, agregando que "los hechos están disuadiendo a quienes erróneamente pensaban que la acción social del gobierno de la revolución se reducía a contemplar y satisfacer las necesidades de un grupo de la colectividad y no a armonizar el conjunto". La acción de la STP, que comenzó con la clase obrera —ya casi totalmente organizada—, siguió con la clase media "y empieza a cobrar realidad en estos momentos la tercera etapa que completa el ciclo: el de la formación de los sindicatos patronales o de las denominadas fuerzas vivas" (LN, 27-8-1944).

Ante este aparente giro en la política del gobierno debió haber cedido la inquietud en los medios obreros, ya que a los pocos días Perón reunía a los delegados de todos los sindicatos para hacerles conocer el texto de su discurso —que no había sido publicado por los diarios y del cual correrían seguramente las versiones más variadas—. Después de hablar de las fuerzas que se oponían a su política social, les aseguró que "el ejército está firmemente decidido a apoyar esa obra y no ha de consentir que ella se malogre por maniobras capitalistas, políticas o de cualquier especie". "En estos momentos —dijo— fuerzas políticas y de otra índole luchan por 'moverle el piso' al gobierno. Están totalmente equivocados. Nuestra unión es un bloque que no ha de ceder un milímetro. De eso pueden estar bien seguros. A las fuerzas del mal oponeremos las fuerzas del bien, y cuando los necesite los llamaré a ustedes. Entonces veremos qué fuerzas son capaces de oponerse a nosotros" 204.

Dos días después se daba a publicidad la versión taquigráfica del discurso de la Bolsa —que había sido improvisado— "con el propósito de evitar el riesgo de interpretaciones erróneas, hechas sobre la base de transcripciones fragmentarias", ya que "se lanzaron a rodar versiones que lo hacían aparecer (a Perón) en inteligencia con los patrones a espaldas de los trabajadores". Por otra parte, Perón debía negar también "la versión circulante según la cual estaría dispuesto a entregar armas a los obreros para defenderse de la presión de ciertos grupos que intentarían oponerse al programa social de la revolución". "Dijo a este respecto que contaba en el ejército con fuerza suficiente para apoyar esa obra, pero que no vacilaría en acudir a ellos si fuera necesario, seguro de contar con su cooperación" (LN, 3-9-1944).

La amenaza de movillar a los obreros no debió, seguramente, tranquilizar a los sectores patronales, que tampoco parecen haber sido convencidos por el discurso de la Bolsa. Poco después, la Cámara Argentina de Comercio presentaba una serie de objeciones al proyecto sobre jubilaciones y la Cámara Argentina de Grandes Tiendas pedía la derogación del decreto que rebajaba los precios de la prenda de vestir. El presidente de la primera expresaba en esos días su creencia de que cuando terminara la guerra el mundo retomaría su camino "por la libertad política, bandera (sic) y solidaria de la libertad económica", y no "por vía de la ingerencia excesiva del Estado". "La lucha entre el régimen del autoritarismo del Estado y el de una razonable libertad económica tiene que terminar por el predominio de esta última" (LN, 8-11-1944).

Finalmente, el Estatuto del Peón, sancionado el 13 de octubre y que introducía la legislación laboral en el interior mismo de las hasta enton-

ces intocables estancias, desencadenaría una verdadera catarata de notas y declaraciones, que la CGT describía así: "Estamos viendo con ánimo dolorido que antes de que esos trabajadores se percaten de los alcances beneficiosos que esa ley nacional producirá en sus condiciones de trabajo y de vida, sus explotadores, disponiendo de todos los medios de comunicación rápida, se han apresurado a concertarse a través de las distancias, para oponer una resistencia organizada a la acción del gobierno. De este modo, en pocos días hicieron llegar a las altas autoridades de la nación y de las provincias mensajes de protesta, a veces en tono alzado si hemos de atender a sus comunicados de prensa, por los cuales nos enteramos de este insolidario movimiento contra el Estatuto del Peón. Exigen que de inmediato se suspenda su vigencia, pues sus efectos serán desastrosos, dicen ellos, para la armonía reinante entre los peones y sus empleadores, para la producción a la que contribuyen y para la economía que esa producción determina, amenazando con el paro de las tareas, el despido de personales y la consiguiente desocupación, si no se satisfacen sus pretensiones" (LN, 19-11-1944).

La CGT comparaba esa reacción con la de los esclavistas norteamericanos ante la abolición de la esclavitud, comparación a la que Perón se había anticipado: "El peón —decía el 17 de junio— que ha sido hasta ahora una forma disimulada de esclavitud, será suprimida. Aquel que no pueda pagar a su peón, que venda su campo, pues un peón debe recibir un salario que esté de acuerdo con sus necesidades de vida" 205.

A esta creciente oposición interna se sumaba el permanente hostigamiento vanqui: el secretario de Estado Cordell Hull declaraba que "existe un movimiento fascista en el hemisferio occidental y su cuartel está en la Argentina" (LN, 8-9-1944); poco después los barcos mercantes norteamericanos recibían instrucciones de no tocar puertos argentinos y el 29 de septiembre Roosevelt hablaba del crecimiento de la influencia nazi-fascista en la Argentina y de la utilización de métodos de ese carácter por parte de un gobierno que no representaba los sentimientos del pueblo.

Pero, a pesar de todo, la política social seguía su curso: inclusión de pensionados y jubilados en el régimen de previsión social ferroviario; incorporación del personal de las empresas de seguros, ahorro y capitalización en la caja de jubilaciones bancaria; devolución de retenciones al personal de los ferrocarriles del Estado; aumento del salario mínimo en la industria del vestido; creación de la División del Trabajo y Asistencia a la Mujer en la STP; aporte estatal para la escuela de maquinistas y fogoneros de LF; comienzo de la construcción de otro barrio para obreros en San Martín; reafirmación del trabajo de los telegrafistas; convenios de gráficos, marítimos, cartoneros; mejora de salarios y condiciones de trabajo para los panaderos; estatuto para los bancarios; comienzo de la construcción del hospital ferroviario y del hospital regional de Junín. Finalmente, los ferroviarios obtuvieron —después de reclamarlo por una década— la anulación del laudo presidencial de 1934 y la devolución de las retenciones, acompañadas por un aumento de salarios.

Mientras tanto, impulsado por los hechos, Perón había ido redefiniendo paulatinamente el papel de la STP y el suyo propio. Ya a fines de mayo la STP era definida como "un organismo mediante el cual el Estado

va en defensa de los derechos de las masas sufridas y laboriosas" 206, con lo cual comenzaba a alejarse de la función arbitral y equidistante proclamada en el momento de su creación. Esa diferencia era acentuada poco después: la STP "no es un organismo estatal más, burocrático como lo era el antiguo DNT, sino un organismo de los obreros y para los obreros, donde encontrarán el apoyo de que siempre han carecido" 207. "Algún día en el porvenir —agregaba Perón ante las delegaciones gremiales— necesitará que ustedes la defiendan, ya que serán ustedes los que quedarán librados a sus propias fuerzas y a las injusticias de siempre si no pueden conservar con su propio esfuerzo la existencia de la STP" (idem). Finalmente, Perón se definía como "un humilde soldado al que le ha cabido el honor de proteger a la masa trabajadora argentina en los momentos en que se produce la real organización de los sindicatos argentinos", y a la STP como "una entidad que ha de obrar pura y exclusivamente en defensa de los intereses de los humildes del país" 208.

Consecuentemente con esta progresiva definición, la primitiva apelación a "todos los argentinos" comenzaba a ceder su lugar al reconocimiento de una opción: "Nosotros dividimos el país en dos categorías: una, la de los hombres que trabajan, y la otra, la que vive de los hombres que trabajan. Ante esa situación, nos hemos colocado abiertamente del lado de los hombres que trabajan" 209. Las causas de esa elección no parecen muy dudosas: "Ya que los timoratos que llegan hasta mí me han dicho sibilantemente al oído: 'Tenga cuidado, usted hace un juego peligroso con las masas obreras'. Yo les he contestado: 'Tengo fe en los hombres que trabajan, porque no he sido jamás engañado ni defraudado por los humildes'. En cambio, no puedo decir lo mismo de los poderosos" 210.

Evidentemente, el creciente apoyo que iba encontrando Perón en los sectores obreros y la también creciente resistencia de los sectores capitalistas, le dejaban a Perón pocas opciones: ante la imposibilidad de conseguir el apoyo simultáneo de ambos —que habían sido su primera aspiración— debía respaldarse en quienes se lo daban. Un año después Perón diría que él pensaba que el orden lógico de las reformas necesarias en el país era: reforma rural, reforma industrial, reforma social. Pero que, en la práctica, ese orden se había invertido, porque "si yo hubiera iniciado en primer término la reforma rural, los chacareros y los colonos hubieran victoreado al gobierno de la revolución del 4 de junio; pero cuando se produjo la violenta oposición de las fuerzas vivas, de nada hubiera valido que el chacarero estuviera conforme y de acuerdo con nuestra obra, porque no hubieran venido de la chacra para apoyar nuestra acción. Entonces yo debí, primero, tratar de obtener el apoyo de la masa trabajadora urbana" 211.

Consciente, sin embargo, de la insuficiencia de ese respaldo, no dejaba de vincularlo en todo momento con el militar: el ejército "que es la fuerza moderadora de los Estados en la época presente, se hizo custodio de la nación en un momento en que no había quien asegurase todos los aspectos de la justicia en el país. Ello nos ha permitido acercarnos a la masa trabajadora, realizando así una conjunción indispensable en el Estado moderno, porque los dos representan, en su aspecto cualitativo, la masa de la nación" 212. "Ya han terminado para siempre los oscuros

y tristes días en que, para no hacer la justicia social, se enfrentaba a los trabajadores con el ejército. Hoy el ejército y los trabajadores son ramas de un solo árbol: una, los trabajadores que elaboran la riqueza, y la otra, los soldados que la custodiamos" 213.

Eso lo llevaba también a insistir en el contenido social de la revolución y en la identificación de las aspiraciones del ejército con las del pueblo, por lo que este último sería el encargado de continuar la obra iniciada por el primero: "Sin contenido social, la revolución sería totalmente intrascendente, y no habríamos hecho otra cosa que una de las veinte revoluciones que han tenido lugar en el país y que han caído al vacío, terminando por morir de inanición desde el punto de vista ideológico porque no hubieron hombres que las apoyaran (...) Sabemos también que una revolución hecha por el ejército, si ha de quedar en el ejército, terminará cuando el ejército vuelva a los cuarteles. Nosotros no queremos que esta revolución, en su contenido social, muera de esa manera; queremos que la revolución vaya al pueblo, que el pueblo tome la bandera de la revolución, se haga cargo de ella (...) El día en que el pueblo sea quien tenga la bandera de la revolución, los oficiales volverán a sus cuarteles a cumplir con su obligación específica, porque entonces será el pueblo quien lleve adelante las conquistas que nosotros hemos preparado" 214.

Por esos días comenzaba a perfilarse, oponiéndose al "pueblo", la figura de la "oligarquía", a la que Perón representaba gráficamente como "un joven que recibió dos o tres estancias, un palacio en la calle Florida y el manejo de la cosa pública. Vendió la primera estancia, se fue a París; en Montmartre liquidó la otra estancia, y cuando ya no tenía haberes volvió al país, hipotecó primero su palacio y luego lo vendió. Cuando ya no tenía nada que vender, comenzó a vender el patrimonio de todos los argentinos" 215.

Y el pasaje del predominio de la oligarquía al del pueblo lo enmarcaba en un nuevo ciclo que se estaba produciendo en la evolución de la humanidad, consistente en un tránsito del "individualismo" a la "socialización". Con ejemplos tan heterogéneos como Rusia e Italia, Inglaterra y Alemania, señalaba que ése era un fenómeno mundial al que nuestro país no podía sustraerse. "Pensando así y sin que ideologías nos puedan asustar con rótulos más o menos vituperables, debemos, en mi concepto, buscar la solución de la felicidad argentina por el método argentino" 216.

Esa especificidad de la solución argentina era, por otra parte, el principal argumento con que se defendía de las acusaciones de que era objeto: "Dicen que somos 'nazis'. Declaro que estamos tan lejos del nazismo como de cualquier ideología extraña. Nosotros somos solamente argentinos y queremos por sobre todas las cosas el bien de los argentinos" 217. "Se ha dicho también que buscamos un gremialismo estatal, que vamos hacia un sindicalismo dirigido (...) —dirá más adelante—. No somos sindicalistas de Estado, ni corporativistas, ni ninguna de esas cosas raras: solamente somos hombres que queremos gremios unidos y bien dirigidos" 218.

A falta de mayores precisiones ideológicas, iba definiéndose en cambio el carácter de la oposición: "Hemos comenzado a sentir el reflujo de una oposición a nuestra política social. Sabemos bien cuáles son los

orígenes de esa oposición y qué fuerzas la impulsan; en primer lugar, el eterno egoísmo de los que han alcanzado una situación (...) En segundo lugar, las fuerzas ocultas de la mala política, que indudablemente no pueden ver con buenos ojos que otros realicen con sinceridad y lealtad lo que sus malos sentimientos no les permitieron realizar a ellos" 219. "La demagogia, la avaricia y el egoísmo, en trilogía morbosa, comienzan su sistemática oposición a la obra política, económica y social de la Revolución. Ellos no pueden concebir que ésta sea una revolución que alcance también a los pobres, como si la justicia fuera un privilegio de la fortuna" 220. "Es necesario que los más remisos comprendan que estamos frente a la revolución de los pobres (...) —les decía a los ferroviarios del puerto—. Hay fuerzas que nos ponen tuercas en las vías" (LN, 12-10-1944).

También acentuaba la necesidad de "humanizar" —aunque fuera compulsivamente— al capital: "En nuestro concepto el capitalismo es una fuerza de aglomeración, fría, internacional, sin patria ni corazón. Es, en otras palabras, la aglutinación de lo espúreo del dinero" 221. "Queremos un capital humanizado que mantenga relaciones cordiales con sus obreros y con el Estado (...) No cabrán términos medios en esa labor. O el capital se humaniza o es declarado indeseable por el Estado y queda fuera del amparo de las leyes" 222.

En ese clima se llegó al primer aniversario de la STP, que fue festejado con gran despliegue de propaganda: varios dirigentes sindicales, el general Avalos (comandante de Campo de Mayo), el ministro de justicia y Mercante hablaron por la red radial en los días previos al gran acto que se realizó el 26 de noviembre. Durante el mismo, Perón reafirmó el carácter irreversible de las conquistas logradas por los trabajadores: "Conozco los focos de resistencia que alimentan algunos agitadores desplazados y no se me oculta la campaña subterránea de ciertos capitalistas, que no desdeñan las más bochornosas alianzas para impedir o retrasar el triunfo de la justicia social que anhela implantar la revolución. No ignoro cuáles son las perversas aspiraciones y los deleznable medios que usan para alcanzarlas. Pero tampoco ignoro que los trabajadores argentinos saben perfectamente que ya no son posible los salarios de hambre, ni las jornadas extenuadoras, ni la indefensión ante el accidente de trabajo, la enfermedad profesional o común, la vejez, la invalidez y la muerte. Saben también perfectamente que los derechos que les corresponden son reconocidos primero y defendidos después por un gobierno amante de la justicia social. Saben por último que el gobierno de la revolución no entiende de componendas" 223.

Mientras tanto, las palabras seguían siendo acompañadas por hechos: fijación de salarios mínimos y condiciones de trabajo para los ocupados en la cosecha; mensualización, escalafón y jubilaciones para los trabajadores de Yacimientos Petrolíferos Fiscales; instancia administrativa para la liquidación de indemnizaciones por accidentes de trabajo (que implicaba la obligatoriedad de someterse a las autoridades de aplicación); escalafón para los municipales y, finalmente, dos medidas de amplia trascendencia: jubilación para los empleados de comercio y suspensión de los desalojos hasta fines de 1945.

A mediados de diciembre, Perón hizo un nuevo llamado a los sectores capitalistas: "Yo deseo que todos los hombres de trabajo, patronos, empleados y obreros, establezcan una tregua en las disensiones que pudieran tener y acepten los principios de justicia social que la STP establece en aquellos casos en que hay que remediar urgentemente las más groseras injusticias. Y ruego también que no den oídos a los que, habiendo resistido durante años los impulsos de su generosidad, se rebelan ante la evidencia de que les ha llegado la hora de la justicia. Revisad la acción de estos catorce meses. ¿Cuáles son las medidas que revelan una injusticia notoria? ¿A quien se ha perjudicado por el mero afán de perjudicar? ¿No se encaminan todas las medidas hacia la superior finalidad de que todos los argentinos vayan consiguiendo, de acuerdo a las posibilidades de orden general, un mayor grado de bienestar? ¿No constituye esto el medio más eficaz para alejar o barrer definitivamente la revolución roja, que asoma donde encuentra fermentos en que arraigar y multiplicarse" (LN, 16-12-1944).

Pero el intento de apaciguar los ánimos no tendría ningún éxito. Por el contrario, si no había sido una respuesta anticipada, movía poco después a la UIA a exponer —por primera vez públicamente— sus críticas a la STP.

La ofensiva patronal

Después de expresar que sus intentos de colaborar con la STP no habían sido fructíferos, la declaración de la UIA señalaba: "En cambio, se tiene frente a los sectores industriales una posición parcial, y se trata con algunos de ellos en forma aislada, con modalidades que no siempre parecen inspirarse en la consideración que esos núcleos merecen". Añadía que decretos y resoluciones que afectaban a la prosperidad de la industria no habían resultado de un examen profundo ni de consultas con los interesados.

En otro orden de cosas, afirmaba que "no existía hasta ayer en nuestro país un verdadero proletariado industrial contrapuesto a las fuerzas capitalistas", por lo que las cuestiones salariales podían entonces resolverse "amigablemente", y que si bien encontraba plausible la acción mediadora del Estado, ésta debía realizarse "sin preferencias hacia un sector ni odios contra otros". Puntualizaba también que los convenios colectivos se suscribían "en un ambiente no siempre absolutamente sereno".

"Agréguese —recalcaba finalmente— la indisciplina que necesariamente engendra en los establecimientos el uso siempre más generalizado de cierta terminología que hace presentar a los patronos en una posición de prepotencia y a cada arregio, no como un acto de justicia, sino como una 'conquista' que de ser necesario los trabajadores sabrían defender aún con la fuerza. Trátase de palabras y de conceptos mal asimilados, semejantes a los que usaban los viejos organizadores socialistas durante la primera faz del gremialismo obrero, en los países en que una vieja y ultrapotente organización y concentración industrial parecía haber creado

un abismo entre empleadores y obreros, pero que han sido sustituidos últimamente, también en esos países, por una nueva concepción que considera tanto a los obreros como a los industriales dos elementos igualmente meritorios que concurren con su actividad al progreso de la producción y al bienestar del país" (LN, 22-12-1944).

La respuesta de Perón no se hizo esperar: "Mi sistema desde que estoy en la STP es llamar a los obreros auténticos y no a los agitadores obreros (...) A los patronos también les exijo patronos auténticos. No acepto a la UIA, a testaferros pagados por organizaciones patronales. Por eso llamo al patrón de la fábrica y no al gerente de la UIA. No acepto intermediarios en esa situación" (LN, 27-12-1944). La entidad, a su vez, respondió con una solicitada en la que señalaba que todos sus dirigentes eran auténticos industriales, que habían sido legítimamente elegidos por el voto de los asociados, quienes representaban el 80 % de los valores invertidos en la industria, y que en sus 57 años de actuación siempre había merecido el respeto y la consideración de todos los gobiernos, incluso del que regía en ese momento (LN, 29-12-1944).

A partir de este enfrentamiento se inició un largo y complicado proceso, a través del cual el gobierno intentó promover una organización empresaria más amplia, que absorbiera a la UIA y permitiera el desplazamiento de sus dirigentes. Un grupo de industriales, cuyos nombres habrían sido "tomados al azar" de los registros de la UIA fueron citados para el 15 de enero de 1945 a la Casa Rosada. Allí se les leyó una nota del gobierno exhortándolos a constituir una organización que agrupara a todos los industriales, sin excepción, para que, siendo auténticamente representativa, pudiera servir al gobierno como órgano de consulta y de colaboración. Se insinuaba también en la nota la necesidad de que los dirigentes fueran renovados y estuvieran a tono con los momentos que vivía el país.

Perón, por su parte, les dijo: "Pedí en vano la cooperación, porque detrás de las amables notas y bonitas palabras llegaba una medida en que yo veía un sabotaje al trabajo que estábamos realizando. Comprenderán ustedes que cuando se producen situaciones de tal naturaleza, yo debo pensar que hay una de estas dos cosas: o que hay intereses contrapuestos al gobierno, o que se hace un sabotaje disimulado". No dejaba, de paso, de sembrar su cizaña: "Las comisiones directivas de las asociaciones deben ser accesibles a todos: al que tenga un capital de cincuenta millones de pesos como al que tenga un capital infinitamente menor".

Finalmente, trató de convencerlos de los beneficios que se derivarían de la organización de las masas: "Les aseguro que dentro de poco tendrán ustedes las masas obreras mejor organizadas, porque nosotros les imponemos una disciplina, llámese gremio o como se quiera (...) Estamos pasando por una época de transición, pero les aseguro que cuando las masas obreras estén bien organizadas, con sus dirigentes bien seleccionados, con disciplina gremial, serán mucho más disciplinadas que las anteriores, totalmente inorgánicas y en manos del primer aventurero que aparecía para usarlas a su arbitrio. Les aseguro que eso se va a ir

organizando y que ustedes gobernarán a sus propios obreros por sus propios organismos sindicales" 224.

Poco después insistiría sobre ese tema en declaraciones periodísticas: "Sin temor a equivocarme podría decir que hoy, desde Jujuy a Tierra del Fuego y desde Buenos Aires hasta Mendoza, la STP, sin coerciones y sin violencias de ninguna naturaleza, puede orientar, dirigir y conducir las grandes masas de trabajadores argentinos, y que cada día que pase lo iremos haciendo en forma más perfecta, porque diariamente se va reforzando la disciplina sindical. Sin disciplina las masas son imposibles de gobernar" 225.

Nuevamente, sin embargo, el intento de que los empresarios se convencieran de la utilidad de sus servicios estaba llamado a fracasar. Después de una nueva convocatoria y un nuevo discurso, Perón terminó por dejar el asunto en manos de un oficial mayor de la presidencia, Juan Fentanes. Este convocó una tercera reunión, esta vez formada por los presidentes de todas las entidades patronales y de las secciones de la UIA, a los que propuso una reorganización de esta última para que pudiera servir de base a la central empresaria deseada por el gobierno. El primer paso sería la renuncia de sus autoridades y la reforma de sus estatutos.

Ante la reticencia de la entidad, que pretendía encarar la propuesta a través de sus órganos estatutarios y dar a largas el asunto, el gobierno formó una comisión integrada por representantes de organismos estatales (ministerios de justicia, guerra y marina, secretarías de industria y comercio y de trabajo), de la UIA y de otras entidades patronales. Esta comisión, que debía proponer una solución rápida al problema planteado, tampoco tuvo éxito. El intento de formar una organización patronal oficialista se había iniciado demasiado tarde: el régimen militar, jaqueando por el aislamiento internacional y la creciente oposición interna, ya no inspiraba miedo ni parecía destinado a durar mucho tiempo. De hecho, había comenzado a ceder.

Por un lado, la presión norteamericana y el derrumbe del Eje obligaban a rectificar la política exterior: el general Orlando Peluffo, canciller nacionalista y germanófilo, renunció a fines de diciembre; la dura respuesta del 17 de febrero a una nota de Alemania sobre canje de diplomáticos fue seguida por el embargo de los fondos alemanes para garantizar las indemnizaciones requeridas por el hundimiento de barcos mercantes y finalmente, el 27 de marzo, se declaró la guerra a Alemania y a Japón. En los primeros días de abril EE.UU., Inglaterra, Francia y los países latinoamericanos reconocieron al gobierno argentino.

Por esa época, Perón comenzaba a manifestar una insospechada admiración hacia Roosevelt y el New Deal, del cual sostenía que su política social era la versión argentina. "Como hombre de estudio —agregaba— he estudiado de cerca la evolución del New Deal y sé que se trata de una fase, muy importante por cierto, de grandes cambios que sacuden al mundo (...) Debemos avanzar con la marea si no queremos naufragar" 226.

Por otra parte, aunque Teisaire afirmaba que no había presos políticos*, las crecientes demandas por su libertad —a las que se sumaban ahora las de la CGT, la UF y otras entidades gremiales— comenzaban a ser atendidas: el 9 de junio, por ejemplo, se liberaba a 205, y el 15 del mismo mes a otros 43. También se levantaron las clausuras e interdicciones que afectaban a diarios y periodistas y *La Vanguardia*, por ejemplo, pudo reaparecer.

De la misma manera, aunque el inefable Teisaire había declarado que los maestros y profesores cesanteados lo habían sido por razones de ética o porque "se eliminó (...) aquel personal muy tarado"**, el gobierno dispuso la reincorporación de los que habían sido exonerados por firmar el manifiesto de octubre del 43, y la medida se extendió a directores de hospitales y jefes de servicio, así como a otros funcionarios.

Profesores y alumnos del Instituto Nacional del Profesorado iniciaron una campaña contra su director, Jordán Bruno Genta, que provocó la intervención del establecimiento y la cesantía del conocido ideólogo fascista que al hacerse cargo, en agosto de 1943, del rectorado de la Universidad del Litoral, había recibido telegramas de felicitación de numerosos militares (entre los cuales estaban el general Peluffo y los coroneles Ramírez y Perón). Finalmente, cesaron los interventores en las universidades y se dispuso la normalización de las mismas, que se convertirían en lo sucesivo en el principal foco de actividad opositora.

Los partidos políticos y asociaciones de profesionales comenzaban a desperezarse y a pedir el retorno a la normalidad institucional. El 18 de mayo el gobierno anunciaba un plan para el retorno al régimen constitucional y poco después dictaba un estatuto de los partidos políticos.

Las suspicacias con respecto a los propósitos continuistas del régimen obligaba a Perón a desmentir en tres oportunidades que pensara presentar su candidatura (LN, 27-12-1944, 11-3 y 23-4-1945). Claro que algunos hechos no parecían confirmar esas afirmaciones: desde febrero, por ejemplo, habían comenzado a repartirse —sobre todo en zonas rurales— mates y pañuelos con la imagen del coronel y leyendas alusivas. A esos "mates vacíos" —que adquirirían un valor simbólico en la pluma de los caricaturistas opositores— se sumarían luego retratos, medallas, botones y llaveros en los que la figura de Perón se asociaba con un escudo nacional estilizado que sería más adelante el símbolo del Partido Peronista.

En medio de este ambiente de retirada, la Suprema Corte recordaba súbitamente que las facultades legislativas de un gobierno de facto eran limitadas y declaraba la inconstitucionalidad de tres decretos. Perón aprovechaba para recordar que lo mismo le había ocurrido a su nuevo modelo cuando la corte norteamericana había anulado 750 códigos indus-

* "Hay una serie de detenidos extremistas que por una u otra razón expresan su pensamiento alterando el orden, y como nosotros tenemos distinta idea los hemos detenido. En el país no hay ningún preso político" (LN, 4-1-1945).

** "Periodista: Yo sé de personas que tenían 16 o 20 años de servicio. Teisaire: Sería un tarado muy fuerte" (LN, 4-1-1945).

triales, y terminaba de identificarse con él al utilizar las palabras de Roosevelt para definir su propia posición: "Yo no sabría expresaros con palabras más certeras que las utilizadas por el presidente Roosevelt cuando contestaba los ataques que desde ángulos diametralmente opuestos le dirigían con igual saña sus adversarios. Decía así: 'Ciertas personas timoratas, a quienes asusta el progreso, tratan de calificar con palabras nuevas y exóticas la obra que realizamos. A veces la tildan de fascismo, otras veces de comunismo, otras de intervencionismo o de socialismo. Buscan así hacer aparecer difícil y teórico algo que es, en realidad, sencillo y práctico. Soy partidario de las explicaciones concretas y de la conducta práctica. Estoy convencido de que la obra que hoy ejecutamos es la consecuencia lógica de la política tradicional de nuestro pueblo, la realización de antiguas y probadas tradiciones americanas'" 227.

Pero así como los empresarios no sabían agradecerle a Perón el estar salvándolos del comunismo y de las "masas inorgánicas", la oposición política tampoco supo apreciar sus flamantes fervores democráticos y la campaña contra el régimen se intensificaba. El 25 de abril el gobierno denunciaba el descubrimiento de un complot y ante la inminente caída de Berlín, cuyas repercusiones suscitaban intensos temores en los gobernantes, hubo un extraordinario despliegue policial y se trajeron tropas de Campo de Mayo. Aunque no se produjeron las manifestaciones masivas que se temían, ese día hubo numerosos incidentes, con muertos, heridos y muchos detenidos.

Mientras tanto, las asociaciones rurales de todo el país seguían presentando objeciones al Estatuto del Peón y, finalmente, la Sociedad Rural Argentina (SRA) se dirigía al presidente para expresarle "la honda preocupación en que se encuentra por acontecimientos que si no se conjuran en su iniciación corren el riesgo de extenderse, creando situaciones que serán en el futuro graves e irreparables" "No dudamos —agregaba sibilantemente— que el presidente trate de evitarle al país situaciones regresivas provocadas por fuerzas que tratan de desviar con violencia el curso histórico y natural de los países ansiosos de progreso efectivo. Afirma ese criterio la política internacional que acaba de adoptarse". Pero insistía en que las disposiciones del Estatuto del Peón habían alterado las buenas relaciones existentes tradicionalmente en el campo entre patrones y peones "y han dificultado el desenvolvimiento de las actividades por la notoria indisciplina que han provocado artificialmente" (LN, 25-4-1945).

Al mismo tiempo, un proyecto presentado por la CGEC y respaldado por la STP, que contemplaba la implantación del salario mínimo vital y móvil, aumento general de salarios y participación en las ganancias, provocaba la reacción de las otras entidades empresarias. Tanto la UIA como la Cámara de Comercio de Buenos Aires habían salido al cruce del proyecto manifestando sus objeciones. La segunda, después de señalar que la terminación de la guerra afectaría desfavorablemente a la economía, agregaba que entonces "era más que probable que las cosas cambiarían y en forma que quizás obligarían a volver al punto de partida, con todas las consecuencias desagradables que eran de imaginarse:

clerre de fábricas que sólo han prosperado al amparo de aquellas circunstancias, despidos y rebajas de sueldos y salarios" (LN, 25-4-1945).

Finalmente, 63 entidades patronales, encabezadas por la UIA, la Bolsa de Comercio, la Confederación Argentina del Comercio, la Industria y la Producción (CACIP), etc., presentaban un memorial a la presidencia rechazando el proyecto en todos sus aspectos. En cuanto a los salarios, se oponían a todo tipo de aumentos generales y mecánicos, establecidos por decreto, remitiéndose a los acuerdos paritarios que permitieran adecuarlos a las circunstancias de cada rama de actividad o región del país. En cuanto a la participación en las ganancias, "debe ser definitivamente excluida" ya que "afecta directamente principios consagrados en la Constitución sobre el derecho de propiedad y el normal ejercicio de las facultades de los poderes públicos. Trastorna fundamentalmente la estructura económica del país y el sistema en vigor de las remuneraciones al personal, introduce el germen de la indisciplina, destruye el espíritu de empresa, a la aptitud creadora y subvierte todo espíritu de jerarquía" (LN, 27-4-1945).

Ante esta reacción de los sectores capitalistas, que indicaban bien a las claras el rotundo fracaso de los intentos de Perón de atraer su apoyo o, al menos, dividirlos, el aprendiz de hechicero no tenía alternativa: o la enfrentaba abiertamente, apoyándose en el único sector que podía hacer contrapeso a las poderosas fuerzas coaligadas en su contra —el movimiento sindical— o, más tarde o más temprano, perdería su poder. Y no estaba dispuesto a hacerlo.

Ya el 9 de abril, Perón alertaba a los dirigentes sindicales: "El futuro es siempre incierto, y lo es especialmente para los pobres. Si alguien llegara a destruir lo que hemos construido y lo que hemos hecho, para los obreros argentinos el panorama del futuro sería aún más incierto. Ustedes deben impedirlo de todas maneras y desde ya deben llevar a sus gremios estas inquietudes. ¿No ven ustedes que ya algunos diarios comienzan una campaña difusa contra estas conquistas, no en forma abierta pero sí en forma solapada? (...) ¿No ven que hace pocos días ha salido de uno de nuestros tribunales de justicia una acordada que dice que todo lo que se ha realizado es anticonstitucional? (...) Ustedes deben defender esta obra. Yo lo pido y lo aconsejo. Lo pido en nombre de la Secretaría, y lo aconsejo porque estoy convencido de que es la obra de ustedes, y que si ustedes no la defienden nadie la defenderá en su lugar en forma que tengan algo que agradecerle. Ustedes deben agitar a las masas y tenerlas listas y alertas. No debe haber nada que pueda malograr esta lucha. Yo les diré cuándo es necesario iniciar la lucha y en tal caso yo les aseguro que estaré a su frente. Yo les pido que hagan llegar a sus compañeros estas palabras. Cada obrero debe estar en su puesto de lucha para defender su propio bienestar. Cada obrero debe defender en todo momento la obra que nosotros hemos construido para ellos. Desde su puesto, en todo lugar, en todas las circunstancias, ellos deben defenderla abiertamente, porque si ello no se produjese puede llegar el momento en que por indiferencia de las masas sean nuevamente burladas y caigan en la situación en que se hallaban antes, de descreimiento y de miseria social" 229.

Y mientras hablaba de esta manera a los obreros, aplicando lo que Rouquíl llama "la táctica del hombre incendiario", declaraba a los periodistas: "Las aspiraciones obreras, los sindicatos, me habian hecho llegar sus temores acerca de que las conquistas sociales alcanzadas pudieran un día quedar derogadas, interferidas o revisadas, en cuyo caso —me declaran— se les presentaría una situación muy peligrosa a los trabajadores (...) Creo que cualquier acción que se lleve en contra de esas conquistas sociales produciría en el país una peligrosa reacción por parte de los gremios (...) En los gremios la agitación es ya bastante pronunciada. A raíz de los fallos de la Suprema Corte los obreros se han conmovido y se siguen agitando. No sería difícil que comenzaran a producirse hechos peligrosos de reacción. Yo trataré de tranquilizarlos, porque estamos dispuestos a hacer cumplir, a cualquier precio, lo que se ha establecido para las conquistas obreras" 229.

La decisión de no ceder a las presiones de los sectores capitalistas pronto se vería confirmada por los hechos en ocasión de la huelga de los obreros de la carne. La diferente actitud adoptada ante dos conflictos protagonizados por los mismos ejemplifica también la forma en que Perón maneja estas cuestiones.

A fines de enero, una concentración de 2.000 obreros de la carne frente a la STP fue disuelta por la policía y hubo 100 detenidos. Al mismo tiempo, la Secretaría hacía saber "a los trabajadores de los frigoríficos aún en huelga que sus dirigentes los han lanzado al conflicto de una manera injustificada e Inconsulta, por cuanto la STP, en su oportunidad, habíales prometido estudiar el problema con la premura habitual en este organismo. Resulta así evidente que tales dirigentes han obedecido a consignas emanadas de grupos que nada tienen que ver con los auténticos intereses y sanas aspiraciones de los trabajadores argentinos" (LN, 27-1-1945). Por consiguiente, los exhortaba a volver al trabajo y declaraba que no recibiría a ninguna delegación hasta que ello ocurriera. No es necesario añadir que la huelga se perdió.

A principios de abril, en cambio, un nuevo conflicto sería tratado de manera totalmente diferente. Aledaño escasez de hacienda —pero en sospechosa coincidencia con la escalada opositora— los frigoríficos querían despedir a 12.000 obreros, a lo que se oponía el sindicato basado en los conventos que garantizaban al personal contra despidos masivos: la huelga llegó a afectar a 60.000 obreros. "En este caso —declaró Perón— los obreros tienen razón (...) Yo no puedo aceptar que una sola de las partes quiera dejar sin efecto un compromiso contraído y no quiera aceptar lo que convino con los obreros". Los frigoríficos deberían organizar sus tareas de modo de impedir las violentas fluctuaciones en el nivel de ocupación "porque es una explotación y una injusticia para los obreros". "Hasta ahora —agregaba significativamente— los frigoríficos se habían avenido con nosotros muy bien: los directores, los gerentes, todo el personal, todos habían andado perfectamente bien. No sé por qué este capricho de ahora (...) Los frigoríficos siempre han estado con nosotros y yo estoy muy agradecido a sus gerentes; pero esta vez no. No sé por qué" (LN, 14-4-1945).

Poco después, la CGT declaraba, en principio, la huelga general en todo el país en solidaridad con el gremio de la carne, facultando a la

CA para hacerla efectiva cuando lo considerara conveniente. "Corresponde a los trabajadores —decía su declaración— no permitir que se extienda la ofensiva reaccionaria largamente premeditada, llevada al terreno de los hechos con este conflicto. Todas las fuerzas que jactosamente se denominan 'vivas' están enroladas en este complot contra la posibilidad de mantenerlas (las conquistas sociales) y hasta acrecentarlas en la post-guerra. Esas fuerzas, en un desesperado intento de revuelta y desorden, intentan destruir la organización obrera (...) La lucha está entablada y los capitalistas, que con medios y fines detestables la iniciaron, serán los responsables" (EOF, 1-5-1945).

Las gestiones conciliatorias llevadas a cabo por Bramuglia —que en diciembre había sido designado interventor en la provincia de Buenos Aires— y por STP no tuvieron éxito ante la intransigencia de las empresas. Finalmente, después de 22 días de huelga y una intimación de la STP, el gobierno dictó un decreto imponiendo a las empresas la reincorporación de los cesantes y el pago de los días de huelga y conminándolas a cumplir con los convenios firmados. Los huelguistas volvieron al trabajo triunfalmente y la CGT levantó la huelga general. Si bien las empresas tratarían de eludir de diversas maneras el cumplimiento de la resolución, obligando a nuevas huelgas para forzarlo, ésta señalaba claramente el partido que el gobierno estaba dispuesto a tomar, además de dar un eficaz espaldarazo a la creciente popularidad de Cipriano Reyes.

Por otra parte, la STP no había dejado de trabajar: aumentos para el personal de Vitalidad Nacional; reglamentación del trabajo de los bancarios. Dos medidas de alcance general despertarían nuevas resistencias: la extensión del derecho a vacaciones pagas a todos los trabajadores y la creación de los tribunales del trabajo. Con respecto a los segundos, la Corte Suprema se negó a tomar juramento a sus miembros —que debieron hacerlo ante el presidente— y la Asociación de Abogados anatematizó a los magistrados que aceptaron cargos en ese fuero, separando a dos de sus miembros por ese motivo.

El 1º de Mayo de 1945 Perón reseñaba la tarea realizada por la STP en el último año: 29 decretos, 319 convenios y 174 gestiones conciliatorias que habían beneficiado a más de 2.580.000 trabajadores. "Se me tacha de haber agitado la conciencia obrera del país —decía—, de haber creado un problema social que no existía, cuando lo que he hecho ha sido buscar los medios para encontrar soluciones al que se venía ocultando". La táctica de los gobiernos anteriores había sido "fingir un bienestar social acreditado tan sólo por el orden aparente de la calle, con la finalidad exclusiva de no perturbar las buenas digestiones de la burguesía dorada". El, en cambio, se había adentrado "en el dédalo inextricable de las leyes, decretos, órdenes, resoluciones, fallos y sentencias que en gran número coartaban los derechos del trabajador o que, si los reconocían, había tal cúmulo de trabas que si no eran letra muerta servían para matar hasta el último resquicio de esperanza de justicia (...) Yo he removido este estado de cosas, y si por haber salido en defensa del derecho de los hombres que trabajan, mi nombre ha de ser execrado por los que vivían felices con la infelicidad de cuantos contribuían a

levantar e incrementar sus fortunas, ¡bendigo a Dios por haberme hecho acreedor de tal execración!".

Finalmente, se refería a la campaña opositora: "En estos últimos días algunas empresas comerciales, sociedades anónimas, bolsas de comercio, etc., elevan pedidos al gobierno. En este movimiento que es absolutamente político, leo algún nombre de gran significación, que he leído también en alguno de los documentos de la conspiración a que antes me he referido *. Sería edificante, en realidad, aceptar que hubiera tanta preocupación patriótica en nuestro mundo de los negocios. Un grupo de 'políticos criollos' está en cambio mezclado en todo esto. Se pretende obtener que la reforma social naufrague. Se busca alcanzar que el gobierno se asuste y se deje manejar por los señores de siempre y sea instrumento de sus manejos" 280.

Mientras tanto, se había producido una salvaie estampida de los precios, que Perón atribuía a estos factores: "Algunos comerciantes e industriales, asesorados por letrados especialistas en discutir los derechos de los trabajadores, se han coaligado o confabulado para:

- 1º, provocar aumentos indebidos del precio de las cosas;
- 2º, beneficiarse ilícitamente con las especulaciones;
- 3º, desacreditar al gobierno haciendo aparecer ante los consumidores que las medidas de protección social en vez de mejorarla, empeoran la situación;
- 4º, sabotear las medidas de buen gobierno adoptadas para reprimir el auge, la especulación y la inflación;
- 5º, mantener un estado de inquietud e inseguridad en la población, provocando desconfianza y celos a la acción del gobierno;
- 6º, crear un clima favorable a la subversión social;
- 7º, allanar a su empresa a cuantos pudiesen prestarles un apoyo para intentar el entronizamiento de unos gobernantes que arrancaran las conquistas obreras y restituyeran a los industriales y comerciantes el dinero que han abonado en concepto de aumento de salarios, vacaciones pagas, jubilaciones y otras mejoras que en este año y medio último se han establecido" 281.

La forma de "reprimir" la inflación fue drástica: un decreto aparecido el 2 de junio reducía los precios de los artículos de primera necesidad a los niveles que tenían en la primera quincena de diciembre de 1944 y los conelaba; otro encomendaba a la Policía Federal las funciones de inspección y control que permitieran asegurar el cumplimiento del anterior. Aunque al mismo tiempo aparecía una resolución prohibiendo los aumentos generales de salarios, estas medidas parecen haber sido la gota que desbordó el vaso y decidió a los organismos patronales a emprender la embestida final.

El 16 de junio, 321 entidades empresarias de todo el país, encabezadas por la Bolsa de Comercio, la Cámara Argentina de Comercio, la CACIP y la ANT, elevaban un memorándum al presidente y publicaban

* La denunciada el 25 de abril.

un Manifiesto del Comercio y la Industria. Señalaba el documento la alarma producida por el proyecto de salario mínimo vital y móvil, aumento de salarios y participación en las ganancias, señalando que las objeciones presentadas no habían tenido respuesta y que se temía que fuera aprobado en forma inconsulta como se había hecho en el caso de las leyes de jubilaciones. Indicaba en ese sentido que mientras las entidades empresarias colaboraban con el gobierno integrando diversas comisiones creadas por éste, se prescindía de ellas al tomar decisiones fundamentales, como la fijación arbitraria de precios, que implicaba la supresión de la libertad de comercio, una confiscación disimulada y la desarticulación de la vida económica y que contradecía las orientaciones de la economía mundial de post-guerra, así como los acuerdos suscritos por el país en Chapultepec (!).

El meollo del manifiesto, sin embargo, iba directamente dirigido contra Perón y la STP: "Las fuerzas económicas acudieron al Excmo. Sr. Presidente en un intento de última esperanza, movidos por la intranquilidad creciente de un ambiente de agitación social que venía a malograr la disciplina y pujante eficiencia del esfuerzo productor, y cuya gravedad hallaba origen en el constante impulso que se le deparaba desde dependencias oficiales. Una larga serie de medidas, actitudes, resoluciones o discursos han venido convirtiendo a la agitación social en la cuestión más grave que este gobierno debe afrontar". Los firmantes declan no desconocer la existencia del problema social, "inseparable de la naturaleza humana" y por lo tanto permanente y universal, pero se referían a "la creación de un clima de celos, de provocación y de rebeldía, con que se estimula el resentimiento y un permanente espíritu de hostilidad y reivindicación".

Concretando: "Desde que se ha creado la STP —organismo cuya existencia no objetamos— se mezcla en la solución de los problemas sociales ese espíritu que denunciamos y cuya unilateralidad quiérese justificar en la necesidad de combatir y extirpar al comunismo, granjeando al gobierno los presuntos méritos de una política social muy avanzada. No creemos feliz ese procedimiento aunque fueran aceptables todas sus soluciones, y mucho menos cuando no es fruto de un régimen y sólo depende de una voluntad personal, transitoria y circunstancial" (*La Prensa*, 16-6-1945).

Al responder, ese mismo día, al manifiesto, Perón se apresuró a expresar la satisfacción que le producía comprobar la ausencia, entre los firmantes, de los productores rurales y de los industriales. Tres días después aparecía una solicitada de la SRA solidarizándose totalmente con el manifiesto y agregándole algunas quejas sectoriales, y al poco tiempo otra de la UIA aclarando que si bien había disentido en cuanto a la forma y el momento de publicación del manifiesto, compartía en forma absoluta los principios enunciados en el mismo.

Como decía el corresponsal del *New York Times*, se trataba de una verdadera declaración de guerra contra el gobierno, lanzada por la totalidad de las fuerzas capitalistas, dispuestas a deshacerse del costoso demagogo. A ella pronto se sumarían vastos sectores de la clase media —principalmente estudiantes y profesionales—, las organizaciones sin-

dicales aún controladas por socialistas y comunistas, todos los partidos políticos, casi toda la prensa, importantes sectores del poder judicial y de las fuerzas armadas y finalmente, desempeñando un activo y simbólico papel en la coordinación de todos esos elementos, el recién llegado embajador norteamericano Spruille Braden.

Ante esta formidable coalición de poderes, el futuro de Perón —y de varias décadas de historia argentina— dependía casi exclusivamente de un sector presuntamente mayoritario —pero cuya magnitud real y cuya convicción eran difíciles de precisar— del movimiento obrero, único capaz de inclinar en forma decisiva el apoyo vacilante de las fuerzas armadas hacia Perón. Veamos, pues, cuáles hablan sido las respuestas de ese sector hasta llegar el momento de la batalla decisiva.

4. Las respuestas del movimiento obrero

Hemos visto que la reacción instintiva del movimiento obrero frente al golpe militar —pronto justificada por las medidas represivas y fascistoides de los primeros meses— fue puramente defensiva. Sólo muy lentamente las decisiones que favorecían a los sectores populares irían modificando esa actitud.

De la misma manera, los primeros contactos de Perón con dirigentes sindicales debieron vencer una barrera de reticencias y desconfianza. Más fáciles —gracias, quizás, a su propia extracción social y su medio familiar— parecen haber sido las relaciones de Mercante con los ferroviarios. Entre éstos, y a partir de los asesores con que se rodeó el interventor, se constituyó el primer núcleo de gremialistas dispuesto a confiar en Perón y a colaborar con su tarea: Luis Monzalvo, Florencio Soto (tesorero de la sección puerto de Buenos Aires desde 1935), Juan A. Carugo (secretario de esa misma sección desde 1939) y Plácido Polo (miembro de la CD de la UF desde 1942) fueron sus principales animadores.

El papel de los ferroviarios

Ellos organizaron la primera presentación de Perón ante una asamblea gremial, a los pocos días de asumir la STP. Después del discurso pronunciado en esa oportunidad —dice uno de ellos— “notamos un enfriamiento en los comentarios dentro de los medios obreros. Se consideró entonces la conveniencia de realizar algún acto que contribuyera a promocionar la fundamental tarea que estaba cumpliendo la STP”²³².

En esa asamblea ferroviaria celebrada en Rosario el 9 de diciembre de 1943 habló Demetrio Figueiras, presidente de la seccional, y Ramón Seljás, recientemente designado secretario general provisorio de la CGT. Luis González (miembro del CC de la CGT desde 1930, de la CD de la UF desde 1927 y presidente de la misma desde 1941) expuso allí, probablemente por primera vez, la idea de los “dos ejércitos”, que luego sería retomada por otros dirigentes sindicales y por el mismo Perón:

"El ejército —dijo— ese ejército que creó el Gran Capitán (...) es ejemplo del otro ejército: el ejército del trabajo. Dos ejércitos que se confunden en uno solo: el ejército que cuida y el que produce" (EOF, enero de 1944).

Domenech, por su parte, después de asignar a Perón el carácter de "primer trabajador" expresó: "En esa iniciativa, en esa tarea que el señor secretario de trabajo se presta decididamente a tomar, no le faltará, estoy seguro, la colaboración y todo lo que sea necesario de los hombres que hemos entregado al movimiento gremial todas nuestras inquietudes y nuestras horas libres, si no nuestra vida entera y nuestro honor" (Idem). Perón aprovechó su flamante condición para dirigirse por primera vez a los trabajadores como "compañeros". Finalmente, el abrazo en que se fundieron los dos caudillos resulta todo un símbolo.

A fines de 1943 Monzalvo realizó una gira por el interior, donde pudo constatar, por ejemplo, que "en la ciudad de Córdoba, a excepción de los ferroviarios, los trabajadores eran indiferentes"²³³. Pero un nuevo viaje realizado poco después le permitió comprobar que "en ese momento ya se había logrado avanzar, con hechos concretos en beneficio de los trabajadores, nuestra posición"²³⁴. También habrá influido, entre los ferroviarios, la intensa propaganda que el periódico gremial llevaba a cabo en torno a la acción de la STP y de su titular. La primera página del número de enero de 1944, por ejemplo, además de reproducir en gran tamaño la foto autografiada de Perón que ya había publicado el mes anterior, ostentaba este titular: "Se perfila la figura del coronel Perón como la mentalidad argentina conductora del ejército civil de los trabajadores".

Pero las reticencias no se vencerían tan fácilmente. "Recuerdo el primer discurso de Perón —dice, por ejemplo, Juan José Taccone—, el 1º de marzo de 1944*. Lo pronunció en una sala de la STP, ante un grupo de dirigentes gremiales que había sido convocado al efecto. En previsión de la concurrencia de trabajadores, se habían colocado parlantes en las calles próximas al edificio de la Secretaría. Sin embargo, no hubo concurrencia de público. Las calles avanzadas estuvieron desiertas. En cuanto a la sala de la conferencia, sólo acudieron a ella algunos dirigentes que aún tenían serias reservas mentales sobre el proceso. Provenían —la mayoría— del socialismo y sustentaban actitudes de crítica hacia el sindicalismo anterior"²³⁵.

Perelman también recuerda la resistencia que el acercamiento a la STP despertaba entre los metalúrgicos: "No concurríamos a verlo a Perón, como empezaban a hacerlo numerosos sindicatos. Fue recién a mediados de 1944 que en una reunión de la Comisión de nuestro sindicato yo planteé la necesidad de entrevistarlo al coronel y obtener su ayuda para lanzar un pedido general de mejoras de salarios. Estaban presentes quince miembros de la Comisión, en su mayor parte socialistas, influidos por la lucha cipayea de su partido contra el gobierno

* La fecha está equivocada, ya que ese día no se registró ningún acto. Probablemente se refiera al 1º de mayo de 1944.

militar. Por mi parte, siempre me había considerado un socialista revolucionario y no estaba de acuerdo con la política belicista del PS. En el orden gremial, me parecía evidente que los metalúrgicos debían aceptar el apoyo de quien se lo brindase, viniera de donde viniera. Sin embargo, mi propuesta encontró gran resistencia entre los otros miembros de la Comisión. De quince asistentes votaron en contra trece y sólo dos a favor. Entonces decidimos con Clever, otro dirigente del sindicato, visitar a Perón a título personal y como metalúrgicos"²³⁶.

Sin embargo, algunos sectores habían comenzado a movilizarse en apoyo de sus demandas —principalmente los ferroviarios— y esa movilización no tardaría en adquirir un sentido político. El 5 de febrero de 1944 se produjo la primera concentración importante frente a la STP, cuando unos 2.000 empleados ferroviarios se reunieron para pedir que se reconociera a la UF como su representante. Pero mucho más significativa sería la concentración del 20 de marzo, cuando unos 40.000 ferroviarios respaldaron en la Plaza de Mayo la presentación de un memorial con sus reivindicaciones a Farrell, que les habló desde los balcones de la Casa Rosada.

Cuenta Monzalvo que el desplazamiento de Ramírez y los conflictos en el seno del gobierno que el mismo revelaba los había preocupado, en la medida en que podían poner en peligro la acción que desarrollaba la STP. Por eso habían pensado en la conveniencia de un acto público que testimoniara el beneplácito del gremio hacia la obra del gobierno. Consultado el caso con Mercante, que estuvo de acuerdo —aunque a último momento preguntaba ansiosamente a los organizadores si podía asegurar a sus superiores una concurrencia de 5.000 obreros—, el éxito del acto superó todas las previsiones.

Los organizadores sacaron entonces las siguientes conclusiones: "Que la concurrencia había sido extraordinaria y que el hecho no tenía precedentes, tanto por la magnitud numérica como por la unánime y libre voluntad de adhesión y apoyo al gobierno de la revolución del 4 de junio y al secretario de trabajo y previsión (...). Que el acto había sido eminentemente político sin haberse declarado que tuviera ese carácter. Implícitamente tenía el carácter de plataforma de lanzamiento de una nueva forma de realizar política (...). También tuvo importancia e influyó en la clase trabajadora argentina el hecho de que el presidente de la nación diera de inmediato una respuesta pública ante esa concurrencia de más de 40.000 trabajadores, máxime teniendo en cuenta que ese auditorio procedía de todo el ámbito nacional!"²³⁷.

El 26 de abril apareció un manifiesto firmado por los dirigentes de la UF y LF que asesoraban a la intervención donde, después de enumerar los beneficios obtenidos por el gremio, concluían: "Es inherente a nuestra lealtad y a nuestra gratitud, que obliga a la lealtad y a la gratitud de todos los ferroviarios, reconocer que la STP, con el coronel Juan Domingo Perón a su frente, ha sido el organismo de defensa de todos los trabajadores de la patria que ha puesto firmemente su hombro en la conquista de los beneficios obtenidos, y que lo pondrá hoy y mañana para la obtención de las mejoras que aún debemos obtener y conquistar, y por eso hemos pedido que se movilice toda la masa tra-

bajadora del país para solicitar al Excmo. Sr. Presidente de la Nación que eleve al rango de Ministerio de Trabajo y Previsión a la actual Secretaría, y que el distinguido e ilustre militar que hoy la dirige sea el primer ministro argentino de trabajo" (LN, 27-4-1944).

En un mensaje transmitido por radio el 1º de Mayo, Monzalvo exageraba: "Estamos en presencia de conquistas obreras que indican a la nación un avance de cincuenta años en su legislación, alcanzado tan solo en unos cuantos meses debido a la obra emprendida por este gobierno, sin precedentes en nuestra historia". Y agregaba: "Puede el gobierno de la nación tener la seguridad más absoluta de que todos los ferroviarios, como un solo hombre, están incondicionalmente a su lado" (EOF, mayo de 1944).

El 3 de junio, Farrell y Perón eran agasajados por la UF y LF con un banquete al que asistieron 5.000 socios. "Nuestro pueblo ya no toleraría, de ninguna manera —dijo Monzalvo—, que se volviese nuevamente al estado retrógado en que ha vivido el país antes del 4 de junio. La nueva conciencia social argentina está en plena marcha. Se desarrolla vigorosamente para bien del pueblo, que está plenamente identificado con la revolución del 4 de junio, porque sabe que ella ha penetrado hondo en la estructura del país, modificando la raíz de sus relaciones sociales para hallar una nueva forma de convivencia humana que realice la justicia distributiva" (EOF, junio de 1944).

Perón, por su parte, reconoció que "los ferroviarios tendrán siempre la gloria de haber sido los primeros que nos comprendieron y nos apoyaron. Cuando el tiempo diga su última palabra sobre esta nueva era de la política social argentina, cuando muchos tengan que avergonzarse de haber obstaculizado el curso de nuestras grandes conquistas sociales, el gremio ferroviario podrá levantar su penacho * limpio y altivo porque fue el precursor del triunfo de nuestra justicia sobre la demagogia, el sectarismo y el abstencionismo oficial"²³⁸.

Como hemos visto, este apoyo de los ferroviarios era recompensado con numerosas mejoras y culminaba en septiembre de 1944 con la normalización de ambos sindicatos y la entrega de los mismos a las autoridades elegidas. Estas eran, por otra parte, las mismas que habían sido desplazadas por la intervención, reivindicadas por el voto de los afiliados y por el reconocimiento del interventor de que no se habían encontrado irregularidades en su gestión.

Recíprocamente, el repuesto presidente de la UF, Luis González, reconocía los méritos de la gestión de Mercante: "Hace un año y medio que nos retiramos de esta casa diecisiete hombres que constituíamos la CD y algunos funcionarios. Lo hicimos llenos de amargura, concientes de que se cometía un error a nuestro juicio. El tiempo y los hechos nos dieron la satisfacción de que personas honestas y honradas hayan llegado a esta casa después del 23 de octubre de 1943 y hayan podido comprobar lo que acaba de decir nuestro amigo el teniente coronel Mercante.

* La estafalaria imagen parece haberle gustado a Perón, ya que los penachos volvían a aparecer en su discurso del 8 de julio, al asumir la vicepresidencia.

La obra de honestidad y decencia hay que reconocerla, venga de donde venga. Y el señor interventor y sus asesores, con los medios de que disponían, y que nosotros no tuvimos, han hecho tanto o más de lo que habríamos podido hacer en tiempos pasados. En la cuestión sindical han procedido como hubieran procedido los miembros de la CD. Han interpretado las aspiraciones del gremio, han tomado los problemas que estaban documentados en nuestros archivos y los han solucionado, en la medida de lo posible, de acuerdo con lo que más convenía a los intereses del gremio" (EOF, septiembre-octubre de 1944).

Jesús Fernández, al reasumir la presidencia de LF fue más lejos todavía, justificando la intervención: "Hizo una reseña de la situación del personal ferroviario de locomotoras antes de que las autoridades tomaran intervención en el sindicato, la que a su vez —dijo— había sido una necesidad que el gobierno (...) no eludió y afrontó resueltamente". Al responderle, Perón expresó. "He de confesar que experimento un gran placer al presidir un acto de tanta significación en el que los propios asociados reconocen la acción beneficiosa de una intervención que, si en el peor de los casos hubiese sido inútil e innecesaria, ha tenido la extraordinaria virtud de acercarnos mutuamente, y ha permitido que se conocieran bien oficiales del ejército y una parte de la clase trabajadora que conceptúo como una verdadera élite del gremialismo obrero del país" (LN, 27-9-1944).

Ambas organizaciones, sin embargo, seguirían en el futuro rumbos diferentes: mientras LF pasaría de la prescindencia a la oposición, la UF seguiría apoyando la política de Perón. "La UF fue la base del peronismo en el país —dice J. Domenech—. Porque yo tengo que decirlo con franqueza, diciendo absolutamente la verdad, que el 99 % de los dirigentes de la UF, todos se hicieron peronistas. Incluso Luis González, todos, absolutamente todos. El único que se salvó y, en fin, le costó un poco pero se salvó, fue C. Almarza, que no era miembro de la CD (...) Bramuglia fue el jefe, digámoslo así, el jefe que aconsejó a todos los demás miembros de la CD y a todas las CD y los llevó a todos al peronismo"²⁴¹. Como hemos visto, por su actitud en la asamblea del 9 de diciembre de 1943 parecería que tampoco a él le resultó demasiado fácil "salvarse".

El hábil y eficaz desempeño de Mercante y sus asesores, así como la cantidad de reivindicaciones logradas y la actitud tradicionalmente pragmática del gremio hicieron, pues, que la organización sindical más importante del país —por su número, organización y disciplina así como por su influencia sobre las demás— fuera la primera en depositar su confianza en el coronel Perón. Se trataba, por otra parte, de un gremio privilegiado, con mejores salarios y condiciones de trabajo que casi todos los demás y con una estabilidad desconocida por el resto de los trabajadores, lo que hacía el acceso a sus filas muy difícil, casi hereditario.

Esto contradice, entonces, la versión habitual que presenta al peronismo asentándose sobre los sectores menos organizados y más explotados de la clase obrera, formados por trabajadores de reciente origen migratorio. Demuestra, por el contrario, cómo el reformismo pragmático practicado por Perón respondía a las necesidades y expectativas de to-

dos los sectores de esa clase, aún lo mejor ubicados, y desmiente la afirmación de que fue la falta de experiencia sindical y política la que llevó a las masas trabajadoras a apoyar a Perón, ya que no había ningún gremio en que esa experiencia fuera más sólida que entre los ferroviarios.

El ejemplo se extiende

El carácter de los gremios que fueron siguiendo el camino de la UF confirma lo anterior. El 24 de abril de 1944 era la CD de la UT quien visitaba a Farrell para hacerle llegar sus demandas, entre las cuales estaba la elevación de la STP a la categoría de ministerio. "Reafirmamos al Excmo. Sr. Presidente —decía el memorial— nuestra franca y leal adhesión al gobierno que preside, por entender que su obra tiene proyecciones trascendentales e indiscutidas para el futuro de la patria, como precursor de la nueva legislación obrera que se está estructurando en el país para la defensa integral de su soberanía, de sus derechos y, especialmente, de todo el pueblo que forma su potencial humano" (EOF, abril de 1944).

"Ese fue el primer gremio —comenta Monzalvo— que, a pesar de desarrollar sus actividades dentro de sus estatutos, tuvo el coraje de adherirse al gobierno de la revolución"²⁴². Efectivamente, si es cierto que poco antes se habían producido algunos cambios en la CD —hecho al que los antiperonistas atribuirían luego el vuelco de la organización hacia el oficialismo—, esos cambios se habían realizado por las vías estatutarias y estaban lejos de ser radicales: el nuevo presidente, Valentín Rubio, pertenecía a la CD por lo menos desde 1934, y el presidente saliente, Isaac Pérez (miembro del CC de la CGT desde 1930 y profesor de la misma en 1937), siguió integrando la CD como vocal.

El 20 de julio Perón asistió a un homenaje en la sede de la organización, durante el cual V. Rubio "destacó la obra del gobierno en favor de los obreros del transporte y aludió a la acción desarrollada por la STP para resolver numerosos problemas que interesan a la clase trabajadora del país, en forma muy distinta —dijo— de lo que sucedía en el antiguo DNT, en el que raramente eran atendidas las reclamaciones de los obreros" (LN, 21-7-1944). Otro gremio tradicional, sólido y estable, se sumaba así a los ferroviarios —cuyas posiciones, por otra parte, siempre había acompañado—, y esta vez sin que mediara una intervención.

El 17 de mayo era la Asociación de Obreros y Empleados del Estado (AOEE) —nombre que había adoptado la ATE después de su fusión con la Unión de Obreros y Empleados del Estado— quien realizaba una concentración en la Plaza de Mayo. Su secretario general, José Vicente Tesorieri (que ocupaba ya ese cargo en la ATE en 1935, cuando participó en el "asalto" de la CGT, y era miembro del CCC desde 1939), expresó: "Podríamos decir que el 17 de mayo de 1944 ha de figurar en la historia de los empleados y obreros de la administración pública como día de fiesta, de regocijo general, ante la perspectiva de hallar la solución de los problemas tantos años esperada. Por eso es que de los rincones más apartados de la república se han hecho presentes en este

día en la histórica Plaza de Mayo miles de servidores del Estado, para expresar al Excmo. Sr. presidente y demás colaboradores de su gobierno las expresiones más sentidas de salutación, colaboración y apoyo a la obra que se viene llevando a cabo, esperando que la misma continúe con el mismo entusiasmo y renovados afanes, a fin de dar a la gran familia argentina el grado de bienestar y de justicia social que ella se merece" (EOF, junio de 1944).

En este caso, la argumentación antiperonista sostiene que Tesorieri se decidió a "saltar el cerco" después de un "ablandamiento" de cinco meses en la cárcel, pero si recordamos la tradicional tendencia de la ATE a mantener buenas relaciones con el Estado-patrón —condición que algunos consideraban indispensable para la existencia de la organización, como se puede ver en los debates que precedieron a la escisión de 1936— es difícil que aquel factor haya sido el decisivo.

"Con esta concentración —decía El Obrero Ferroviario refiriéndose a la de la AOEE— y con la similar de la UT, adquiere volumen el movimiento obrero de carácter netamente argentino iniciado por la UF y que en estos momentos polariza la atención del pueblo de la república (...) pues ha llegado la hora en que la voz de las masas trabajadoras halla eco en los poderes públicos y es escuchada con toda atención por los hombres que dirigen el país y que son los verdaderos gestores de la revolución que vivimos y que defendemos" (mayo de 1944).

El 21 de mayo, una de las más importantes seccionales de LF, Remedios de Escalada, organizaba en esa localidad un homenaje a Farrell que contaba con la asistencia de 3.000 asociados. Recordemos que todos estos sindicatos —a los que luego se sumaría la CGEC— estaban entre los siete más poderosos del país: de éstos sólo la FONC y la FOA, dirigidas por comunistas, permanecían en una actitud opositora.

El 2 de junio, Farrell, Perón y Mercante concurren a la sede de la Asociación del Personal de Hospitales y Sanatorios Particulares (APHSP), que había organizado un acto para agradecer la obtención de la jornada de ocho horas y la jubilación. Su secretario general, Aureliano Hernández, viejo militante en los gremios de la madera y de la sanidad, ansioso quizás por hacer olvidar su pasada militancia comunista, extremaba en su discurso la nota nacionalista: "Bienvenidos todos a esta casa —decía— que pertenece a la primera organización sindical en la república que, chocando con prejuicios y modalidades arraigadas, colocó a su tope, hizo suya, la bandera argentina (...) a esta modesta casa obrera que jamás fue torcida por el influjo de teorías foráneas" (EOF, junio de 1944).

Además, después de referirse a los "dos ejércitos" y a su natural convergencia, llevaba la compenetración hasta el extremo de asumir frente a la cuestión social un punto de vista muy similar al que era habitual entre los militares: "Desde hacía mucho tiempo, el progreso social estaba paralizado. Los trabajadores golpeaban a las puertas de la Casa de Gobierno infructuosamente. Esto había creado un descreimiento y un ambiente de violencia espiritual que podía desembocar por sendas peligrosas y perjudiciales para todos. El movimiento del 4 de junio contuvo

él desborde y evitó que se cayera en el precipicio de una guerra tremenda" (Idem).

Con tanto mimetismo Hernández trataba también probablemente de hacerse perdonar su vinculación con Pérez Leirós, quien —según el siempre informado y locuaz R. Stordeur— era el que le había organizado el sindicato y lo había puesto a su cabeza²⁴³. Lo cierto es que esa disposición maleable y servicial le valdría más adelante llegar a la secretaría general de la CGT, después del desplazamiento de Luis Gay.

Por esos días, otro veterano dirigente, símbolo de toda una época de la CGT, se decidía a colaborar con el gobierno: el versátil Luis Cerutti aceptaba el cargo de Jefe de Acción Gremial en la STP.

Mientras tanto, aunque menos definidas en cuanto a su composición, las muchedumbres comenzaban a rodear a Farrell y a Perón: hubo concentraciones populares en la Plaza de Mayo —a las cuales habló Farrell desde el balcón— el 11 de marzo (al asumir la presidencia) y el 24 de mayo; Perón, por su parte, "recibió una sostenida ovación" en la plaza central de Córdoba, "donde se había congregado una verdadera multitud" (LN, 30-5-1944) y encontraría una acogida similar en Entre Ríos y en Santa Fe.

Al asumir Perón la vicepresidencia, se hicieron presentes en la plaza delegaciones de la UF, UT, AOEE, UOEM, FOCA, Sindicato Obrero de la Industria del Vidrio (SOIV) Federación de Obreros Panaderos (FOP), Sociedad de Obreros y Empleados Carniceros, Obreros del Vestido, Vendedores de Diarios, Faenadores de Cerdos, Conductores de Taxis y otros gremios. A ellos se dirigió por primera vez desde el balcón que tantas veces le serviría de escenario en el futuro: "La presencia de los trabajadores del país en esta histórica plaza —dijo—, en representación de cuarenta sindicatos argentinos que comprenden la hora y viven las inquietudes del gobierno de la patria, constituye para mí el más insigne honor y el estímulo más significativo que yo pudiera recibir". Agregando que "Sólo tres títulos me enorgullecen: el de ser soldado, el de ser considerado el primer trabajador argentino, y el de ser patriota"²⁴⁴.

En esos días, Perón declaraba "la etapa militar de la revolución del 4 de junio ha terminado (...) Comienza ahora la etapa en que, está seguro de ello, el pueblo hará suyas las finalidades del movimiento. A ese propósito, añadió que es cada día más amplia la comprensión popular de los propósitos de las autoridades nacionales y, en consecuencia, la adhesión a sus principios" (LN, 23-7-1944).

Esa adhesión pronto se vería puesta a prueba por la agresiva actitud del Departamento de Estado contra el gobierno. Ya el 5 de julio los ferroviarios habían hecho un paro de media hora y una concentración ante la cancillería en apoyo de la cuestionada política internacional. El 27, ante la violenta declaración del día anterior (ver pág. 148), hubo una nueva concentración, a la que Farrell dirigió la palabra desde los balcones del Palacio San Martín, y manifestaciones de apoyo en La Plata, Bahía Blanca, Rosario, Paraná, Mendoza y Tucumán.

Ese día apareció también una solicitada suscripta por la CGT, UF, LF, UOEM, AOEE, FOCA, SOIV, SOIC, APHSP, Asociación Argentina de Telegrafistas, Radiotelegrafistas y Afines (AATRA), Sindicato Obrero de

Sastres y Costureras, Confederación Argentina de Enfermeros y Anexos, Sindicato de Recorridos y Protección al Canillita, Comisión Pro Unidad de los Obreros Portuarios y otras organizaciones. La misma contenía los siguientes puntos: 1º, apoyo en todos sus aspectos a la política internacional del gobierno; 2º, identificación con la defensa del derecho de autodeterminación hecha por el PEN; 3º, "que esta política internacional del Estado no tiende sino a defender la independencia económica y el libre albedrío de la república, con el mejoramiento consiguiente de las condiciones de vida de su pueblo, por lo que está plenamente identificada con un gobierno que, sin lesionar intereses de nadie ni avanzar sobre los derechos consagrados por la Constitución Nacional, ha abierto las puertas a la justicia social y las perspectivas de una existencia más digna y más humana para todos los trabajadores"; 4º, rechazo de la acusación de que esa política beneficiara al Eje (LN, 28-7-1944).

Una nueva declaración aparecida al día siguiente reunía a las organizaciones que, sin dejar de expresar indirectamente un apoyo de hecho, lo hacían en forma más principista y recalcando su posición antifascista. La misma se refería al respeto por la libre determinación de los pueblos, sin aceptar ingerencias o presiones por parte de otros Estados, en nombre de los principios de no intervención y de igualdad jurídica entre los Estados y expresaba su satisfacción por "el tono sereno y mesurado del discurso de nuestro ministro de relaciones exteriores". Pero, por otro lado, señalaba su adhesión a la libertad y la democracia y su apoyo a los pueblos que luchaban por esos principios y llamaba a una reconciliación con los pueblos y gobiernos de América. La suscribían la USA, FOM, FOET, CGEC, FEC, Asociación de Viajantes de Comercio; FGB, Federación Argentina de Trabajadores de Imprenta (FATI), Unión Obreros Curtidores, Unión General de Obreros en Tabaco y Unión Cortadores de Confección y Medida (LN, 29-7-1944).

Si tenemos en cuenta que algunos de esos sindicatos —como la FEC y la FOET— se volcarían luego al peronismo, mientras que otros —como la FGB, la FOM y los curtidores— no lo harían, podemos deducir que el tono equilibrado y más bien general de la declaración responde a vacilaciones y tensiones internas en las organizaciones firmantes, en contraste con el decidido apoyo de las que suscribían la solicitada anterior.

Finalmente, hay un tercer grupo de sindicatos que, aunque no aparecen firmando ninguna de las dos declaraciones, anunciaron su adhesión al acto convocado por los firmantes de la primera. Entre ellos están algunos de reciente creación, como el Sindicato Autónomo de la Industria de la Carne (SAIC), la Sociedad Obrera de Molineros y Anexos, Luz y Fuerza, etc.

El acto, realizado el 29 de julio en la Plaza San Martín, resultó verdaderamente impresionante por la cantidad de asistentes, en su mayoría trabajadores encolumnados tras las insignias de sus organizaciones. Alcides E. Montiel, que había sustituido a Seijas como secretario general de la CGT, expresó en su discurso: "El PEN interpreta fielmente el sentido de la clase trabajadora. Es su gobierno y es el gobierno de la nación. Dentro de las fronteras de la república podrán ser discutidos sus actos, pero fuera de ella nadie tiene ese derecho; es tal condición nega-

tiva de independencia y soberanía. Y para hacerla respetar puede contar el superior gobierno de la nación con la fuerza y voluntad de las masas trabajadoras argentinas" (LN, 30-7-1944).

Después del discurso de Farrell—era la primera vez que el presidente hablaba junto con el titular de la central obrera en un acto público— "los manifestantes pidieron que hablara el coronel Perón. Fue anunciado entonces por el altavoz, que no habría más discursos y que había terminado el acto y la transmisión especial del mismo realizada por Radio del Estado y la Red Argentina de Radiodifusión. Pero el público arreció en su petición de que hablara el coronel Perón y se vio cómo el general Farrell invitaba al vicepresidente a que se acercara al micrófono. El locutor anunció entonces que, aunque acababa de decir que el acto había terminado, haría uso de la palabra el coronel Perón, ante los insistentes requerimientos del pueblo" (Idem).

Es evidente que la clave de esta popularidad conseguida por Perón en pocos meses estaba en la acción de la STP. "Se empezaron a hacer convenios de trabajo —recuerda, por ejemplo, un municipal—, se hicieron en la primera oportunidad más de cien convenios, y entonces comprendimos que Perón abrazaba nuestra causa. Y cuando comprendimos que él se reunía permanentemente con los dirigentes sindicales, y especialmente tomaba nuestras ideas —yo digo nuestras en el sentido socialista*, de revolución, de modificar el sistema económico, social y político del país— entonces abrazamos la obra que estaba realizando. Y al correr del tiempo empieza a aplicar el aguinaldo**, da cumplimiento a las vacaciones pagas y obligatorias (...) Cuando vimos que pedíamos también previsión y seguridad social para los trabajadores, como el caso de las jubilaciones, cuando Perón empieza a aplicarlas —y luego se hacen, para todos los hombres y mujeres que trabajan, completas las jubilaciones, que antes era un pequeño núcleo que las tenía—. Cuando vemos que él cumple, terminando con la explotación (...) Cuando vimos que Perón realiza toda esa función para bien de los trabajadores, cuando vemos que él tenía ese trato con nosotros, cuando comprendimos que la oligarquía, tanto en alto comercio como en altas industrias, buscaba oponerse a las acciones de él, entonces comprendimos que Perón era el hombre nuestro, digamos así" 245.

Los dirigentes que comenzaban a frecuentar la STP, por otra parte, no debían echar por la borda su pasado ni hacer un gran esfuerzo de adaptación: "Cuando comprendimos que nuestro lenguaje en la STP era el de siempre, podíamos hablar en nuestra forma, en nuestro lenguaje revolucionario, socialista, nos sentíamos muy cómodos allí" 246.

Esta coincidencia de lenguajes no era fortuita: "Yo les hablaba un poco en comunismo" —diría Perón años después—. "¿Por qué? Porque si les hubiera hablado en otro idioma en el primer discurso me hubieran tirado el primer naranjazo (...) Porque ellos eran hombres que llegaban de cuarenta años de marxismo y con dirigentes comunistas (...) Ellos

* El testigo era militante socialista.

** En realidad, el aguinaldo obligatorio sólo se estableció en diciembre de 1945.

querían ir a un punto que creían, con la prédica de tantos años, era el conveniente (...) Se inclinaban más hacia la lucha de clases (...) La gente que iba conmigo no quería ir adonde iba yo; ellos querían ir adonde estaban acostumbrados a pensar que debían ir. Yo no les dije que tenían que ir adonde yo iba; yo me puse delante de ellos e inicié la marcha en dirección hacia donde ellos querían ir; durante el viaje fui dando la vuelta y los llevé adonde yo quería" 247.

El peligro de que Perón estuviera tratando de utilizar a los trabajadores para alcanzar sus propios fines no pasaba inadvertido para los militantes, pero ¿cómo oponerse a quien estaba concretando sus viejas aspiraciones? Recuerda Juan José Taccone que el tema era frecuentemente discutido en su casa, donde sus padres socialistas recibían a sus compañeros: "Mi madre decía: —Está bien todo, pero veamos: esto es lo que ha venido reclamando el partido y esto es lo que Perón está realizando. Tengamos en cuenta lo positivo y lo negativo y hagamos un balance" 248.

Para los dirigentes, el problema era todavía más arduo: "Riego Ribas me decía —recuerda Nelson Domínguez— que entre los dirigentes sindicales las discusiones eran acaloradas. Por su parte, Perón prometía y daba su apoyo a los trabajadores, posibilitándoles la obtención de mejoras económicas y sociales. Ello tenía que conducir necesariamente a un acercamiento entre él y los dirigentes obreros. Pero éstos, en su casi totalidad, muy influidos por el apasionamiento desatado por la contienda bélica mundial, veían fascismo por todos lados, y entre ellos a Perón (...) Los trabajadores, sin embargo —me decía Ribas— estaban más interesados en la solución inmediata de sus problemas económicos que en las discusiones políticas. Y si nosotros seguíamos haciendo política antinazi mientras otros les resolvían su problemas económicos, era evidente que nos íbamos a quedar solos" 249.

Ante esta alternativa, cada vez eran más los dirigentes sindicales que optaban por sumarse a la corriente ascendente. Para la mayoría de ellos, socialistas y sindicalistas, el paso se veía facilitado por varias circunstancias:

"En particular el socialismo —dice Halperín— (que había renunciado —aún como ficción— a toda vocación revolucionaria, pero no a mantener un orgulloso aislamiento frente a los partidos que había juzgado burgueses y a los que ahora condenaba sobre todo por su carencia de programa definido y su bajo nivel de moral política) imponía a los jefes sindicales de su orientación una disciplina política tan rigurosa como estéril, que ni aún era premiada con avances en la jerarquía del propio partido, siempre desconfiado de figuras que podrían eventualmente contar con bases propias y quebrar el dominio hasta entonces conservado por el grupo fundador, sólo dispuesto a ampliarse por cooptación. No es casual que hayan sido dirigentes socialistas de sindicatos ya poderosos antes de 1943 (de Empleados de Comercio, de Empleados del Estado, de Prensa) los que primero se exhibieron en los actos organizados en la nueva secretaría; no es verosímil que entre los afiliados de esos sindicatos de clase media hayan abundado los migrantes internos, que como un salvaje

viento —barbarizador o purificador— estarían cambiando la orientación del sistema sindical argentino.

"Pero no sólo para los dirigentes de extracción socialista la tentación de participar en la redistribución del poder político que la revolución de junio había abierto era muy intensa: los formados en la escuela de un sindicalismo en el cual la bandera del apoliticismo había ido perdiendo desde hacía décadas sus connotaciones revolucionarias y había permitido abundantes contactos informales con gobiernos interesados en contar con la benevolencia sindical, no habrían de encontrar motivo para no perseverar en esa actitud abierta al encontrar frente a sí a un gobierno más receptivo que cualquiera en el pasado, y que por cierto no exhibía en su trato con los dirigentes obreros la misma tolerancia ideológica de que hacía gala en otros campos"²⁵⁰.

Sólo quedaban excluidos del naciente movimiento los comunistas: mucho más disciplinados que los otros grupos y absolutamente convencidos del carácter fascista del régimen y de su conductor, habían rechazado en forma terminante todo intento de acercamiento. Según Juan José Real, "Mercante primero, Teisaire luego y, por fin, el doctor José Katz, fueron encargados de entrar en contacto con el PC, al que le fueron ofrecidas muy serias concesiones. Recibió también (Perón), lógicamente, el más rotundo rechazo"²⁵¹. En el orden gremial, agrega, Perón hizo traer a Chiaranti de la cárcel de Neuquén para negociar con él, y como fracasara en el intento lo mandó a Martín García.

José Peter, por su parte, cuenta que a principios de octubre de 1943 fue citado por el general Verdaguer, interventor en la provincia de Buenos Aires, quien le expresó "el agrado del gobierno por tratar con un dirigente obrero tan prestigioso, y que el gobierno nacional tenía mucho interés en tratar con dirigentes así, a los efectos de lograr su colaboración para la solución de los problemas en que estaba empeñado. Textualmente manifestó entonces: 'En cuanto a los gastos que se produzcan, no repara en ellos (se dirigía siempre individualmente a quien esto escribe, J.P.), el gobierno ha resuelto hacer frente a los mismos, así que lo que necesite lo tendrá'"²⁵². Poco después, Peter era detenido nuevamente y su sindicato desmantelado.

Salvo unos pocos casos —como el de Aureliano Hernández, que por otra parte ya había sido expulsado del partido años antes— fueron entonces los dirigentes comunistas quienes, junto con los pocos socialistas que —como Pérez Leirós— se mantuvieron fieles a su partido, encabezaron la resistencia a la creciente influencia de Perón sobre el movimiento obrero. Ellos eran las "ideologías extrañas" y los "malos políticos" que Perón quería erradicar y lo haría, en la mayoría de los casos, mediante la promoción de los sindicatos paralelos.

Los sindicatos paralelos

Algunos de esos sindicatos que luego servirían a Perón para "vaciar" a los dirigidos por los comunistas habían surgido, en realidad, como

consecuencia de las rivalidades anteriores entre socialistas y comunistas, e incluso entre la CGT Nº 1 y la Nº 2. Tal es el caso, por ejemplo, de la Unión Obrera Metalúrgica (UOM) y de la Unión Obrera de la Construcción de la República Argentina (UOCRA).

En cuanto a la primera, su fundación se remonta al fracaso de la huelga de 1942, que la minoría socialista del SOIM consideró "entregada" por la dirección comunista. "A los pocos meses —dice uno de los protagonistas— me vinieron a ver varios compañeros mecánicos de la fábrica Fontanares. Eran, como yo en esa época, afiliados socialistas, disconformes con la orientación del partido y con la dirección comunista de nuestro gremio. Me propusieron la formación de un nuevo sindicato metalúrgico que organizase realmente a los trabajadores de nuestra industria, rompiendo así, definitivamente, con los comunistas"²⁵³. El proyecto contó con el apoyo de la UF, que le ofreció su local para instalarse, y el nuevo sindicato se constituyó en abril de 1943.

Su acercamiento a Perón no fue, como vimos inmediato: sólo a mediados de 1944 dos dirigentes del joven sindicato resolvieron visitarlo a título personal. "Nos recibió con toda cordialidad —cuenta uno de ellos— y nos expuso en grandes líneas sus puntos de vista que en relación con el destino del gremio coincidía con los nuestros. Decidimos llevar adelante la organización del sindicato y esperar la ocasión más favorable para movilizar a los metalúrgicos.

"Esta no se hizo esperar, porque la inflación seguía su marcha y el gremio se estaba moviendo solo. Vencida la resistencia de los otros dirigentes, acordamos con la Secretaría de Trabajo convocar a una reunión donde hablaría Perón a los metalúrgicos. Fijada la fecha, calculamos que podríamos llenar con mil metalúrgicos el salón de sesiones del Concejo Deliberante donde funcionaba la STP. No tuvimos recursos ni posibilidades de hacer mucha propaganda. El día de la concentración estábamos todavía pegando unos carteles para la convocatoria hacia el mediodía.

"Fue la gran sorpresa, pues a la hora del acto estaba totalmente repleto el salón de actos y en la Diagonal Roca estaba concentrada una enorme multitud de cerca de 20.000 metalúrgicos. Se distinguían de sus talleres por cartelones improvisados y reflejaban la enorme repercusión que tenía en la clase obrera de aquellos años, desorganizada y poderosa, el ascenso de la industria (...)

"Salimos de esa reunión con la convicción de que la UOM se transformaría en poco tiempo en una poderosa organización sindical. Así fue, en efecto: de los 1.500 cotizantes de la época de Muzio Girardi, transformamos ese sindicato 'de sellos' en la UOM actual²⁵⁴, con 300.000 trabajadores en su seno"²⁵⁴. Aunque en realidad el SOIM había llegado a tener unos 5.000 cotizantes, la cifra resulta igualmente insignificante frente a los 100.000 que agruparía la UOM en enero de 1946²⁵⁵.

Menos rápido fue el crecimiento de la UOCRA, cuyo acercamiento a Perón fue también más tardío. Fundada el 4 de septiembre de 1943, cuando todavía no se manifestaba la influencia de Perón en el terreno

* El autor escribe en 1961.

sindical, la nueva organización ingresó inmediatamente en la CGT y sus actividades encontraron amplio eco en *La Vanguardia*. Todavía en mayo de 1945, por ejemplo, ésta publicaba una declaración en que la UOCRA "expresa su desagrado por la actitud de inercia de la STP hacia los obreros de la construcción" (1-5-1945).

Pero aunque no haya sido inicialmente oficialista, la UOCRA se benefició seguramente con la persecución de que era objeto la FONC. En julio de 1945 ésta señalaba, por ejemplo, que desde el golpe de 1943 1.200 de sus militantes —entre los cuales estaban sus principales dirigentes— habían sido encarcelados y 130 locales saqueados y clausurados.

A pesar de las persecuciones, la FONC fue la organización que mayor resistencia presentó a la extensión de la influencia de Perón en el campo gremial: en 1945 sólo se registraron 14.346 afiliados a entidades gremiales en el rubro de la construcción (probablemente los correspondientes a la UOCRA), frente a los 74.283 que se habían registrado en 1941 (ver cuadro 9, en pág. 66). En enero de 1946, la UOCRA sólo tenía 30.000 afiliados, frente a los 58.000 que había llegado a tener la FONC. "En cambio en la construcción no pudimos entrar nunca —reconoce Mercante—: era un sindicato monolítico" ²⁵⁸.

Mucho más éxito tendría el sindicato paralelo en el gremio de la carne, aunque su formación tampoco parece inicialmente vinculada con los designios de Perón. Su origen se deriva del descontento de los obreros de Berisso, acaudillados por Cipriano Reyes, ante el levantamiento de la huelga de los frigoríficos tras la liberación de J. Peter, en octubre de 1943. Ellos decidieron continuarla y fue el éxito parcial de esta huelga solitaria el que, según C. Reyes, motivó la rápida expansión del sindicato autónomo: "Al otro día —dice—, desde las primeras horas de la mañana, se volcaron numerosos trabajadores a afiliarse. En menos de quince días se llegó a completar la afiliación de los 15.000 trabajadores de la carne que integraban ambos frigoríficos" ²⁵⁷.

Pero también en este caso el crecimiento del nuevo sindicato, que pronto extendería su influencia a los frigoríficos de Avellaneda, dependía en gran medida de las persecuciones que sufría el comunista. Poco después de la liberación de Peter y el levantamiento de la huelga, el local de la FOIC fue allanado y clausurado, sus bienes fueron entregados posteriormente a dos dirigentes separados tiempo antes de la conducción del sindicato, que los remataron, y Peter volvió a ser encarcelado durante un año y cuatro meses.

Los dirigentes del sindicato autónomo no vacilaban, por otra parte, en apelar al maccartismo de los militares ni en denunciar abiertamente a sus rivales. Cuenta por ejemplo C. Reyes que, durante una entrevista con el ministro del interior a raíz de la continuación de la huelga por parte de los trabajadores de Berisso en 1943, cuando el funcionario se refirió a los dirigentes de la FOIC "le informamos que esos señores no eran dirigentes ni obreros en conflicto con las empresas; que eran simplemente un grupo de elementos comunistas que no tenían facultades

* Swift y Armour de Berisso.

ni representación gremial para realizar tales tratativas y que dada la situación imperante aprovecharon la oportunidad para negociar la libertad de sus camaradas detenidos, la de José Peter y la de otros compañeros que como yo estábamos en Villa Devoto, y copar el movimiento dando la vuelta al trabajo una vez conseguidos sus propósitos" ²⁵⁸.

"Así —dice J. Peter—, echando mano a elementos como Cipriano Reyes (...) se inicia la creación de sindicatos 'autónomos'. Los 'dirigentes' fueron prontamente muy bien recibidos por las gerencias de éstas (las empresas), a la vez que las gestiones que la FOIC intentaba insistentemente para resolver las distintas cuestiones que se presentaban en el trabajo a los compañeros, como lo había hecho siempre, encontraba las puertas de las mismas herméticamente cerradas; así también procedía la STP y los departamentos de trabajo provinciales" ²⁵⁹. Y, comentando expresiones de Mercante en el sentido de que Perón concedió a C. Reyes todo cuanto le pidiera, agrega: "La verdad es ésa; Cipriano Reyes recibió cuanto pidiera, hasta la impunidad para organizar bandas armadas con las cuales perseguir a los auténticos dirigentes del gremio de la carne y a cuanto obrero no se prestara a sus sucias maniobras (...) Pero hay que precisar que no hubo tal desplazamiento de Peter como tampoco tal prestigio de Reyes, como manifiesta Mercante; lo que sí hubo fue amplia libertad para Reyes y sus secuaces y persecuciones, torturas, cárceles y hasta asesinatos para los que durante los años más duros habían dedicado su vida a la organización de los obreros y a la defensa de sus intereses" ²⁶⁰.

Aunque es dudoso que el nuevo sindicato contara con el visto bueno de las empresas, ya que era aún más combativo que el otro, es cierto en cambio que la lucha entre ambos se desarrolló en un marco de inusitada violencia y es muy probable que los activistas del sindicato anti-comunista hayan gozado de la lenidad de las fuerzas policiales. En cuanto al indudable apoyo de la STP, no estuvo exento de altibajos.

En junio de 1944 C. Reyes se entrevistó con Mercante y logró que el gobierno extendiera a todos los obreros de la carne las mejoras solicitadas por el SAIC; poco después Perón visitaba Berisso, donde era aclamado por 30.000 trabajadores. Pero, como hemos visto, en enero de 1945 una nueva huelga del gremio era desautorizada y condenada al fracaso por Perón. Todavía en el acto del 12 de julio de ese año, 8.000 trabajadores de Berisso, que llevaban tres meses de huelga, pondrían una nota discordante que *La Vanguardia* relataba con fruición: "Cipriano Reyes quería hablar, pero el señor Borlenghi (...) defendió a capa y espada el micrófono de la emisión de verdades amargas y, acosado por las mujeres de Berisso, burladas durante 90 días, saltó la baranda del tablado de los discursos, en una voltereta que se nos antojó simbólica" (17-7-1945). Cuando finalmente logró Reyes apoderarse del micrófono, los organizadores del acto cortaron la transmisión, y los delegados de la manifestación que después del acto se dirigió a la STP no fueron recibidos por Perón. Tres meses después, sin embargo, estos mismos obreros desempeñarían un papel protagónico en la jornada del 17 de octubre y C. Reyes sería vicepresidente del partido que llevó a Perón al gobierno, para pasar en la cárcel la mayor parte del mismo.

Mientras tanto, según Peter, en mayo de 1945 los dirigentes de la FOIC decidieron su disolución y el ingreso de sus miembros a los nuevos sindicatos. Parece ser, sin embargo, que durante la ofensiva antiperonista desatada poco después se decidieron a reflotar la sigla, ya que encontramos declaraciones a su nombre hasta febrero de 1946.

En realidad, el caso de sindicato paralelo que más se acerca al modelo considerado general —pero que, como vemos, no lo es tanto— es el de la Asociación Obrera Textil (AOT). En ese gremio, socialistas y comunistas ya tenían organizaciones separadas desde 1941, y el nuevo sindicato que se constituye el 3 de octubre de 1945 lo hace en contraposición a ambas y en apoyo, desde el comienzo, a la política de Perón. Sus organizadores eran muy jóvenes (entre 22 y 27 años), con escasa experiencia sindical y sin otra militancia política anterior que una difusa simpatía por el yrigoyenismo. Crearon el nuevo sindicato en lugar de tratar de ganar el viejo porque "a nosotros tomar el sindicato socialista no nos importaba, queríamos crear una cosa nueva que fuera lo que nosotros sentíamos; y además era el camino más fácil, porque ante elementos como Cándido Gregorio, que por otra parte tenía la mayoría del gremio, un puñado de veinte inexpertos... Hubiera sido suicida ir a pelearlos allí" ²⁶¹. Finalmente, recibieron desde el principio el aval de Perón. Cuenta Mariano Tedesco que al entrevistarle éste les preguntó: "¿Ustedes están constituidos de alguna manera? Entonces yo le cuento todo el proceso de la UOT, que nosotros habíamos formado o teníamos la intención de formar un sindicato que respondiera a la línea nacional directamente, en este caso a la línea del gobierno. Recuerdo una frase de él: 'Bueno, métale, ésta es una lucha que recién empieza'" ²⁶².

La expansión del nuevo sindicato fue rápida: "En lo que hace al movimiento nacional —continúa M. Tedesco—, éste recién despertaba, y despertó con tanta fuerza que en menos de seis meses hizo un sindicato de 80.000 afiliados, contra 4.000 que tenían los socialistas y contra 3.000 que tenían los comunistas" ²⁶³. Un dirigente del sindicato socialista recuerda, por su parte, cómo iban perdiendo su predicamento sobre las bases: "Después de esa reunión de mayo* vinieron otros actos políticos en los que nosotros nos negábamos a intervenir. Iban los trabajadores nuestros porque ya empezaban a afluir solos, sin que los mandaran" ²⁶⁴.

Aunque de menor importancia que los anteriores, también se formaron sindicatos paralelos en las industrias de la alimentación y bebidas, del plan, del vestido, del calzado, de la madera, curtimientos, etc. Los más importantes fueron la Unión Obrera de la Industria Maderera, la Unión del Personal de Panaderías, Pastelerías y Afines y la Unión Obrera de la Industria del Calzado, que en enero de 1946 tenían 35.000, 20.000 y 18.000 afiliados respectivamente ²⁶⁵. Es difícil evaluar la magnitud real de los demás, ya que la situación era muy fluida y, además, tanto ellos como sus rivales se adjudicaban invariablemente el apoyo de la mayoría del gremio. Lo cierto es que casi todos los sindicatos antiperonistas parecen haber apostado su supervivencia al triunfo de la Unión Democrá-

* Se refiere a la celebración del 25 de Mayo de 1944.

tica (UD), porque todos ellos —incluso la FONC, la FOA y los otros grandes sindicatos comunistas— se disolvieron formalmente o desaparecieron silenciosamente después del 24 de febrero de 1946.

Un historiador comunista del movimiento sindical explica así la disolución de las organizaciones de esa tendencia: "De nada valía mantener los viejos sindicatos si éstos carecían de toda atribución, no podían discutir las condiciones de trabajo, ni firmar convenios, ni tener obra social, y, lo que era peor, ni siquiera podían dirigir la lucha, puesto que la masa de sus gremios se encontrarían en los sindicatos que tuvieran esas atribuciones ¿Qué papel revolucionario podían desempeñar —por otra parte— los militantes comunistas si permanecían aislados de la masa y dejaban a ésta librada al liderazgo de elementos oportunistas? No cabía duda de que, aunque la decisión resultara antipática y lesionara el sentimiento íntimo de quienes con tanto esfuerzo habían levantado las organizaciones obreras, no existía otra alternativa que disolverlas e incorporarse, con su caudal de afiliados, a los sindicatos reconocidos" ²⁶⁶.

Sólo sobrevivieron a la derrota electoral de la UD, entonces, aquellos sindicatos antiperonistas que reflejaban realmente la posición de la mayoría del gremio, como la FGB y LF. Ambos gremios siempre habían gozado de una situación de privilegio —tanto en cuanto a salarios y condiciones de trabajo como en cuanto al reconocimiento de sus organizaciones—; ahora, ante el ascenso generalizado de los demás, que amenazaban igualarlos, sentían seguramente su relativa decadencia como una injusta postergación, como una nivelación hacia abajo. La FGB era, además, una organización sumamente politizada, con amplia mayoría de socialistas y comunistas, y los socialistas ejercían también un influjo preponderante sobre LF. Salvo estas excepciones, el grueso del movimiento sindical existente en 1943 terminó por volcar su apoyo a favor de Perón.

El movimiento sindical que apoyó a Perón

Volviendo a mediados de 1944, digamos que la popularidad del gobierno y de Perón seguía en permanente ascenso. Actos similares al del 29 de julio en Buenos Aires se habían realizado en Rosario, Santa Fe, Paraná, Gualeguay, Mendoza, San Juan, Mar del Plata, Junín, Azul, Pergamino y Villa María. Nutridas delegaciones seguían concurriendo a la STP: 4.000 obreros y empleados de casas cerealistas el 14 de julio; 3.000 empleados bancarios el 11 de agosto; 1.500 empleados judiciales el 14; 1.000 encargados de casas de renta el 16; 1.000 marfileros el 28; además de carniceros, dependientes de almacén, portuarios.

Igual afluencia popular encontraba el coronel en sus giras: el 10 de agosto hablaba ante concentraciones populares en Berisso y en La Plata; el 20 ante 5.000 personas en San Nicolás; el 27 en Pergamino; el 2 de septiembre en Quilmes; el 8 en Mendoza; el 9 en San Juan; el 9 de octubre en San Martín (B.A.); el 15 en Junín, el 22 en Tigre y San Fernando; el 28 en Villa María; el 2 de noviembre en Córdoba.

En Buenos Aires asistía a las asambleas convocadas en el Luna Park por los comerciantes minoristas (21 de septiembre) y por los panaderos

(8 de noviembre); a actos organizados por empleados judiciales (12 de septiembre), de correos (21 de septiembre), ferroviarios del puerto (11 de octubre), telegrafistas (20 de octubre), empleados de seguros (23 de octubre), bancarios (9 de noviembre) y obreros del transporte (17 de noviembre).

Otras organizaciones importantes seguían expresando públicamente su adhesión a la política de la STP. La FOET, corazón de la USA y último baluarte del **sindicalismo**, lo había hecho el 6 de octubre en un acto durante el cual Perón dio su espadazo a los dirigentes cuestionados por las empresas por su condición de cesantes: "La STP —dijo— trata con los representantes de los gremios y así considera a Gay y Orozco (...) Sería muy fácil dejar acéfalas las organizaciones gremiales dejando cesantes a sus dirigentes para después no entenderse con ellos. Para nosotros, en el concepto gremial de la Secretaría, es telefónico aquél que es del oficio, trabajo o no trabaje" (LN, 7-10-1944).

Meses después, los mismos dirigentes **sindicalistas** recibían los elogios de Perón: "Felicitó por estos éxitos a las autoridades del gremio, y muy especialmente a los esforzados paladines Gay y Orozco, que representan en la historia de este meritorio gremio el tesón, la honradez, la lealtad de un dirigente obrero" ²⁶⁷. Recordemos que Gay era secretario general de la FOET desde 1928 y había formado parte del CC de la CGT desde 1931, pasando después de la división de la misma a militar en la USA, de la que fue secretario general.

A fines de noviembre, el primer aniversario de la STP daba ocasión a amplias celebraciones. Alcides E. Montiel, Luis González y Jesús Fernández hablaron por la red de radiodifusión en los días previos y también lo hicieron en el acto realizado el 26 frente a la STP, junto con V. Rubio, un representante de los trabajadores del Chaco y el secretario de la recientemente creada Federación Obrera Tucumana de la Industria Azucarera (FOTIA), Benito Boria Céliz.

L. González ratificó allí la identidad de miras de la UF con la STP "Podemos decir bien alto que un organismo estatal de esta naturaleza había merecido nuestra preocupación desde los primeros tiempos de nuestras luchas sindicales. No concebíamos la acción anárquica de las masas, la gimnasia revolucionaria; queríamos, en cambio, una amplia y vasta institución capaz de albergarnos a todos (...) para que se dieran sus representantes (...) con el objeto de sentarlos a la mesa redonda frente a los patrones y ventilar mano a mano las cuestiones, para que hubiera conformidad en el que da y aprobación en el que recibe (...) El mundo del trabajo quiere ser atendido por medios legales y regulares previstos por el Estado, que tengan fuerza y atribuciones ejecutivas" (EOF, 1-12-1944).

También hacía un llamado a la organización de los trabajadores: "Los gremios más beneficiados, los que han visto acumular en su favor mayor número de conquistas logradas por el gremio ferroviario, nos autorizar a llamar a la reflexión a nuestros compañeros de clase que no se han organizado para que se decidan a poner manos a la obra cuanto antes. Crear o robustecer los sindicatos es una necesidad imperiosa del nuevo clima de adelanto social que vivimos" (Idem).

A. Montiel insistía sobre el mismo tema y, además, sobre la necesidad de unir al movimiento obrero. Es que, a pesar de la normalización de la UF y LF y de la toma de posiciones afines por varios gremios importantes, las gestiones por la unidad sindical no avanzaban. El 6 de noviembre se había formado una Comisión de Unidad Sindical, integrada por un representante de la CA de la CGT y los vicepresidentes de la UF, LF y UT, que había nombrado secretario a Juan Rodríguez (el reemplazante del "traidor" Lestelle en el CCC en 1943). Dos meses después, éste informaba al CCC que no se había logrado aún llegar a un acuerdo con la USA, la CGEC, la AOEE ni la FGB. El llamado del CCC a los sindicatos autónomos para que ingresaran en la CGT, dándoles plazo hasta el 31 de enero de 1945 para que se inscribieran, sólo sería respondido por 39 pequeñas organizaciones, casi todas del interior. De ese modo, el proyecto de reconstruir el CCC con la representación de los nuevos adherentes, inicialmente programado para marzo, debió ser postergado.

Mientras tanto, sin embargo, Perón había terminado de ganarse el apoyo de uno de los más importantes dirigentes sindicales del momento: retirado Domenech, esposo de Pérez Leiros de su sindicato por la intervención, Borlenghi era sin duda el más influyente de los dirigentes de primera línea que aún conservaba el control de su organización. Esta —cuyo crecimiento había sido en gran medida obra suya— era la tercera en importancia por su magnitud —quizá ya la segunda dada la disgregación de la FOUNC— y sus finales se disputaban por todo el país.

No fue fácil, por cierto, impulsarlo a dar el paso decisivo. En octubre de 1943 Borlenghi había firmado, junto con Pérez Leiros, el manifiesto de la oposición, y desde entonces su acercamiento a Perón no había sido, nunca, expresado públicamente. "Recien pudimos comprometerlo —dice Mercante— después de conseguirle la jubilación para los empleados de comercio, una vieja aspiración del gremio. Llegué a fingir que íbamos a intervenir la CGEC, porque el hombre quería sacar tajada de su aproximación a nosotros sin comprometerse políticamente. Cuando salió la jubilación debió hacer un acto frente a la STP, al que asistió con todo su estado mayor y miles de empleados agradecidos" ²⁶⁸.

Este acto, realizado el 4 de diciembre de 1944, fue transmitido también por la radio y acompañado por 300 concentraciones similares en todo el país. Durante el mismo, Borlenghi afirmó la disposición del gremio para defender la ley de jubilaciones, recién obtenida y que ya era cuestionada por los empresarios: "La ley es buena —dijo— y no tiene ningún aspecto demagógico. Esta ley es constitucional porque así lo ha resuelto la Suprema Corte con respecto a las facultades del gobierno actual. Se dice que en el futuro la podrían derogar, pero se olvidan de que está nuestra organización para defenderla. En una oportunidad en que habían amenazado con derogar la ley 11.729, nuestro gremio declaró la huelga, y ahora decimos que declararemos la huelga general para el caso de que pretendan derogar esta ley de jubilaciones" (LN, 5-12-1944).

Pero también debía defender su propia actitud respecto al gobierno: "Debo decir algunas palabras sobre nuestras relaciones con el gobierno. Somos una organización que actúa libre de toda influencia extraña y mantenemos con el gobierno relaciones correctas y normales. Algunos

maledicentes pretenden encontrarle segundas intenciones al hecho de haber obtenido la ley de jubilaciones. Niego terminantemente la existencia de ninguna actividad que pueda ser motivo de crítica (...)

"Los dirigentes teníamos dos caminos a seguir: uno, sabotear el estudio de la ley de jubilaciones y hacernos o colocarnos en el papel de víctimas para que no se aprobara la ley o trabajar intensamente para que la ley fuera un éxito. Por el primer camino, los dirigentes cuidábamos de nuestras personas; por el segundo, nos exponíamos al ataque de algunas personas, pero beneficiábamos a un millón de familias (...)

"También se pretende que de esta manera se confunde a la clase trabajadora. No es verdad. Con los beneficios de esta ley no se obliga a nadie cambiar de opinión; solamente que las cosas buenas se hacen propaganda por sí solas" (Idem).

La impotencia del PS para frenar el deslizamiento de los dirigentes sindicales hacia Perón se pone de manifiesto en que llega a apelar a un argumento que siempre había sido objeto de sus más enérgicas condenas durante sus disputas con los **sindicalistas**: ¡la prescindencia! "Esta cuestión ha provocado muchas polémicas en la Argentina —decía, por ejemplo, **La Vanguardia** el 6-2-1945—, de suerte que la prescindencia sindical es un valor convenido y tácitamente aceptado por todos sus militantes —a la manera de un patrón implícito— para facilitar los movimientos de la organización gremial. Tan arraigada está esta costumbre que casi todas las entidades de ese tipo se encargan de establecer en sus estatutos la posición prescindente de la misma respecto a las distintas corrientes de opinión, credo político, religioso o filosófico".

Esto servía de prólogo, naturalmente, para volcar sobre los sindicatos "colaboracionistas" las mismas acusaciones que ellos habían recibido en el pasado por parte de sus rivales **sindicalistas**: "Ello no obstante —continuaba— y a pesar de repetirse en todos los tonos que la organización obrera mantiene esa modalidad, lo cierto es que en tal materia los hechos no están de acuerdo con las palabras. Y tan es así que (...) lo que actúa públicamente del movimiento obrero realiza una función de naturaleza más política que sindical, sin que esta función sea, por otra parte, propia y específicamente obrera, sino que está destinada a destacar la obra social que se efectúa 'en favor' de los trabajadores por el poder público, que no está, por cierto, en manos de los trabajadores. Prácticamente no existe prescindencia".

Finalmente aparecía la perplejidad y amargura con que los racionalistas dirigentes del PS veían un proceso que escapaba a su comprensión: "Y para peor, esa tarea política tiene más de multitudinaria que de acción orgánica concertada, deliberada y conciente, pues se procede como si viviéramos en un país carente de tradiciones en esas cuestiones" (Idem).

Sin embargo, hacia abril de 1945, los socialistas no habían perdido del todo su optimismo: "En resumen —decía **La Vanguardia**—, podemos sintetizar así la situación del movimiento obrero: un importante sector se encuentra en la ilegalidad, sufriendo los riesgos por ella involucrados; otro sector, de importancia equivalente, goza de alguna libertad y se niega a participar en homenajes y, por fin, en otro plano, se encuentran los sindicatos más poderosos, mediatizados y prisioneros de la trama

oficial urdida a base de promesas, canongías, amenazas, etc., pero sin que ello importe compromiso político en la generalidad de los casos" (10-4-1945).

Por esos días, Perón señalaba que en la STP se había recibido durante el último año, a más de 100.000 personas, se habían concertado casi 900 convenios y el beneficio de la jubilación se había extendido a un millón y medio de trabajadores. Salvo las organizaciones dirigidas por los comunistas —y unas pocas que lo eran por socialistas o **sindicalistas** intransigentes— prácticamente la totalidad del movimiento obrero había manifestado su apoyo a la política de la STP. En casi todos los casos seguían al frente de esas organizaciones los mismos dirigentes que las venían conduciendo desde antes de 1943, algunos por lustros o por décadas. Perón podía afirmar, ante las acusaciones de las "fuerzas vivas", que no era cierto que se hubiera sustituido a los dirigentes gremiales por adictos, "pues (la STP) no ha impuesto un solo dirigente a ningún sindicato y, por el contrario, las organizaciones han elegido libremente sus CD. Prueba de ello es que casi la totalidad de los actuales dirigentes gremiales lo eran ya antes del 4 de junio de 1943"²⁶⁹.

Es cierto que, además de los sindicatos paralelos a los que nos hemos referido, se organizaron también en esos meses nuevos sindicatos en gremios donde hasta entonces no existían —como la FOTIA, el Sindicato de la Industria Vitivinícola (SIV), la Unión Obrera Molinera, los fideeros, trabajadores del material plástico, etc.— y que estos nuevos sindicatos nacían con el apoyo de la STP. Pero, si algunos de ellos adquirirían grandes dimensiones —como la FOTIA (100.000 afiliados en enero de 1946) y el SIV (30.000)—, la mayoría eran demasiado chicos, inestables e inexpertos como para ejercer una influencia decisiva sobre la orientación del movimiento obrero.

Tampoco puede decirse que la afluencia de nuevos afiliados modificara sustancialmente las bases de las organizaciones tradicionales: en 1945 el número total de afiliados a sindicatos obreros sólo supera al de 1941 en un 20 % (528.523 frente a 441.412). Los mayores incrementos se registran en las industrias químicas (de 250 a 5.884), de la alimentación (234 %), actividades primarias (115 %) y espectáculos públicos (85 %): es decir, en los rubros en que se habían creado más organizaciones nuevas. En cambio, los que eran disputados por sindicatos paralelos presentan caídas impresionantes, probablemente porque sólo se registraron los afiliados a los sindicatos oficialistas (construcción, —81 %; textiles, —79 %) (ver cuadro 9, en pág. 66).

Podemos deducir, entonces, que la mayoría de los 87.000 nuevos afiliados ingresaron en las organizaciones nuevas, sin alterar demasiado las bases de las tradiciones y sin tener posibilidades de desviar por su propio peso la orientación del movimiento obrero. El movimiento sindical que apoyará a Perón será entonces, sustancialmente, el que ya existía antes de 1943: éste aportará el 80 % de los afiliados existentes en 1945 y casi todos sus dirigentes; el importante papel que jugaron algunas de las nuevas organizaciones —como el SAIC y la FOTIA— y algunos de los nuevos dirigentes —como C. Reyes— en los acontecimientos más dramáticos de ese año, no debe ocultarnos esta realidad. Fue la mayor parte

del movimiento obrero preexistente, con sus organizaciones y sus dirigentes, la que en el curso de 1944 y los primeros meses de 1945 fue volcándose, en forma cada vez más decidida y entusiasta, en apoyo de la política de la STP y del hombre que la simbolizaba.

"Ahora bien —se pregunta J. Correa al escribir sobre este tema—, ¿quiénes integraban la nueva élite sindical? ¿Acaso fue una corriente nueva, químicamente pura, formada por hombres sin antecedentes, que venían a negar y repudiar todo lo que se había hecho hasta entonces en el movimiento obrero? No, por cierto. Es un hecho que los hombres que formaron la nueva élite sindical procedían en su mayoría de la corriente reformista: socialista y anarco-sindicalista.

"Ante el fenómeno social del peronismo, esa corriente de dirigentes se dividió en dos: los que, sin considerar el tremendo impacto de ese fenómeno sobre las masas, se encerraban en una obstinada oposición sistemática y se proclamaban 'sindicalistas libres' como alternativa frente a un presunto o real totalitarismo; y los que, cediendo a la tentación de aprovechar en beneficio propio las ventajas y sinecuras que se les ofrecían, abandonaron antiguas banderías formales y se adaptaron a las nuevas circunstancias. Al fin y al cabo, la nueva corriente dominante no era más que una variante del reformismo" 270.

"De los datos apuntados —concluye— se desprende que la élite sindical surgida tras el golpe de Estado de 1943 y consolidada en 1946 con la asunción de Perón a la presidencia no era un producto nuevo, peculiar, que entrañara una ruptura con el pasado. Tampoco era la personificación de una ideología original, fruto de una nueva conciencia histórica.

"Esos dirigentes peronistas que habían militado en las filas socialistas y anarco-sindicalistas, de sus antiguas concepciones conservadoras la esencia reformista —que era la base de la 'doctrina' que se presentaba como nueva y nacional— y su alergia patológica al marxismo revolucionario (...) El ideario de la nueva élite coincidía con el de la élite reformista tradicional en la ilusión de un capitalismo humanizado, respetuoso de los intereses de la clase obrera y administrado por un Estado imparcial, y en el sostenimiento de la lucha de clases" 271.

No muy diferentes son las conclusiones de Halperín: "De este modo —dice— la nueva tendencia aparecía para sus beneficiarios como un distribucionismo que, sin poner en tela de juicio la estructura de clases, se proponía mejorar la parte que tocaba a la trabajadora en la repartición del ingreso. La apelación a una empresa nacional común, capaz de cancelar las oposiciones de clase, que en las tentativas más elaboradas de dotar de una ideología al naciente movimiento político tiene lugar primordial, no figuró por cierto del mismo modo entre los motivos concretos de adhesión a él; el movimiento de unanimidad nacional que debía cumplir la hazaña de incluir en sus filas a una clase obrera hasta entonces poco dispuesta a identificarse con movimientos políticos polí-clasistas, se disponía a resolverse en un movimiento a la vez muy poco revolucionario y muy sólidamente arraigado en una perspectiva de clase. ¿Por qué era así? Puede decirse que esto se debía en parte a la gra-

vitación conservada por la tradición socialdemócrata que era la más poderosa en el movimiento obrero, y que pese al personalismo bien pronto adoptado por el nuevo movimiento (que lo alejaba en este aspecto de ella) sigue gravitando fuertemente en la imagen que ese movimiento se hace de la sociedad en que incide y de su concreta función dentro de ella: tal como confesó melancólicamente el doctor Repetto, la conquista de la clase obrera por el peronismo fue facilitada por una tradición previa en que la lucha de clases era vista como combate por avances limitados en el ingreso y otras ventajas marginales.

"Pero si las tradiciones del movimiento obrero tuvieron sobre el peronismo una influencia a la vez clandestina y determinante, ello se debió a que el esfuerzo exitoso de captación de ese sector social no fue acompañado por otros igualmente afortunados sobre otros" 272.

Efectivamente, desde fines de diciembre de 1944 la trayectoria ascendente de la STP y su titular ya no sería tan incontrastable. La ofensiva patronal que se iniciaba en esa fecha no dejaría de acentuarse durante los meses subsiguientes, uniendo a todos los sectores capitalistas en un sólido bloque.

Pero esa unanimidad, por otra parte, no hacía más que confirmar la elección de los obreros que apoyaban a Perón. "Con mis compañeros discutíamos en la fábrica y en el sindicato lo que estaba ocurriendo —dice un metalúrgico—. No hacía falta mucho para saber quién tenía la razón y hacia quién iba nuestra simpatía en la emergencia. Los peores enemigos de la clase obrera, los tradicionales enemigos de la izquierda y los agentes desemozados del imperialismo estaban contra Perón y habían convertido al coronel en su enemigo número uno. Era natural que los obreros tuvieran la posición inversa" 273. "Al ver que había fuerzas oligárquicas en contra del coronel, en contra nuestra —confirma un municipal—, nos aferramos más a la lucha, a preparar una acción de conjunto, en el momento que pretendiera hacer la oligarquía un gobierno desde arriba, empujarlo a Perón hacia afuera para que no pudiera tener la secretaría de trabajo, lo íbamos a respaldar, ésa fue nuestra posición" 274. No pasaría mucho tiempo antes de que esa decisión fuera puesta a prueba.

5. La batalla decisiva

El Manifiesto del Comercio y la Industria representó, como hemos visto, la "declaración de guerra" de las entidades patronales contra el gobierno y, especialmente, contra Perón. Simultáneamente, toda la oposición —los partidos políticos, las asociaciones de profesionales, las universidades, la casi totalidad de la prensa, los sindicatos "libres"— se lanzaron a la ofensiva final, con los estudiantes dominando las calles y con la ubicua presencia de Braden proclamando el apoyo de la primera potencia mundial. Ante semejante avalancha, el gobierno fue reculando hasta que los militares vieron finalmente que era necesario deshacerse de Perón. Fue solo entonces cuando el movimiento obrero —que también había parecido batirse en retirada— decidió volcar todo su peso en la balanza y logró revertir la situación. Veamos cómo se llegó a esa instancia crucial de nuestra historia.

La lucha de clases al descubierto

Decíamos que el mismo 16 de junio de 1945 Perón había respondido, en declaraciones a la prensa, al Manifiesto patronal. Después de señalar que éste tenía un carácter netamente político, denunciaba que "estas fuerzas que firman el manifiesto han representado dentro del país la eterna oligarquía económica, que ha manejado a la oligarquía política que gobernó durante tantos años" y que volteó a Yrigoyen cuando éste había intentado poner las cosas en su lugar.

Decía también que en el mundo actual existían dos tipos de dictaduras: la del proletariado y la del capital. "La nuestra hasta ahora había sido una dictadura del capital —hay que reconocerlo— y nosotros que-remos dar a esa estructura una nueva forma, creando una verdadera democracia en el medio, donde ni el capital ni el proletariado actúen sobre las decisiones del gobierno. Esta democracia consistiría, en nuestro concepto, como concepción integral, que el Estado, el poder absoluto del poder político, sea el que gobierne sin presiones y sin interferencias (...). El gobierno lo ejerce el Estado por su poder político y nadie le sale

al cruce para decir cómo se debe gobernar". En ese sentido, "esta resistencia (...) representa verdaderamente un alzamiento contra las disposiciones del gobierno".

Finalmente, "respecto de una teoría esbozada de que la Semana Trágica aseguró al país 25 años de tranquilidad social, eso hace suponer que quisieran otra Semana Trágica". Entendida así la tranquilidad social, no hay nada que conversar. Si se trata de matar cinco o seis mil obreros para luego obligar a trabajar como se quiera y por lo que se quiera, con el objeto de asegurar así 25 años de tranquilidad social, yo no me voy a prestar a eso" ²⁷⁵.

Al mismo tiempo, un documento de la STP rebatía punto por punto las acusaciones de los empresarios, concluyendo que "si alguna demostración definitiva era menester para comprobar la eficacia de la orientación seguida y de la obra cumplida por la STP, la encontramos precisamente en que esa obra provoca las quejas de algunas fuerzas económicas poderosas, habituadas a encontrar ciertos gobiernos sumisos a sus presiones y siempre prestos a poner la fuerza del Estado para acallar violentamente el reclamo de los humildes" (La Prensa, 17-6-1945).

En nombre de las entidades firmantes, que habían constituido una Asamblea Permanente de Entidades del Comercio, la Industria y la Producción (APECIP), Eustaquio Méndez Delfino replicaba poco después que, lejos de representar una oligarquía o de pretender una dictadura del capital, la mayor parte de esas organizaciones representaban a pequeños empresarios, "el proletariado del comercio", y que la concepción del Estado expuesta por Perón debería ser analizada por los estudiosos para ver "hasta qué punto se concilia con nuestro espíritu democrático o está influida por doctrinas exóticas" (LN, 20-6-1945).

A partir de ese momento se desarrolló una verdadera guerra de solitudes. La CGEC fue la primera en reaccionar: en su declaración del 19 de junio llamaba "a todas las centrales obreras y sindicatos autónomos a organizar, en conjunto, la defensa de las conquistas logradas por el movimiento obrero en su larga y difícil acción, las elaboradas por la STP y las que se reclaman en el presente momento" (LN, 20-6-1945). Dos días después, la UT proclamaba su adhesión "a todo movimiento que tenga por fin lograr la estabilización y acrecentamiento de las conquistas obreras" (LN, 22-6-1945). La APHSP pedía a la CGT que "asuma la dirección de la defensa de los derechos obreros y gestione la unificación obrera para contener la ofensiva patronal y defender las conquistas logradas por los trabajadores" (idem). La FOP afirmaba que "al defender a la STP no hacemos más que defender nuestras propias conquistas" (idem).

* En realidad, lo que decía el memorial elevado a Farrell era que "durante 25 años, desde aquella semana trágica de enero de 1919, el país ha vivido dentro de una casi perfecta tranquilidad social. Y no es reavivando diferencias entre patronos y obreros, sembrando odios y azuzando pasiones que culminaron y terminaron hace 25 años, que habrá de propenderse con sinceridad al propósito de trabajar por la unión de todos los argentinos" (LN, 24-6-1945).

Conceptos similares contenía una solicitada de una página titulada "El pueblo también tiene voz y se hace escuchar", que firmaban la UF, UT, CGEC, FOET, AATRA, Asociación Bancaria (AB) y el sindicato de empleados y obreros de las empresas de seguros (LN, 24-6-1945). La STP informaba que, además de esas organizaciones, le habían hecho llegar su adhesión la FEC, AOEE, UOEM, UOM, UOT, SOIV, FOCA, UOCRA y SIV; la Unión Obrera Molinera, los Sindicatos Obreros de la Industria Alimenticia, Aceitera, Yerbatera, de Bebidas, del Papel, Curtidores, del Combustible Sólido; la Federación de Obreros del Caucho, Unión Obrera del Fibrocemento y de la Industria de la Madera, Sindicato de Obreros Fideeros, Sociedad Argentina del Espectáculo Público, Sindicato Único de Encargados de Casas de Renta, Unión Protectora de Acomodadores, Confederación Argentina de Enfermeros, Asociación de Oficiales Peluqueros y Peñadores, Sociedad de Lustradores de Calzado, Sindicato Obrero de Limpieza de Cines, Teatros y Afines, Sindicato Obrero de Sastres, Costureras y Afines, Sindicato de Empleados y Obreros de la Industria de la Estearina, Unión Gremial de Especialidades Químicas y Medicinales, Unión Portuarios y Afines, Federación de Obreros en Mimbre y Caña y otros, hasta sumar, el 23 de junio, 42 entidades (LN, 24-6-1945). En los días siguientes se sumaron la Federación de Obreros Ladrilleros y Anejos y sindicatos de Tucumán, Salta, San Juan, Corrientes, Chubut, Río Negro y Neuquén.

Mientras tanto, la respuesta de Perón al Manifiesto se difundía por todos los medios: "Durante los últimos siete días —decía el corresponsal del Herald Tribune de Nueva York— el coronel Perón ha estado librando la más grande batalla de su carrera, replicando a las críticas de la prensa mediante declaraciones dirigidas a ésta y dadas a conocer a través de volantes y carteles, camiones dotados de altavoces y estaciones radioemisoras" (LN, 25-6-1945). "La reacción inmediata —sostenía, por su parte, la JE de la APECIP— señalada por la violenta respuesta oficial y la actitud del sindicalismo dirigido, no han hecho sino comprobar las afirmaciones de dichos documentos". Si alguna duda existía, hoy sabe toda la nación dónde se origina el clima de agitación social. La ciudad azorada ha asistido al ruidoso espectáculo en que se pregona y se amenaza con la violencia desde la radio, las solicitadas, los altavoces, los carteles murales y los folletos destinados a conmovir la tranquilidad ciudadana" (idem).

A todo esto, nuevas solicitadas y declaraciones de entidades empresarias confirmaban la unanimidad patronal. El Estatuto del Peón —decía, por ejemplo, la de Confederaciones Rurales Argentinas en nombre de 102 sociedades rurales adheridas— "elimina la jerarquía del patrón para dejarlo a merced de los peones o de cualquier agitador profesional" (LN, 22-6-1945). La de la Cámara Argentina de Grandes Tiendas protestaba por la rebaja y congelamiento de los precios.

Sobre este agitado trasfondo se produjo un incidente que revela cómo se reflejaban las tensiones en el seno del gobierno: un militar

* El Memorial y el Manifiesto.

nombrado por Perón para realizar una investigación en la Secretaría de Industria y Comercio declaró que su labor se veía dificultada por la actitud del titular de ese organismo, general Julio C. Checchi; éste respondió en términos amenazantes, haciendo valer su grado, pero finalmente tuvo que renunciar. Un corresponsal norteamericano insinuaba la sospecha de que Checchi estaba en combinación con los industriales para "moverle el piso" a Perón (LN, 25-6-1945).

Perón, por su parte, se mostraba más exaltado que nunca en sus discursos: "Hace pocos días se me ha llamado agitador de las masas argentinas. Yo no rechazo el título, y si algún día, por necesidades de la justicia o del país, hubiera de ser un verdadero agitador de las masas trabajadoras, no titubearía en ponerme a su frente". No dejaba de ironizar sobre los motivaciones de la oposición: "Se dice que mi prédica va siempre dirigida hacia los salarios y las condiciones de trabajo, en vez de orientarse hacia los valores morales de la población. Me explico por qué esas fuerzas prefieren los valores morales: es que a los otros hay que pagarlos". Finalmente, apelaba a la unidad de los "dos ejércitos": "Lo que en otra época los políticos llamaron el sabalaje de la reacción, aparece hoy empeñado en crear en el país un sentido de insurrección contra la revolución del 4 de junio. Esperamos esa insurrección que no tenemos. Tenemos fuerza necesaria para reprimirla en nuestro ejército firme y unido y, al lado del ejército, tenemos a ese otro valeroso ejército del trabajo, unido y solidario con nuestra Secretaría" 278.

La campaña de apoyo a la STP culminó con el acto organizado por la Comisión de Unidad Sindical el 12 de julio. Sus consignas eran: contra la reacción capitalista; en defensa de las conquistas obtenidas; por aumento de sueldos y jubilación para los obreros industriales; por las libertades constitucionales y la pronta normalización institucional. El acto reunió unos 300.000 trabajadores.

Durante el mismo, el nuevo presidente de la UF, Telmo Luna (miembro de la CD desde 1935), expresó: "Estamos reunidos los trabajadores (...) para dos cosas fundamentales: reafirmar que defenderemos a cualquier precio las conquistas sociales que hemos logrado, y denunciar a la opinión pública de la nación la insolencia de los sectores capitalistas que, en épocas de enormes ganancias, como se ha documentado públicamente, juegan con los intereses de todo el pueblo argentino especulando y encareciendo los productos indispensables para la vida, y aún pretenden acumular sobre los trabajadores y consumidores la responsabilidad de la crisis, atribuyéndola a los escasos aumentos de sueldos concedidos a regañadientes, a la jubilación decretada para varios gremios y a la concesión de vacaciones retribuidas (...)

"Se ha hecho necesario que la voz obrera llegue a todos los ámbitos del país, denunciando una inusitada cuanto violenta ofensiva de parte de los sectores capitalistas más reaccionarios y antiargentinos del capital interno (...). Es, pues, la voz auténtica de los trabajadores la que denuncia a la opinión pública de la nación y del extranjero la existencia de un plan preconcebido de la oligarquía reaccionaria para reconquistar el poder y anular todas las conquistas que impliquen una mejora en las condiciones imperantes de trabajo y salarios, haciendo prevalecer los

insultantes privilegios que han caracterizado épocas en las cuales los problemas sociales los resolvía el capitalismo con la presencia y acción de los piquetes policiales.

"Y es contra ese plan (...) que el movimiento obrero está dispuesto a jugarse entero en defensa de intereses y derechos que pesan tanto, sino más, que los del capitalismo, en el concierto político y social de la república.

"Queremos democracia, queremos libertad, queremos normalidad institucional, pero queremos también, por encima de todas las cosas, un mínimo de justicia social que asegure a las clases laboriosas el nivel de vida digno y humano a que legítimamente tienen derecho a aspirar" (EOF, 1-8-1945).

Borlenghi señaló el sentido político de las objeciones de la Suprema Corte a los decretos-leyes: "Ahora se ha dado en decir que los gobiernos de facto no tienen facultades legislativas. Y yo respondo: cuando en el año 30 se estableció un gobierno de facto que estaba entregado amorosamente en brazos de la oligarquía, ¿han venido acaso los constitucionales a decir que el gobierno no tenía facultades legislativas? (...) A principios de la revolución del 4 de junio el gobierno del general Ramírez tomó una serie de medidas reaccionarias, entre ellas un decreto reglamentando los sindicatos que los convertía en organizaciones fascistas. Y yo pregunto: ¿dónde estaban en ese momento nuestros constitucionales, nuestros legalistas, y dónde estaban los editorialistas de los grandes diarios? (...) En esa materia la clase trabajadora afirma que no tiene por qué tener escrúpulos de carácter constitucional, muy dudosos, respecto a las facultades del gobierno de facto para dar leyes en beneficio de los trabajadores" (LN, 13-7-1945).

Manuel E. Pichel, tesorerero de la CGT, decía por su parte: "No queremos los trabajadores la vuelta a la democracia falseada que impuso la ley social y la ley de residencia, y que llenaba las cárceles de obreros auténticos o ideológicos, pero también militantes activos de los sindicatos. Esos tiempos en que la Argentina era una Jauja para la generalidad de los capitalistas no deben volver. Los trabajadores estamos dispuestos a hacer todos los esfuerzos posibles para que no vuelvan (...) Una democracia defendida por los capitalistas reaccionarios, no la queremos. Una democracia que sea un simple retorno a la pasada oligarquía, no podemos auspiciarla". Y señalaba que en esos momentos se estaba viviendo "un enfrentamiento de la clase capitalista con la clase obrera, dispuesta aquélla a arrebatar a ésta las conquistas sociales logradas en los últimos tiempos, en una lucha que no difiere un ápice de las que libran en todo el mundo ambas fuerzas sociales" (Idem).

En ese acto se corearon por primera vez las consignas "Perón presidente" y "Un millón de votos", así como la definición del naciente movimiento: "Ni nazis ni fascistas, peronistas". Eso llevaba a La Vanguardia a la siguiente conclusión: "Los propósitos de afirmación de la justicia social (...) fueron un pretexto. Sirvieron para dos cosas: 1º, para procurar afianzar la situación en el gobierno del vicepresidente de la nación; 2º, para lanzar públicamente su candidatura a presidente (...) Por encima de todo, el cronista tuvo la impresión de